
Deseo
DUELO
APASIONADO

Duelo apasionado

Cuando Adele llegó a Arizona para trabajar en el hospital cuya construcción estaba supervisando Jason Fortune, las chispas parecieron saltar entre ellos. Aunque Jason amaba profundamente a su hija , recelaba de todas las mujeres después de su primer matrimonio, porque estaba convencido de que su esposa se había casado con él por dinero. Pero Adele despertaba continuamente su curiosidad, y el destino parecía empeñado en darle una segunda oportunidad.

Prólogo

Aquel sueño lo afectó tanto que consiguió despertarlo completamente.

Se incorporó de golpe en la cama, el corazón en la garganta, pero intentando aferrarse a los retazos de imágenes que le quedaban en la retina. Aunque esperaba que aquellas visiones tan extrañas no fuesen más que producto de una indigestión, Jason Fortune era indio Papago, y a pesar de que su familia era poderosa y privilegiada, no podía olvidar sus raíces e ignorar un aviso visto en sueños.

Desnudo, apartó las sábanas de hilo egipcio y caminó sobre el suelo de tarima hasta el ventanal en el que el cielo del invierno de Arizona brillaba como un diamante.

Esforzándose, consiguió recomponer las imágenes salteadas que recordaba. Cada una de ellas evocaba un intenso sentimiento. No le sorprendía haber soñado con el hospital infantil. La construcción del Fortune Memorial Children's Hospital era una cuestión de honor y orgullo para todo el que trabajaba en Construcciones Fortune. El estómago se le encogió al recordar la siguiente imagen: un charco de sangre extendiéndose sobre el suelo. Una amenaza. Su instinto de protección salió a la superficie. Su hermano pequeño, Tyler, no lo llamaba el león de la familia solo porque tuviese los ojos de color ámbar.

No tuvo tiempo de interpretar el significado de la sangre antes de que la imagen de Plateau Lightfoot, firme y fuerte para poder guiarle por los caminos del corazón, se le había aparecido ante los ojos. Luego una llamarada y después, se había despertado.

Una extraña sensación de añoranza le encogió del corazón. No tenía tiempo para cosas del corazón, se decía. Ser el vicepresidente de marketing en Construcciones Fortune y ser padre soltero de su preciosa lisa, ocupaban todo su tiempo.

Si alguna vez había sentido una necesidad física, siempre encontraba alguna amiga dispuesta a aceptar su deseo de no comprometerse. De vez en cuando, en los momentos de oscuridad como aquel, la idea de haber podido hacer algo más se abría paso subrepticiamente en su cabeza. Pero nunca había encontrado una mujer con la que sentir la unión que buscaba incluso en el matrimonio.

¿Asuntos del corazón? Elevó la mirada al cielo y se frotó la cara con las manos antes de volver a la cama, pero la imagen de la sangre, Plateau Lightfool y la llama no dejaban de rondarlo. Un

cambio se avecinaba.

Capítulo Uno

Daría cualquier cosa por una cama.

Cerrando los ojos, Adele O'Neill se apoyó contra la pared del abarrotado ascensor de Club de Campo de Saguaro Springs y se imaginó la cama de sus sueños: sábanas limpias y frescas de algodón, una almohada mullida y un edredón calen-tito.

La voz de barítono de un hombre se infiltró en sus pensamientos. Su risa profunda parecía de terciopelo y entreabrió mínimamente los ojos para ver la espalda de un tipo alto, moreno, vestido con un traje oscuro y que transmitía una mortífera combinación de confianza agresiva y masculina envuelta el un disfraz de civilización. Sus dientes blancos eran como un destello contra su piel oscura, y no pudo evitar imaginárselo desnudo en la cama de sus sueños.

-Ya sabes lo que pienso de esos comités -estaba diciendo el hombre-. Si quieres conseguir algo, tienes que hacerlo por ti mismo. Y si no eres capaz, entonces forma un comité. Y luego, contrata a un consultor en materia de ética.

-¿Qué? —se sorprendió el hombre que iba a su lado-. ¿Qué es eso?

Adele aguzó el oído para no perderse la respuesta.

-Alguien que analiza todas las facetas de un asunto, lo cual puede ser interminable en algunos casos, además de conseguir que el comité se olvide de su propósito inicial.

Vaya... Adele frunció el ceño y la imagen del hombre en su cama perfecta desapareció. Tenía razón en lo primero que había dicho, pero estaba totalmente equivocado en lo segundo. Después de haber tenido un día de perros, saber que iba a trabajar con aquel tipo en el comité del hospital no fue precisamente la mejor medicina. ¿Quién se-ría?

Lo oyó suspirar.

-Pero Kate ha hecho mucho por nosotros y es de la familia, así que habrá que hacerle caso. Ya me ocuparé yo de la tal Adele O'Neil.

Adele sintió que la sangre se le disparaba. Qué hombre tan arrogante. Y qué pena que tanta arrogancia estuviese camuflada en un paquete tan agradable. Y controló el deseo de darle en la cabeza con el tacón del zapato.

Las puertas del ascensor se abrieron con un susurro y la gente salió. Apartándose un mechón de pelo de los ojos con un soplido, Adele se colocó el asa de la bolsa de viaje sobre el hombro y salió

también. Entonces reparó la forma en que la gente miraba a los dos hombres que charlaban en el ascensor y de pronto cayó en la cuenta: aquellos dos tenían que ser Fortune.

Debería habérselo imaginado. Había visto a bastantes miembros de aquella familia en acción para no reconocerlos donde quiera que los viera. Jason Fortune, concluyó, recordando el hombre del hombre que iba a asistir al comité de ética. Y el

poder de su familia emanaba de la soltura de sus pasos y de la ilimitada confianza con que hablaba.

«Ya me ocuparé yo de la tal Adele O'Neil».

Con aquella frase en la cabeza buscó el lavabo de señoras y entró dispuesta a colocarse su armadura de combate. Tras cinco minutos de maquillaje, se miró al espejo. «Algún día voy a terminar por afeitarme la cabeza», pensó. Su melena pelirroja tenía el mismo aspecto que si hubiera metido los dedos en un enchufe, se había hecho una carrera en el par de medias de repuesto que llevaba en la maleta y su carmín favorito se había roto. Adele compuso una mueca y dándole la espalda al espejo le agradeció a la buena suerte haberse comprado aquel vestido negro que no se arrugaba en ninguna situación y la buena postura que uno de sus amigos le había enseñado a base de propinarle algún que otro golpe entre los omóplatos cada vez que la veía encogerse.

Ella no tenía todo lo que la familia Fortune poseía a espuertas, pero estaba convencida de queja-son nunca había tenido que vérselas con una irlandesa huérfana como ella. A veces, incluso los muchachotes como él tenían que aprender un par de cosas.

Tras examinar brevemente el salón de baile, Jason Fortune sintió cierta satisfacción de ver a toda aquella gente congregada allí... una fiesta de motivación organizada por Kate Fortune. Todo el mundo que tenía algo que ver con los planes para el nuevo hospital estaba presente. Su familia llevaba años soñando con construir un hospital para

niños y, al final, el sueño se estaba haciendo realidad. Saludó con una leve inclinación de cabeza a la familia, los compañeros y los empleados y ocultó un tímido bostezo. Aunque respetaba y valoraba a la gente presente en aquella fiesta, la verdad es que estaba un poco aburrido. Apreciaba el respeto y la deferencia con que lo trataban, pero de vez en cuando sentía una vaga necesidad de algo más.

Una extraña corriente de electricidad le erizó la piel de la espalda y se dio la vuelta. Inmediatamente su mirada aterrizó sobre

una mujer de cabellera pelirroja y salvaje, ojos verdes y brillantes, la piel pálida de una Madonna y la boca de una sirena. Caminaba como si fuese la dueña del lugar, pero era su familia quien poseía una parte de casi todo lo que había en la ciudad, incluido el Club de Campo. Aun así, le recordó a una reina irlandesa.

Sintió el acercamiento de su hermano y la señaló con un gesto de la cabeza.

-¿Quién es?

Tyler se encogió de hombros.

-No lo sé. Parece que Kate la conoce -dijo al verla abrazar a la desconocida-. Me da la sensación de que es todo un torbellino. No es tu tipo.

Jason asintió. Solían gustarle las mujeres calladas y agradables, pero aquella extraña despertaba su curiosidad.

Kate se volvió hacia él en aquel momento y le hizo un gesto con la mano.

-Requieren mi presencia -declaró, y se acercó a ellas.

Tyler se unió a el.

-La mía, también.

Jason lo miró con incredulidad y su hermano esbozó la sonrisa marca de la casa que le había robado el corazón a cientos de mujeres.

-Me gustan las pelirrojas.

-Y las rubias -añadió Jason-. Y las morenas, y...

-Es que soy un rendido admirador de las mujeres.

-Pero no del matrimonio.

-He aprendido de ti, hermanito.

Jason frunció el ceño.

-Pues ya puedes ir eligiendo a otro modelo en ese tema -murmuró en voz baja, y besó a Kate en la mejilla.

-¿Cómo estás, cariño? -preguntó, mirando a Tyler con una sonrisa-. Tengo entendido que la construcción del hospital va bien.

-Tal y como estaba previsto -contestó él, y se volvió a la pelirroja-. ¿Y quién es...?

-Jason, Tyler, os presento a Adele O'Neil. Adele hizo un trabajo tan estupendo en el hospital en el que trabaja mi hija en Minnesota que estoy encantada de haber conseguido convencerla de que venga a trabajar con nosotros como consultora ética para nuestro hospital.

-Que me aspen... -masculló Tyler entre dientes, lo que le valió un codazo de su hermano.

Adele sonrió a Kate.

-Todavía no me han contado una sola ocasión en la que no te

hayas salido con la tuya —y volviéndose a Jason y Tyler, añadió-: el proyecto del hospital infantil es maravilloso. Estoy encantada de eslar a bordo.

Jason estrechó su mano.

-Y nosotros lo estamos también.

Ella enarcó las cejas y Jason lo vio mirarlo con incredulidad.

-¿De verdad? No me diga que le gustan los comités. ¿Ha trabajado alguna vez con un consulto ético? Es que hay gente que tiene un concepto equivocado acerca de nuestro trabajo. Verá, es que piensan que un consultor solo sirve para analizar todas las facetas de un asunto, lo cual puede ser in-terminable en algunos casos, además de conseguir que el comité se olvide de su propósito inicial.

La vio encogerse de hombros, lo cual atrajo su atención hacia su cuello pálido y sus pechos abundantes. Hubiera querido acercarse más a ella para poder captar su olor, pero no lo hizo.

-Aunque estoy segura de que un hombre tan de mundo como usted jamás podría tener un punto de vista tan ignorante.

Estaba claro que le había oído hablar en el ascensor. Si aquella mujer fuese El Zorro, él llevaría en aquel instante una enorme zeta rasgándole la camisa. Hizo ademán de retirar la mano, pero él la retuvo.

-Si así fuera, estoy seguro de que usted podría ofrecerme una perspectiva distinta.

Ella lo miró por segunda vez de arriba abajo como reconsiderándolo y después, asintió. Ya veremos, ¿no es así?

Un desafío, se dijo Jason, sintiéndolo como un volcán a punto de entrar en erupción. Permitió que ella retirara la mano y no sin cierta molestia noto que su hermano se colocaba delante de él.

-Encantado de conocerte -dijo—. Voy a estar muy ocupado en el ala del hospital que estamos terminando, así que no participaré en el comité, pero si necesitas cualquier cosa, soy tu hombre.

Adele sonrió.

-Gracias. No lo olvidaré.

-Ah, Adele. Ahí viene Sterling -dijo Kate-. ¿Te acuerdas de él?

-Es tu marido.

Kate enrojeció.

-Sí.

Jason vio como ambas avanzaban hacia Sterling.

-¿Quieres que te saque la navaja de entre las costillas? -preguntó Tyler.

-Tiene una lengua afilada -corroboró Jason sin dejar de mirarla.

La fuerza de aquel sentimiento tan extrañamente primitivo y provocador le hacía sentirse incómodo.

-Y un cuerpo estupendo -murmuró Tyler.

Jason frunció el ceño.

-¿No tienes ya una docena de mujeres en tu caña de pescar?

Tyler lo miró sorprendido.

-Así que te interesa, ¿eh? —concluyó-. Hacía mucho tiempo que no te veía mirar así a una mujer.

-¿Así cómo?

-Pues como si te importara un comino cambiar. Siempre esperas a que sean las mujeres las que se acerquen a ti, pero me da la impresión de que, en este caso, estás dispuesto a ser tú quien se acerque a ella -Tyler lo miró detenidamente—. Me da la impresión de que tienes ganas de salir a cazar.

Jason se apresuró a negarlo, pero no lo hizo. Había lomado la decisión de no volver a salir en serio con una mujer desde la muerte de su esposa, y aunque a veces sus relaciones satisfacían sus mutuas necesidades físicas, siempre dejaba muy claro que su único compromiso era con su hija. Todas sus relaciones hasta el momento habían sido cómodas y manejables, pero algo le decía que con Adele, nada sería cómodo ni manejable.

Pero no estaba dispuesto a hablar de ello. Lo que pensara de Adele solo le importaba a él.

Tyler movió la cabeza.

-Esto va a ser divertido. ¿Hace mucho que no le cortas las uñas a un gato?

Adele estuvo sintiendo la mirada de Jason Fortune durante poco más o menos una hora. Aunque lo intentaba, no podía pasar por alto la intensidad de sus ojos color ámbar. Bueno, en realidad no podía pasarle por alto a él. Punto. Aunque intentaba minimizar su fuerza y su atractivo, él no era un hombre al que se pudiera minimizar, y pensar que iba a tener que estar en contacto constante con él para definir los parámetros del hospital le llenaba de nudos el estómago.

Intentando olvidarse de la sensación, apuró su última copa de champán. Sentía la cabeza más ligera de lo habitual y darse cuenta del efecto que estaba sin tiendo en ella todo un largo día de viaje y solo una copa de champán era una señal inequívoca de que era hora de irse a la casa que la empresa había puesto a su disposición.

-Más champán? -le preguntó alguien a su espalda con voz profunda.

Adele sintió un escalofrío. Jason Fortune.

-Oh, no, gracias. Solo quiero una cama.

Se volvió a mirarlo y le vio esbozar una sonrisa.

-Es probable que pudiera ayudarte a encontrar una -dijo con sorna.

-Eh... yo no quería decir que... -sintió que enrojecía y respiró hondo-. Lo que quería decir es que estoy muy cansada. He pasado todo el día de viaje. Gracias de todos modos.

De buena gana se hubiera dado una patada en el trasero. Se había enfrentado con serenidad a hombres más poderosos que Jason Fortune sin que la cabeza le huyese en desbandada como una manada de gansos.

-Puedo llevarte —se ofreció.

-No, no es necesario. Estoy segura de que aún le queda mucha gente por saludar en la fiesta.

El se encogió de hombros.

-Pues la verdad es que no. Suelo aburrirme en esta clase de reuniones en cuanto llevo quince minutos, a menos que entre alguien interesante en la habitación.

No podía estar insinuando que la encontraba interesante a ella, ¿verdad?

-¿Tienes coche? -preguntó él antes de que pudiera volver a rechazarlo.

-Todavía no -admitió-, pero pensaba llamar a un taxi.

-No es necesario -contestó él con una sonrisa enigmática—. Yo te llevaré.

Adele dejó de fingir.

-La verdad es que me sorprende que quieras pasar un minuto más de lo necesario con la consultora de ética que Kate te ha plantado sobre las rodillas.

-No me quejo. Y además, no estás exactamente sobre mis rodillas.

-Pero tampoco estás entusiasmado con la idea -contestó, ignorando la última parte de su respuesta.

-¿Qué me dirías si te dijera que hay un viejo dicho entre los nativos que dice que «un hombre está en la oscuridad hasta que alguien le trae una vela?»

-Pues diría que blanco y en botella, leche.

Él la miró con los ojos ligeramente entornados y Adele se preguntó si le habría ofendido. Pero entonces él se echó a reír.

-No eres lo que me esperaba.

-Algo que he aprendido en mi experiencia es que hay que tener

cuidado con lo que se espera. Las personas y las situaciones pueden ser muy distintas de lo que se espera. Es mejor observar hasta poder hacer una investigación para emitir un juicio.

-Y tú no has emitido juicio alguno sobre mí.

Adele fue a contestar, pero su conciencia se lo impidió.

-Estoy deseando iniciar la investigación -dijo él-. Creo que te hospedas en la casa de Saguaro Place. Llamaré para que me traigan el coche -dijo, sacando del bolsillo el teléfono móvil-. ¿Tienes equipaje?

No le gustaba que la manejaran de ese modo y frunció el ceño.

-Solo una bolsa pequeña. El resto no llegó con el avión, pero de verdad que no necesito que...

El levantó una mano para acallar sus protestas y pidió en voz queda su coche. Después la tomó por el brazo para guiarla hacia la puerta. Adele sintió una especie de cosquilleo llegarle hasta el hombro. En cuestión de minutos, él había recuperado su bolsa del guardarropa, la había ayudado a subirse al Jaguar y salían del Club de Campo.

-Cuéntame cómo llegaste a ser consultora en ética.

Adele se arrellanó en el asiento de piel y respiró hondo. Reparó en que sus manos se movían con seguridad en los controles del coche y su conducción era rápida pero segura. Seguro de sí mismo, pensó una vez más, y muy masculino.

-Mi especialidad es definir los parámetros éticos de hospitales y alas infantiles. Me gusta proteger a los niños, y para ellos estar en un hospital suele ser una experiencia muy difícil.

-¿Estuviste enferma cuando eras niña?

-Pues no. Siempre he estado asquerosamente sana. Debe ser la sangre de campesina irlandesa que corre por mis venas -añadió con una risilla.

-Entonces, ¿alguien de tu familia?

Adele sintió una especie de vacío familiar en su interior, que automáticamente dejó a un lado, tal y como había hecho en montones de ocasiones anteriores. ¿Cómo un hombre rodeado de familia podría comprender lo que era no tener a nadie?

-Mi madre me dejó en adopción cuando era muy y pequeña y crecí en un orfanato.

Él la miró y su rostro lo iluminó una farola de la calle.

Debió ser duro.

Toda su vida se había negado a que los demás cían pena por ella, al igual que no se lo perdonaría a si misma. Crecer puede ser duro independientemente del lugar en el que se crezca. Podría

haberme educado en condiciones mucho peores y no haber tenido oportunidad de hacer nada.

Él asintió.

-Sí. Hay días en que, al ver a mi hija Lisa, me parece fácil crecer, pero otros veo que es muy duro para ella.

Adele lo miró con los ojos muy abiertos.

-Tienes una hija?

Debió notar la sorpresa de su voz porque lo vio sonreírse de medio lado.

-Supongo que los expertos en ética no tienen prejuicios, ¿no?

-De acuerdo -concedió-. Puede que te parezca una tontería, pero no tienes aspecto de padre... aunque no sé lo que eso significa -añadió en voz baja, y el estómago se le encogió al pensar que podía estar casado-. Y tú mujer...

-Murió.

-Ah... lo siento.

-Hace ya varios años -añadió-. ¿Y qué aspecto tengo, si no es de padre? ¿Me parezco a Jack el Destripador?

-No. Pareces uno de esos ejecutivos con vocación de solteros.

-En ese caso, debes estarme confundiendo con mi hermano. Tyler no se ha casado nunca y adora las mujeres, en plural.

- Y tú?

- Yo soy más selectivo.

«Pero no estoy dispuesto a comprometerme más» adivinó.

-¿Por qué has accedido a formar parte del comité de ética?

-Este proyecto es de mi familia y a mí personalmente me apasiona. Bueno, yo diría que a todos. Es una cuestión de honor y de devolverle algo a nuestra gente. Aunque a veces me impaciento mucho con los comités, tengo la experiencia suficiente para hacerlos progresar e impedir que se pierdan en disquisiciones inútiles. Soy la mejor opción.

Su respeto por él subió un par de enteros.

-Debe ser muy agradable haber sabido siempre qué papel jugabas dentro de tu familia; saber que tu postura era comprendida y respetada.

-Mi familia no siempre lo ha tenido fácil. No siempre hemos sido tan respetados. Seguramente sabrás que mi padre y su hermano son hijos del primer marido de Kate, Ben.

Adele se sorprendió.

-Pues la verdad es que no lo sabía. Ni siquiera entendía la conexión familiar, pero hay tantas ramas de la familia Fortune que me había limitado a aceptarlo.

-Ben y Kate pasaron unos momentos muy duros en su matrimonio cuando su hijo Brandon fue raptado. Ben no podía vivir con la sensación de culpa, así que se trasladó a Pueblo para concentrarse en la empresa de construcción. Mientras estuvo aquí conoció a mi abuela, Natasha Lighfoot, y fue ella quien lo ayudó a sobreponerse a la sensación de culpa y a reconciliarse con Kate. También le dio dos hijos gemelos. Kate tardó un tiempo en aceptar a mi padre y a su hermano, pero cuando Natasha murió, terminó por aceptarlos. Y ya conoces a Kate: si hace algo, lo hace de verdad.

Alele asintió con una sonrisa.

-En eso tienes razón. Es increíble la cantidad de energía que tiene -estudió su perfil orgulloso-. Me pregunto cómo sería tu abuela.

-Murió antes de que naciese yo, pero creo que siempre se sintió atrapada entre dos mundos.

-¿Y eso es distinto en tu caso?

Él la miró con tanta intensidad que Adele cambió de postura en el asiento.

-Yo soy Fortune y soy Lightfoot. Mi padre me enseñó a elegir lo mejor de ambos mundos.

-Inviste mucha suerte.

-Pero por otro lado están también las expectativas -dijo-. Y a veces un hombre quiere que lo entiendan como lo que es: un hombre, sin más.

Adele entendía la necesidad de ser conocido como ser humano, y seguramente ser un Fortune podía poner a un hombre en una posición tal que le obligase a ser mucho más que eso. A ser más que la vida misma. Desde luego, Jason lo parecía. Haría falta ser una mujer muy valiente para acercarse a un hombre tan complejo como él, para llegar a conocerlo íntimamente. «Valiente o loca», se corrigió. Desde luego ella no era la persona adecuada. No es que se considerase una cobarde, pero intentaba no cometer locuras, sobre todo en lo referido a los hombres. Ella los prefería más amigables, más desenfadados, más, por qué no, fáciles de manejar, y estaba dispuesta a apostar sus zapatos favoritos a que Jason no era ninguna de aquellas rosas.

-Esta es tu casa -dijo él, parando el coche.

Adele parpadeo. Normalmente era una persona a la que le encantaba deleitarse con nuevos paisajes y nuevos sonidos, pero había estado tan embebida en sus pensamientos que no había reparado en nada de lo que pasaba fuera del coche. Todos sus sentidos habían estado puestos en Jason Fortune.

-Gracias -le dijo, decidida a alejarse del hombre que tanto la había distraído. Abrió la puerta y fue a echar mano a su bolsa, pero él se lo impidió.

-Yo te la llevo -dijo él, y sintió el roce de su brazo con un nuevo escalofrío.

-No te preocupes, que no es necesario. Lo he hecho ya casi demasiadas veces. Es más...

Pero se interrumpió, porque él le había quitado la bolsa. Estaba decidido a ser caballeroso, eso estaba claro, se dijo mientras le seguía por el camino.

-¿Las llaves?

A punto estuvo de dárselas. Su tono había sido entre el de una petición cortés y una exigencia. Adele sacó del bolso la llave que le habían enviado, demasiado consciente de que él observaba todos sus movimientos.

-Estás acostumbrado a hacer las cosas por ti misma, ¿no? -preguntó él.

-Sí -contestó ella-. Me han dicho que puedo ser independiente hasta resultar odiosa.

-¿Y qué pasa con los hombres? ¿Qué tiene que pasar para que le permitas a un hombre hacer algo por ti?

¿Cómo conseguiría que la pregunta pareciese al mismo tiempo amable y retadora? Lo miró despacio a los ojos y sintió una inquietante sensación.

- No estoy segura. Tengo más práctica con la independencia. -Intento pensar, pero se encontró atrapada en la red ámbar de su mirada -No lo sé. Supongo que confianza, seguridad.

-Deseo -añadió él.

Adele se quedó sin respiración, y el momento los envolvió a ambos con una extraña intimidad y una sensación de anticipación.

Jason bajó la cabeza y rozó sus labios con los suyos. Atónita, Adele se quedó inmóvil como una piedra; y siguió sin reaccionar cuando la exploración de su boca se hizo más atrevida, una invasión sensual que prometía calor y más, mucho más.

Cuando se separó de ella, la cabeza le daba vueltas. ¿Qué diablos le habría empujado a hacer algo así, y qué demonios le había impedido a ella evitarlo?

-Bienvenida a Pueblo, Adele.

Capítulo Dos

Adele esperó apoyada contra la puerta, ya dentro de la casa, a que el corazón dejase de atronarle los oídos.

«Bienvenida a Pueblo».

Había oído hablar de las buenas vecinas que daban la bienvenida a los recién llegados con una cesta de dulces, pero le daba la impresión de que ninguna se parecería o actuaría como Jason Fortune. Y sus dulces tampoco tendrían nada que ver < mi aquel beso. Se sentía como si le hubieran dado con un mazo en la cabeza.

Avergonzada por su reacción, se tapó la cara i mi las manos. Hasta le había gustado su sabor. Qué ridiculez, se dijo, golpeando la puerta con el puno. Qué estupidez. Lo mejor sería enfrentarse a ello de un modo lógico, y puso en práctica una de sus técnicas:

- Diez razones por las que no puedo tener nada que ver con Jason Fortune.

Primera: tengo un trabajo importante que realizar aquí y no puedo permitirme el lujo de distraerme.

Segunda: no es mi tipo Aunque parece guapo, sexy e inteligente... - maldijo entre dientes-. No es mi tipo y punto,

Tercera: Confía demasiado en sí mismo.

Cuarta: ve demasiado con esos ojos.

Quinta: no sería fácil de manejar

Sexta: besa de un modo que quita el sentido, y a mí eso no me gusta.

Séptima: es padre de una hija y yo...

No terminó la frase, pero lo que hubiera querido decir era y yo no podría ser una buena madrastra. Aquel era otro rincón oscuro de su alma. Como no había tenido a sus padres durante la niñez, dudaba enormemente de su capacidad para ser una buena madre. Al fin y al cabo, no tenía modelo en el que fijarse. Y ya que no podía ayudar a un niño con sus habilidades maternales, había consagrado su vida a mejorar la política de los hospitales infantiles.

-Octava: es demasiado sexy —continuó. Si se le daba la oportunidad, Jason Fortune sería capaz de convencerla de que se quitara la ropa en un abrir y cerrar de ojos.

Novena: es demasiado... —dudó. Se estaba empezando a quedar sin argumentos negativos-Es demasiado alto —dijo en tono triunfal, y recogió su bolsa de viaje para ir más allá del lujoso recibidor de la casa-. Demasiado alto, sin duda.

Décima —susurró, ya que era un secreto que ningún otro ser

humano conocía—: nunca me verá como alguien permanente.

Toda su vida Adele había deseado que alguien pudiese pensar en ella como en una persona junto a la que se podía pasar toda una vida. Quizás algún día llegase, pero por el momento era algo a lo no quería darle vueltas.

Decimoprimero -dijo, intentando encontrar una razón de más mientras entraba en el espacioso dormitorio principal de la vivienda. El día le pesaba en el cuerpo y en la mente como una gruesa manta, y suspiro- : Vamos, Addie, seguro que puedes encontrar una sola razón mas. ;El pelo, quizás? ¿Su cuerpo?

Negó con la cabeza. Había tenido que resistirse al deseo de pasarle la mano por el pelo, y el traje italiano con que iba vestido no ocultaba su musculatura

-Es un caballo salvaje. Y los caballos salvajes son difíciles de domesticar.

«Pero hay que conocer al menos a uno para saberlo», se recordó. Pero desde luego las pruebas no podrían ser con Jason Fortune. Y se había dado ya más de diez razones de por qué.

A la mañana siguiente, se despertó con el timbre de la puerta y del teléfono a un tiempo. Se levantó dando traspiés de la cama, descolgó el teléfono inalámbrico y corrió a la puerta.

-¿Diga? -contestó a ambos.

-Equipaje para Adele O'Neil -dijo el hombre de la puerta.

-¡Maravilloso! ¡Qué beso te voy a dar!

-Acepto la oferta -dijo una voz de hombre al teléfono.

El corazón le dio un vuelco.

-¿Señor Fortune?

-Si. Es la mejor oferta que me han hecho en lo que va del día.

Adele sintió que las mejillas se le acaloraban y tras darle las gracias al mozo y meter el equipaje en el recibidor, le explicó:

-No estaba hablando con usted, sino con el hombre que me traía el equipaje. Ya estaba empezando a preocuparme

Se abanicó la cara para refrescársela.

- Entonces, ¿Pagas el equipaje a base de besos?

-Era solo una forma de hablar.

-Si por el equipaje estás dispuesta a dar besos, ¿qué me darías por un desayuno?

Adele se apretó el puente de la nariz, intentando que la cabeza le funcionase más rápido. Aquel hombre no era el tipo ideal al que enfrentarse sin haber tomado una buena dosis de cafeína.

-Ni siquiera había pensado aún en el desayuno -se escabulló.

-No es necesario. Te recojo en el club de campo dentro de quince minutos.

Adele se miró la enorme camiseta con la que dormía.

-No.

-¿No? -repitió él, como si no estuviera acostumbrado a oír la palabra.

-No estoy preparada aún.

-Pues en la casa no hay comida.

Eso era cierto. Había revisado los armarios la noche anterior y lo único que había encontrado era un paquete de café y un par de ellos de sal. El estómago le rugió.

-Genial -murmuró en voz baja.

-¿Cómo? -preguntó Jason.

-Señor Fortune...

-Llámame Jason.

«Su majestad me resultaría más fácil».

-Es que me he dormido, y aún no estoy vestida para desayunar.

-¿Cuánto tardarás en prepararte?

- En circunstancias normales podría hacerlo en veinte minutos , pero...

- De acuerdo. Estaré ahí dentro de veinte minutos.

Y colgó.

Adele se quedó mirando el auricular.

-¡Veinte minutos! -dijo, mirándolo como si la oyera-. He dicho veinte minutos en circunstancias normales, pero estas circunstancias no lo son. Tengo que sacar la armadura para la ocasión y eso me lleva otros treinta minutos más y... -miró el reloj, angustiada-. ¡Cielos! Va a estar aquí en dieciocho minutos y medio.

Jason aún no había hecho ademán de levantar la mano para llamar a la puerta cuando Adele abrió. Sus ojos tan verdes y tan fríos lo miraron, pero no sonrió. Se había recogido su gloriosa melena en un moño, y los pocos mechones que se escapaban de él lo hacían desafiando ser guillotinados Llevaba un traje de chaqueta negro y una carpeta de piel bajo el brazo. Casi diría que había un campo de fuerza a su alrededor que ni los expertos de la NASA podrían atravesar.

- Te sienta bien el negro-le dijo.

- Gracias -contestó ella, y echó a andar delante de él, invitándolo a contemplar la línea perfecta espalda -. He estudiado la psicología

de los colores – dijo. el color de mi ropa según lo que quiero comunicar.

-¿Y que dice un traje negro?

-Comunica confianza, proyectos, una imagen conservadora y autoridad.

-¿Es para que no me meta contigo?

Sus ojos cobraron un poco de calor, pero no se permitió sonreír.

-Es posible

Jason le abrió la puerta del coche y luego se sentó en su asiento. La vio abrir la carpeta de piel cuando arrancaban.

-Ya que me has invitado a desayunar, supongo que es porque te gustaría saber qué clase de asuntos vamos a tratar en el comité de ética.

La vio cruzar las piernas y sintió un calor que se esparcía lentamente por su vientre. Medias negras y tacones, y una imagen perversa se la representó con aquellas mismas medias y tacones, pero sin nada más.

-Usa no es la razón de que te haya invitado a desayunar, pero no me importaría saber qué tienes planeado. Esto es más una... bienvenida personal.

Ella lo miró con seriedad.

-Yo creía que ya me habías dado la bienvenida suficientemente bien.

-¿Porque nos besamos?

Adele se irguió.

-Supongo que hay que aclararlo, sí. No deberíamos haber hecho eso.

-Besarnos -aclaró Jason.

-Sí -contestó ella, hirviéndole las mejillas.

-Has enrojecido -dijo él, fascinado.

-No es de muy buena educación señalarlo.

-Es que es muy poco corriente. No recuerdo la última vez que he visto enrojecer a una mujer.

-Es la maldición de mi piel irlandesa -murmuro-. La cuestión es que no deberíamos habernos besado

-Por que?

Hizo una pausa.

-Por que vamos a trabajar juntos en un comité ética, y tenemos que proteger nuestra objetividad.

-Según has dicho, nuestro trabajo en considerar los problemas desde todos los ángulos posibles, y si nos conocemos el uno al otro personalmente, podremos apreciar mejor los planteamientos que se

presenten.

Un largo silencio lleno de incredulidad se extendió por el Jaguar.

-Señor Fortune...

-Jason.

Ella asintió, pero no dijo su nombre.

-Voy a ser muy sincera contigo: sería absurdo que iniciásemos una relación. Tengo la certeza de que yo no soy tu tipo, y tú no eres el mío.

Su intuición lo molestaba tanto como lo admiraba.

-¿Y cuál crees tú que es mi tipo? —preguntó, evitando que la irritación se hiciera palpable en su voz.- Tengo la impresión de que tu tipo son las mujeres frías, sofisticadas, inteligentes y dóciles hasta el punto de la sumisión. Yo no soy fría. Mi pelo no me permite ser sofisticada. Puedo ser inteligente, pero nunca he cultivado ni la docilidad ni la sumisión.

-¿Cuál es tu tipo, Adele?

Ella respiró hondo.

-No estoy segura de tenerlo, pero si lo tuviese, diría que prefiero a los hombres inteligentes, compasivos, seguros, con sentido del humor y... —buscó las palabras adecuadas-. Y un hombre que no tenga complejos con el poder o el control, particularmente en lo que se refiere a controlarme a mí.

-¿Y tu crees no tener ningún complejo con el poder o control?- preguntó con ironía.

-Yo no…-lo miró a los ojos cuando aparcaba ya el coche -Bueno, es posible que sea un poco exagerada con lo del control, pero no tengo problemas con el poder.

-Yo tampoco.

Ella se echó a reír.

-Claro que no, su majestad.

Él movió la cabeza.

-Tienes que ser la mujer más desafiante que he conocido nunca.

Fila se encogió de hombros.

-¿Lo ves? No soy tu tipo.

Jason tomó su mano y depositó un beso en la palma. El pulso se le aceleró y la vio entreabrir los labios.

-Si no eres mi tipo, ¿cómo explicas esta respuesta?

-Pues... no... no puedo.

-Ah —murmuró—. Una pregunta sin respuesta -sonrió-. Mi debilidad. Si hay una pregunta para la que quiero una respuesta, haré todo lo que pueda para encontrarla.

Ella se mordió un labio.

-¿Es esta tu forma de decirme que eres testarudo?

-Tenaz, diría yo —corrigió, sin dejar de acariciar su muñeca.

-Entonces, deberías saber que no me gusta que me presionen.

-No voy a necesitar presionarte. Eres una mujer de mente y corazón fuertes, y antes de que todo quede dicho y hecho, vendrás a mí.

Adele pareció contener la respiración un instante

-¿Alguna vez te han dicho que tu confianza es exagerada?

-Al contrario. Lo que siempre me han dicho es que es totalmente justificada.

Durante el desayuno Adele se esforzó por concentrarse en el material que había llevado consigo, intentó encontrar, aunque sin éxito, una parte del rostro de Jason que no la distrajera. Primero las mejillas, pero estaban demasiado cerca de sus ojos, tan inteligentes y seductores. Luego lo intentó con la nariz y la barbilla, pero la boca se interponía recordándole el beso de la noche anterior y el de la palma de la mano. Era demasiado fácil dejar correr la imaginación. Debía ser un amante maravilloso.

Pero no para ella. Adele miró su plato y se encontró con que en algún momento de la última hora, se había comido el desayuno. ¿Qué sabor habría tenido? Con un suspiro, cerró la carpeta.

-En fin, como ves, entre el asunto de los embarazos de adolescentes y determinar qué costumbres tribales pueden permitirse mientras los niños estén en el hospital, tenemos un ámbito muy amplio que cubrir.

- Haces un trabajo muy exhaustivo.

- De eso se trata. Cuanto más exhaustiva sea, mejor funcionará el hospital. Gracias por el desayuno.

-Hoy supongo que querrás instalarte. Si necesitas algo llámame -se ofreció, y le entregó una tarjeta- Mañana por la noche estás invitada a cenar a mi casa.

-Ah…

-No te asustarás de mí, ¿verdad? -intervino él, adivinando que iba a rechazar la invitación.

Adele parpadeó.

-¿Asustarme?

-De tu reacción ante mí -aclaró.

-Eh, no -contestó, aunque no estaba segura de que fuese la verdad.

-Bien -sonrió despacio y se levantó—. Puedo dejarte en el

aparcamiento de la empresa para que puedas pedir un móvil.

Al salir del restaurante del club de campo, Adele reparó en las miradas a hurtadillas que les dirigieron y se preguntó si él también lo notaría o ya estaría tan acostumbrado que no se daría ni cuenta. En cierto modo, podía ser como la realeza de aquella ciudad. Era un hombre complejo y si no se andaba con ojo, podía dejarse fascinar por él con facilidad. Su confianza y su inteligencia eran casi arrolladoras, pero habría encontrado el modo de no prestarle atención de no haber sido por su sentido del humor. Especialmente sobre sí mismo. La combinación era casi irresistible, pero ella resistiría.

Jason estaba de pie delante de la ventana viendo como Lisa, su hija de seis años, jugaba en el jardín de atrás. Su pelo largo iba y venía con el movimiento del columpio. Su madre tenía razón. Llevaba demasiado tiempo sin una madre, pero él seguía sintiéndose culpable por la muerte de su esposa, de modo que le era muy difícil volver a casarse.

--¿Solventando una crisis mundial? —preguntó su madre desde la puerta.

Jason se volvió con una sonrisa.

-Mucho más gratificante: estoy contemplando a Lisa

Jasmine Fortune se acercó a él y dejó la bolsa que traía.

-Es la niña más guapa del mundo. -Jason se rió suavemente, frotándose la nuca. -Algunos días tiene seis años, pero otros va como un cohete hacia los dieciséis. Estaré bien hasta que llegue a los trece.

-Estarás bien y punto. Eres un padre estupendo, estaría muy bien que volvieses a casarte para darle a la pobre de tu madre algún nieto más, pero... - Jason movió la cabeza,

-Vuelves a confundirme con Tyler. No es a mí a quien tienes que animar a que se case.

Su madre lo besó tiernamente en la mejilla.

-No te preocupes. Tengo sermones suficientes para todos. He aprendido de la mejor.

-Kate -adivinó Jason.

-Por supuesto. Cree que es su deber conseguir que todos los Fortune se casen.

- Tanto si ellos quieren como si no —murmuró.

- Estoy hablando de que se casen y sean felices.

-Déjalo para Tyler, mamá.

Jasmine suspiró y abrió la bolsa que traía.

-He estado en la tienda y he comprado unas cosas que creo que le gustarán a Lisa.

-¿Ropa o juguetes?

-De las dos cosas

-Las estás malcriando

-¿Y tu no?

Intentaba no hacerlo, pero era difícil. Siempre tenía la sensación de estar intentando compensar la muerte de su madre.

-En que estabas pensando cuando he entrado? Ni siquiera me has oído llamar al timbre.

Jason suspiró

-No puedo imaginarme la vida sin Lisa, pero si no hubiera presionado a Cara para que se quedase embarazada, no estaría muerta ahora. Su diabetes no se habría descontrolado y seguiría viva

-Y tu te habrías divorciado- espetó Jasmine- No te quería como tu necesitabas que te quisieran

No podía negar que su matrimonio había sido insatisfactorio para ambos, pero aun así habría protegido a Cara con su vida misma.

-¿Que me cuentas de la consultora que ha traído Kate?

-Esta bien: me doy por enterada que no quieres hablar de Cara. Kate solo sabe contar maravillas de Adele O'Neil. No sé por qué, yo esperaba a alguien más…no sé, apacible, pero parece una mujer de carácter.

-Estoy de acuerdo- murmuró- ¿Qué más sabes de ella?

-Pues no mucho. Tengo entendido que no se deja intimidar con facilidad- dijo, dejando la bolsa sobre la mesa- Tyler me ha contado que te había oído hablar en el ascensor y lo que te dijo después de la fiesta.

Jason elevó al cielo los ojos

-Me disculpé- Dijo, volviéndose hacia su madre. Este no será uno de los famosos apaños de Kate,¿verdad?

Sus ojos se abrieron de par en par con gran dosis de inocencia, y no consiguió distinguir si era sincera o no

-Desde luego que no, creo yo.

-Bien, porque no sería una esposa adecuada para mi, ni una madre para Lisa. Tiene mucho temperamento y puede ser muy cortante.

-Y tiene un pelo maravilloso- comentó- Pero seguramente tienes razón. Puede que tú tampoco seas su tipo. No todo el mundo quiere casarse con un Fortune. Por experiencia sé que pueden ser muy

arrogantes.

-¿Y qué me dices de las mujeres de la familia? – preguntó molesto por la similitud de las palabras de su madre con las de Adele

-Que son perfectas – contestó, señalando a Lisa – Ahí tienes la prueba.

-Siempre has sido demasiado lista

-He tenido que serlo para no perder el carro de tu padre – replicó riendo – Esa tal Adele te ha calado hondo ¿he?

Capítulo Tres

Una noche de sueño profundo y un coche de confianza habían obrado maravillas en Adele. El deportivo que conducía hacia el cuartel general de la familia Fortune respondía como en un sueño. Llevaba otro traje negro que la ayudaba a sentirse cómoda en su piel y llegaba pronto. Todo ello la ayudaba a sentirse bajo control, ya que tenía la incómoda impresión de que con Jason Fortune iba a necesitarlo más que nunca.

Pero no quería pensar en ello. Brillaba un sol espléndido e iba a tener un gran día. Miró a su alrededor. Unos cactos altos y gordinflones, álamos temblones y paloverdes crecían junto a la carretera. En la distancia se veían unas montañas bajas y desiguales. Frenó en una semáforo en rojo y reparó en un coche que había aparcado en el sentido contrario. Un hombre mayor es taba sacando algo del maletero que parecía un gato.

Adele frunció el ceño. Aunque las apariencia podían engañar, le dio la impresión de que el hombre se tambaleaba un poco. Al ponerse el semáforo en verde, arrancó despacio, y al pasar junto al sedan vio un neumático desinflado y a una mujer también de edad en el asiento delantero.

-Maldita sea -murmuró entre dientes. Aquella iba a ser una de las raras ocasiones en que desearía llevar un teléfono móvil.

Paró enfrente del coche y se bajó.

-Qué faena lo de ese pinchazo -le dijo—. ¿Quiere que los lleve a alguna parte?

El hombre negó con la cabeza mientras luchaba con un tornillo de la rueda y la artrosis de sus manos.

-No, gracias. Es que tenemos una cita en Tucson con el cardiólogo de mi mujer.

Si no recordaba mal, Tucson quedaba a unos cincuenta kilómetros de allí, así que no podría llevarlos y llegar a tiempo a la cena. Pero tampoco podía dejarle solo con lo de la rueda.

-Bueno, eh... ¿quiere que lo ayude con eso?

EI hombre sonrió.

-Es usted muy amable, señorita, pero puedo arreglármelas solo.

Un caballero con un toque de orgullo masculino Adele sonrió. Ella entendía bien el deseo de independencia, pero también se daba cuenta de también hombre lo estaba pasando mal.

-Claro. Seguro que ha cambiado usted más ruedas que yo. Pero es que su mujer parece un poco inquieta ahí sentada, y seguro que se sentiría mejor si lo tuviera a usted a su lado. Quizás podría

darme instrucciones estando junto a ella.

El hombre miró a su mujer y luego a Adele.

-¿Está usted segura de que puede hacerlo? La veo tan menuda...

-Pero luchadora - sonrió, ofreciéndole una mano – Me llamo Adele O'Neil.

El rostro del hombre se iluminó.

-Ah, una muchacha irlandesa. Soy John O'Malley. Le agradezco muchísimo su ayuda.

-No tiene importancia -contestó ella, agachándose junto a la rueda-. Esperemos que estos tornillos no sean demasiado testarudos. ¿Alguna sugerencia?

John le dio unas cuantas instrucciones. Aunque Adele había seguido unas clases de mecánica y emergencias, pero asintió a todas sus indicaciones. Estaba ya atornillando la rueda de repuesto cuando por el rabillo del ojo vio que otro coche se detenía junto al suyo.

Miró su reloj e hizo una mueca. La posibilidad de llegar pronto a su cita con Jason se había esfumado.

-Casi he...

-Jason Fortune. ¿Puedo ayudarlos?

Adele oyó la voz de Jason y se rompió una uña con el gato.

-Está todo controlado -dijo, apartándose el pelo de la cara, y deseó que fuese verdad-. Casi he terminado.

-Gracias joven, pero entre Adele y yo lo tenemos todo solucionado. Solo ha necesitado unos cuantos consejos míos.

-¿Consejos? -repitió Jason como si no pudiera imaginársela aceptando consejos de nadie.

-¿Ha dicho usted que se apellida Fortune -preguntó el señor O'Malley-. ¿Es su familia la que está construyendo el nuevo hospital infantil

-Sí, somos nosotros. Adele, déjame que termine yo con...

-Ya casi está -contestó con firmeza.

Bajo el gato sin mirar a Jason. No le gustaba sentir de aquel modo su presencia, casi como si se hubiese comido un kilo de bombones y estuviera teniendo una subida de azúcar. Apretó una vez más los tornillos, recogió las herramientas e hizo ademán de levantarse.

Jason la ayudó alzándola por el codo y una fragancia de colonia almizclada llegó hasta ella. Las respuestas de su cuerpo seguían siendo tremendamente incómodas, así que sonrió al señor O'Malley.

-Espero que llegue a tiempo a la cita, señor O'Malley.

El hombre recogió las herramientas y las guardó en el maletero.

Seguro que sí, gracias a usted.

Adele se despidió de ellos con la mano cuando el coche se alejaba.

-Por qué no me has dejado ayudarte? —preguntó Jason de pronto.

-Pues porque no necesitaba ayuda -replicó ella. Condenado hombre... ojalá le saliera viruela de la noche a la mañana, a ver si de ese modo no lo encontraba tan atractivo.

-¿Por qué no has llamado a la grúa de la empresa? También se ocupan de estas cosas.

-En primer lugar, porque el señor O'Malley no es empleado de Construcciones Fortune. Y en segundo lugar, porque no llevo teléfono móvil.

Él la miró sorprendido.

-¿Qué no llevas móvil? Debes estar de broma, ¿no?

Adele se limpió las manos y echó a andar hacia su coche

-Pues no. Creo que son molestos e inoportunos excepto en las urgencias, y eso es algo que afortunadamente ocurre muy de vez en cuando.

-La empresa proporciona móviles a sus empleados clave. Así podemos localizarte inmediatamente.

Adele frunció el ceño.

-No es necesario. Ya te he dicho que...

-Por supuesto que es necesario. Mientras estés aquí, en Pueblo, eres un empleado clave de Construcciones Fortune. Si tienes dificultades con el coche, o necesitas ponerte en contacto conmigo, necesitas un móvil.

Adele suspiró.

-¿Eres tan avasallador con todos tus empleados?

-Es que mis empleados no son tan independientes. Es un asunto de seguridad.

Tenía razón. No le gustaba nada tener que admitirlo pero tenía razón. Aunque lo de ser un empleado clave era discutible, era cierto que en caso de que surgieran dificultades con el coche de la empresa en un territorio desconocido, necesitaría poder pedir ayuda.

-Está bien. Tienes razón. Tú ganas.

-¿Tanto te fastidia aceptar ayuda?

Adele se enfrentó a esos ojos de león.

-¿Ya ti? Si hubieras sido tú quien estuviese cambiando la rueda, ¿habrías aceptado mi ayuda?

-No -replicó tras una mínima pausa.

-¿Por qué?

-Porque me gusta terminar lo que empiezo

Adele asintió.

-Y porque querría evitar que te hicieras daño

Adele iba a asentir i pero no lo hizo. Sintió algo extraño en el estómago.

-No estás acostumbrada a que te protejan, ¿no?

-Pues no. Yo me protejo sola.

-¿Ni siquiera se lo has permitido a los hombres que haya habido en tu vida?

No había tenido tantos, pensó, y desde luego ninguno de quien sintiera que podía depender, ,así que se encogió de hombros y abrió la puerta del coche.

-Me protejo bien sola.

Jason puso la mano sobre la de ella y Adele lo miro con una docena de sensaciones corriéndole por el cuerpo.

-Puede que lo que necesites sea un tipo distinto de hombre -dijo, y su voz pareció vibrar en su garganta.

Diez minutos más tarde, recuperada por fin del «efecto Jason», llegó detrás del Jaguar y más allá de la puerta de seguridad al edificio de cristal y mármol que era Construcciones Fortune.

«Yo no necesito un hombre». Eso era lo que debería haberle dicho cuando le abrió la puerta del coche y la ayudó a subir. Pero cuando la tocaba, la cabeza dejaba de funcionarle, y el sonido seductor sonido de su voz le sugería que podía necesitar un hombre…un hombre como él.

Había aprendido que no necesitaba tener a alguien para sobrevivir en el mundo. La cuestión era si lo quería o no. Podía querer a un hombre con confianza, un hombre que ardía de pasión, un hombre cómodo con su sexualidad, un hombre al que podía desear con suma facilidad, un hombre que la protegería.

Adele sintió un extraño retortijón por aquel pensamiento. Era toda unasorpresa para ella experimentar un anhelo así. ¿Sería un deseo largamente reprimido? Era algo que iba completamente en contra de su código de independencia. Desde muy joven había aprendido que tendría que protegerse sola.

Pero la idea de tener a alguien que se preocupara por su salud y por su bienestar lo suficiente le había llegado dentro, a un lugar tierno y vulnerable que ni siquiera sabía que existía.

Alguien llamó con los nudillos a la ventanilla del coche y se sobresaltó. Era Jason. Inspiró hondo para serenarse y con su cartera de piel, abrió la puerta.

-Te acompañaré al despacho.

-Yo creía que el vicepresidente de Fortune tendría cosas más importantes que hacer.

Él la miró ladeando la cabeza.

-Yo diría que puedes llegar a ser muy importante para los Fortune.

El estómago le dio un vuelco. No podía saber si estaba hablando personal o profesionalmente.

Jason alzó una mano y le rozó la mejilla con el pulgar.

-¿Qué haces?

-Tenías un tiznajo de tu intervención como ángel de la misericordia -dijo, y después tocó un mechón que se había escapado de su moño-. Mi gusta más tu pelo suelto.

-Lo llevo recogido para que no me estorbe.

Tiró suavemente de su mechón y sonrió.

-Me pregunto qué podría hacer para que lo lleves como a mí me gusta.

- Buena pregunta. Ya la contestaremos en otro momento

Jason puso la mano en su espalda para guiarla hacia el edificio.

-Cuando te hayas acomodado, te presentaré al abogado que formará parte también del comité de ética.

Al entrar al vestíbulo adornado con arte nativo norteamericano y fotos de hermosos edificios, Adele reparó en que la gente se volvía a mirarlo y que pronunciaban su nombre.

-¿Qué sabes de ese abogado? -preguntó de camino a los ascensores.

-Pues que, como todos los abogados, es un mal un necesario. Un proyecto de la envergadura del hospital infantil debe contar con respaldo legal. El Hospital no podría prestar servicio a la comunidad si no estuviera protegido, y esa es la función del abogado -entraron al ascensor y pulsó un botón-. Algo me dice que los abogados de hospital no son

tus favoritos.

-Tienes razón -admitió—, pero estoy de acuerdo contigo en que las instituciones deben estar protegidas si quieren servir, y servir bien. He aprendido que cuando trabajo con un abogado, si consigo desviar su atención de lo que no se puede hacer a cómo hacer lo que hay que hacer, conseguimos más.

La condujo al que iba a ser su despacho y en el camino le presento a media docena de personas. Adele se dio cuenta que era un hombre respetado y querido, y por su experiencia en hospitales sabía que esa combinación no habitual ni fácil de conseguir.

-Tengo una conferencia telefónica dentro de unos minutos –dijo tras consultar el reloj-, y después unas cuantas reuniones breves. El abogado llegará a las once. Mi despacho está en el último piso.

Ella asintió.

-Estaré a las once en punto. Gracias por acompañarme hasta aquí.

-Ha sido un placer. ¿A qué hora te recojo esta noche para cenar?

Adele sintió que se le secaba la boca.

-Es que... verás -carraspeó-, he decidido que sería mejor no cenar contigo esta noche.

Él la observó en silencio; parecía un león, depredado!, poderoso, pero protector al mismo tiempo.

-¿Te sientes incómoda conmigo? -preguntó, acercándose.

Ella abrió la boca para decir que no, pero no lo consiguió.

-Un poco —admitió a regañadientes.

El asintió.

-Tú a mí también -admitió él-. Me perturbas.

-Lo cual significa que nuestra relación no debe salir del ámbito profesional.

-Eso sería cobardía.

-Sería sensato -corrigió-. Prudente. Lógico Sensato -repitió.

Él sonrió.

-Cobarde. Siento curiosidad por una mujer con fuego en el pelo y en los ojos que cambia ruedas a quien se le cruza en el camino y lucha por los niños Y creo que tú también sientes curiosidad por mí.

Adele se mordió la lengua. No quería decir que sí ni que no.

-La invitación a cenar sigue abierta. Tienes mi numero de teléfono, así que puedes llamarme cuando quieras, antes de las seis y media. Nos veremos dentro de un rato -dijo, y salió del despacho

Adele se sentó en el borde de la mesa.

-Genial -suspiró. Desde luego estaba en un buen lío. Detestaba la idea de comportarse como una cobarde, y seguramente Jason era lo bastante inteligente como para imaginárselo. Sin embargo, había optado por no presionar, por dejar la puerta .1 la tentación abierta de par en par.

Jason podía sentir curiosidad por ella, pero una vez satisfecha esa curiosidad pasando por ella como el fuego por un bosque, se marcharía dejándola achicharrada.

No le gustaba nada la posición en la que se encontraba. Solo tenía dos opciones: ser cobarde o tic mostrarle a Jason que era una mujer aburrida.

No había mordido el anzuelo. Eran las seis. Contuvo el deseo de insistir. A parte de su hija, no podía recordar una sola ocasión en la que hubiese encontrado necesario insistir con una mujer. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería y cuando lo quería.

-Estas distraído -le dijo su padre-. ¿Estás preocupado por la oferta de Viceroy?

Jason lo miró.

-No, en absoluto -contestó, refiriéndose al contrato potencial para construir un edificio para el mayor bufete de abogados del este de Arizona-. Somos quienes mejor podemos darles lo que buscan. Lo tendré todo cerrado dentro de dos semanas.

El pelo del padre de Jason estaba veteado de palta, pero su rostro seguía manteniendo los ásperos ángulos de su medre papago, Natasha. Jason sabía bien que su padre, había pasado unas buenas dosis de amargura hasta que los Fortune le habían admitido a él y a su hermano Hunter en la familia. Juntos habían hecho de Construcciones Fortune una empresa respetada en todo el mundo. Devlin inspiraba en Jason mucho respeto, aunque no siempre estuviesen de acuerdo.

Devlin paseó hasta la ventana y apoyó la mano en el hombro de su hijo.

-Eres un excelente cazador -dijo-. Lo haces tan bien que la mayoría ni siquiera se da cuenta de que vas a por ellos.

-Quiero que sean felices el máximo tiempo posible. Así la caza es más fácil y siguen recomendando bien a Construcciones Fortune.

Su padre parecía divertido.

-Tu forma de proceder con las mujeres es todo lo contrario de la de tu hermano -comentó en voz baja.

—Yo no tengo forma de proceder con las mujeres -replicó Jason, consultando el reloj. Adele no cedía.

-No has necesitado ir a buscarlas. La mayoría han venido a ti. Hay mujeres a las que se las seduce con facilidad, pero una buena pieza requiere paciencia.

-Mamá ha hablado contigo -concluyó Jason

-Tu madre siempre habla conmigo.

-Me refiero a Adele O'Neil.

-Es bueno que pierdas tu indiferencia con la mujer. Es bueno que una mujer aún pueda hacerte sentir

Pensó con impaciencia en Adele. Había aprendido mucho tiempo atrás que solo había un modo de ocuparse de las preguntas sin respuestas, y era hacer lo que fuese necesario para contestarlas.

Satisfaría la curiosidad que sentía por Adele. Puede que ya se le hubiera metido bajo la piel, pero no iba a permitir que llegase más allá.

-No pienso permitir que sigas inquietándome- se prometió en voz baja, pero entonces vio que su reloj marcaba las seis treinta y uno.

Dos días más tarde, Adele pasó suavemente la mano por el sobre color crema que llevaba las iniciales J.F. Era la segunda nota que recibía de él.

Adele,
¿Estas disfrutando de tus veladas en Pueblo?
Te invito a cenar. Mi hija te protegerá si tienes miedo.
Llámame antes de las seis y media.
Jason.

Frunció el ceño. Aunque había eludido con éxito las invitaciones de Jason, tenía que reconocer que se aburría como una ostra. El comentario sobre si hija era un golpe bajo. Eran las seis y veinte y aún no le había llamado, pero ya no estaba segura de que fuese lo que quería hacer. ¿De qué tenía miedo? Sentía curiosidad por él, y quizás verlo en su casa haría desaparecer la mística y así podría olvidarse de las palpitaciones que la asaltaban cada vez que la miraba.

Miró la tarjeta como si pudiese darle la respuestas. Qué tontería. La dejó a un lado, metió unos cuantos expedientes en la carpeta y la cerró.

El reloj marcaba las seis y veintiocho.

Capítulo Cuatro

Adele hizo sonar el timbre de la casa estilo rancho de Jason Fortune. Era viernes, y le habían dicho que Lisa y él solían escapar de su casa del centro de la ciudad a aquel rancho fuera de Pueblo. Reparó en la distancia que le separaba de los demás vecinos y le pareció que aquel espacio amplio y abierto encajaba con la personalidad de Jason. Le parecía un hombre inmerso en su trabajo y en la comunidad, pero también celoso de su intimidad. Hizo sonar el timbre de nuevo, y al no obtener respuesta, encontró que la puerta estaba abierta y entró. Miró rápidamente a su alrededor y se recordó que estaba allí para superar su fascinación por Jason. Afortunadamente, había un montón de cosas que no iban a gustarle de él. Simplemente tenía que encontrarlas.

-Demasiado seguro de sí mismo -se dijo mientras caminaba hacia el interior de la vivienda-. Demasiado guapo. Demasiadas emociones controladas en él, demasiado pagado de sí mismo...

Corto la letanía al contemplar lo que había en el jardín trasero. Jason, vestido con vaqueros y camisa estaba junto a una cesta de bolas de béisbol que le lanzaba a una niña de cabello negro como el azabache que sostenía el bate con toda la concentración del mundo.

La intensidad que había entre ellos le llegó muy hondo. Qué no habría dado ella por conocer a su padre cuando era niña, y cuanto más por haber podido jugar con él.

-Lanza, papá! -gritó.

Adele sonrió ante la impaciencia de la niña y vio cómo golpeaba la bola lenta que le había lanzado su padre.

-Buen golpe —le dijo Jason, pero ella no parecía satisfecha.

-Lanza otra -le gritó. -No pierdas de vista la bola -la aconsejó. La hija de Jason golpeó la bola con fuerza, y esta fue a parar entre unos arbustos y cactus que decoraban el fondo del jardín. Su rostro se llenó de felicidad y empezó a saltar, entusiasmada. -¡Bien hecho! -la felicitó su padre. Adele no quería interrumpir, así que siguió contemplándolos un poco más, dejándose embriagar por el cariño que intercambiaban padre e hija, y se preguntó si alguno de los dos sería consciente del don tan preciado que era ese.

Adele vio a Jason mirar el reloj y luego hacia la Lisa. Vaya, la había pillado. Echó a andar hacia la casa y ella abrió la puerta y salió.

- ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

-El suficiente para ver que alguien intenta arre-arrebatarle el récord a Mark McGuire -contestó con una sonrisa—. Es muy buena.

-Lo sé —contestó Jason—, pero lo malo es que ella también lo sabe -añadió.

-Eso no es tan malo.

-Ya, pero es que resulta desconcertante que parezca tener a veces el conocimiento de una persona de cuarenta años -suspiró—. Lisa, ven a conocer a nuestra invitada.

Lisa corrió hasta al porche y miró a Adele con curiosidad.

-¿Es usted la señora que está ayudando con las normas del hospital?

Adele sonrió ante la explicación que Jason le había dado de su trabajo.

-Sí. Me llamo Adele O'Neil. ¿Sabes que eres una buena bateadora?

-Y voy a mejorar -contestó.

-Si sigues practicando así, estoy convencida de ello.

Jason abrió la puerta.

-Vamos a cenar. El ama de llaves ha dejado algo en el horno.

-Espero que no sea nada raro -dijo Lisa.

-Es una tiquismiquis comiendo -le confió Jason a Adele en voz baja.

Lisa tuvo suerte: era un timbal de espaguetis. Después de la cena, su padre le permitió ver un programa de la tele antes de irse a dormir; la niña se sentó en el suelo del salón mientras Jason y Adele lo hacían en el sofá.

-Llevas la ropa de trabajo -comentó él.

Adele asintió.

-Es que no decidí venir hasta última hora.

El sonrió.

-Eran las seis y veintinueve. ¿Está siendo la velada la tortura que tú esperabas?

-Todavía no. Y no era cuestión de evitar una tortura - añadió, aunque su cercanía la molestaba. – Era cuestión de ser inteligente.

Su mirada ámbar era intensa.

-¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

«La locura», pensó.

-Pues que en parte, estoy de acuerdo contigo: si se elimina la curiosidad, se elimina la fascinación, ¿no?

Él asintió y bajó la mirada a sus labios. Adele

sintió que le ardían.

-A menos que cuando se conozcan las respuestas, sintamos curiosidad de saber más.

Que el cielo la ayudara si llegaba el caso. Se aclaró la garganta y

apartó la mirada. -Me gusta tu casa. Supongo que debe ser una maravilla poder escapar a un lugar como este.

-Mi padre dice que lo de mis dos casas, lo mismo que lo de las suyas, es una herencia de nuestros antepasados, de su vida en medio de la naturaleza.

-¿Y tú que opinas?

-Es posible. Lo único que sé es que me gustan los espacios abiertos -hizo una pausa-. No suelo traer a muchas mujeres a que conozcan a mi hija. Adele sintió que perdía un latido en el corazón. -¿Y por qué yo?

Él se rió.

-Pues porque es obvio que no deseas una posición permanente en mi vida.

Adele no pudo resistir la tentación de pincharlo.

-Ah, ya. Es que debe ser terrible cargar con el peso de todas esas mujeres deseosas de ser la señora de Jason Fortune. ¿Cómo te las arreglas?

Él volvió a mirar sus labios.

-¿Alguna vez te han dicho que tienes una lengua muy afilada?

El teléfono sonó y Jason contestó, lo que le proporcionó la oportunidad de volver a respirar con normalidad. El programa de Lisa terminó y Jason le indicó por gestos que se fuese a poner el pijama. Pero cuando la llamada se extendió más allá del tiempo necesario para cambiarse y lavarse los dientes, tapó el auricular con la mano y dijo:

-Crisis en una de nuestras cuentas más importantes del medio oeste. Tardaré unos minutos.

Lisa, vestida con un camisón de algodón blanco que la hacía parecer un ángel, miró a Adele.

-¿Quieres leer un cuento conmigo?

Sorprendida y conmovida a un tiempo, Adele asintió y la siguió pasillo adelante.

-Claro.

-Soy muy mayor para que papá lo lea todo, así que lo hacemos por turnos -dijo, acomodándose en su cama con baldaquino-. Tú lees una página, y yo otra. Este libro es sobre una niña que se llama Junie B. Jones. Es muy divertida y se mete en un montón de líos.

Adele se sentó junto a ella en la cama y reparó en cómo la decoración de la habitación combinaba feminidad con orgullo de su cultura nativa. Tal y como Lisa había sugerido, fueron leyendo cada una, una página del libro y lo terminaron enseguida. Lisa se volvió a Adele y comenzó con una especie de turno de preguntas.

- Donde vivías antes de venir a Pueblo?

-En Minnesota -contestó, arropándola.

-¿Cómo es Minnesota?

-Hace mucho más frío que aquí, llueve más y todo está muy verde. Estamos en enero, así que seguramente estará nevando.

Lisa tocó un mechón de su pelo.

-¿Es de verdad?

-¿Qué quieres decir?

-Es que papá salió una vez con una mujer rubia, pero su pelo no era de verdad.

-Ah -comprendió-. El mío es de verdad.

-¿Lo tienes muy largo?

-Un poco más allá de los hombros. - Lisa se incorporó.

-¿Puedo verlo?

Desconcertada, Adele no supo qué contestar. ¿Cómo podía parecerse tanto aquella niña a su padre? Para complacerla, se soltó el moño, y los ojillos de Lisa se abrieron de par en par.

-Es rizado. ¿Eso también es de verdad?

-Desde luego —contestó-. He hecho todo lo inimaginable, además de planchármelo para deshacerme de estos rizos, pero ahora ya me he rendido.

Lisa ladeó la cabeza.

-Eres muy diferente de las otras chicas con las que sale mi papá.

Adele se imaginó una larga lista de rubias frías,

sofisticadas y etéreas.

-Es no me sorprende -confesó.

Lisa se acercó más.

-¿Tú crees que mi padre está como un queso?

¿Como un queso? Jason estaba escuchando la conversación de Adele y su hija desde la puerta. Adele llevaba el pelo suelto. Al parecer, su hija hacía más progresos que él. Si fuese un hombre compasivo, la salvaría de aquella situación, pero en aquel momento lo que sentía mayormente era curiosidad.

-¿Estás segura de no tener quince años? -preguntó Adele, atónita.

Lisa se rió.

-¿Crees que mi padre está como un queso, sí o no?

Adele se levantó y suspiró.

-Estoy segura de que muchas mujeres piensan que tu padre está como un queso.

Un capotazo, pensó. ¿Se daría cuenta su hija de que había

esquivado hábilmente la pregunta?

-¿Pero qué piensas tú?

-Pienso que es un hombre inteligente y fascinante que adora a su hija -hizo una pausa-. Soy nueva en esto, Lisa, pero me da la impresión de que lo de las preguntas es una excusa para no dormir.

La sonrisa que se palpaba en su voz fue para él como una caricia.

-Exacto -dijo él-. Y se le da de maravilla. Dale las gracias a la señorita O'Neil por leer contigo y despídete.

-Gracias por presentarme a Junie B. Jones y buenas noches -dijo Adele antes de que Lisa pudiera hacerlo.

I ,a niña se rio.

-No le obedece siempre, ¿verdad? -preguntó a su padre

-Yo diría que nunca -contestó, mirando a Adele ungiendo enfado.

-Gracias por leer conmigo. Buenas noches, Addie.

-¿Addie? —Jason iba a protestar por la confianza, pero Adele negó con la cabeza-. Que tengas dulces sueños, cariño.

Adele salió de la habitación y Jason besó a su hija en la mejilla, a lo que la niña contestó con un abrazo. No pasaba un solo día en que no le diera las gracias a su buena estrella por tener a Lisa.

-Me gusta -le dijo la niña al oído-. Es mejor que la rubia.

Jason volvió a besarla, apagó la luz y salió. Adele estaba en el recibidor, rozando apenas con los dedos un tapiz decorativo que colgaba de una pared. Le sorprendió que fuese una persona táctil, y se preguntó si también sería una amante táctil. Tendría que averiguarlo.

-Es de la tribu de mi abuela materna -le explicó.

-Es precioso. Debe ser una maravilla tener todas estas cosas que se pueden ver y tocar para explicar la historia de tu familia.

Jason nunca lo había considerado así, y siendo Adele huérfana, carecería de conexiones con sus antepasados.

-¿Tienes tú algo que perteneciera a tus padres? Adele negó con la cabeza.

-El brazalete que me pusieron en el hospital al nacer. Lo único que tengo de ellos son sus genes -dijo con una sonrisa-. Y hablando de genes, tu hija es increíble.

Jason notó el cambio de tema, pero lo dejó pasar.

-A veces cuesta trabajo seguirla. No quería que hubieras tenido que leerle.

-No me ha importado. En Minnesota iba de vez en cuando a leerles a los niños en el hospital.

Jason tocó su pelo.

-Veo que te ha convencido para que te lo soltaras.

-Sí. Parece ser que a los dos os intriga bastante.

-Cuéntame cómo lo ha hecho para que yo pueda repetirlo -le pidió, sin dejar de acariciarlo.

Adele cerró los ojos un instante.

-Es que es más guapa que tú.

Él se rio y le dio un tirón.

-¿Es esa tu forma de decir que no estoy tan bueno corno un queso?

Adele abrió los ojos de par en par.

-¡Has estado escuchando! -lo acusó.

-No contestaste a su pregunta.

-Estoy segura de que las mujeres de Pueblo ya te lo han dicho de un modo u otro, así que no necesitas oírlo de mí.

Adele tenía razón en una cosa: no necesitaba oírlo de ella. Preferiría que le mostrara cómo se sentía.

-Lisa tiene razón -suspiró-. No se te da nada bien obedecer. Vamos fuera a contemplar el cielo de Arizona -sugirió, acompañándola al jardín de atrás. -Es hermoso -dijo-. Estando lejos de las ciudades, las estrellas brillan más.

-Hay un observatorio en Tucson. Podríamos ir alguna vez -Jason la vio frotarse los brazos con las manos v se acercó a ella-. No estás acostumbrada a nuestros cambios de temperatura.

-Es que hace tanto calor durante el día.

-Pero por la noche refresca mucho. ¿Has satisfecho tu curiosidad?

-En parte- dijo, mirándolo con los ojos entornados- Me has sorprendido.

-¿Cómo?

-Eres un padre magnífico.

-¿Y qué esperabas?

-Esperaba que tuvieses una niñera.

-Y la tengo. Soy un padre viudo con un trabajo exigente, así que no puedo hacerlo todo yo solo. En cualquier caso, no pienso perderme la niñez de Lisa - la miraba atentamente-. Pero ya basta de hablar de mí. Ahora me toca a mí satisfacer la curiosidad.

Jason sintió que se ponía a la defensiva.

-Está bien —accedió, pero a regañadientes.

-¿Por qué no te ha casado?

-No estoy segura de que sea una buena idea en mi caso. No tengo pensado tener hijos...

-¿Que no vas a tener hijos? -repitió, atónito-. Pero si te encantan. Precisamente elegiste tu carrera para protegerlos.

-Sí, pero eso no quiere decir que yo pueda ser una buena madre.

-¿Por qué no?

Adele suspiró.

-Porque no sé cómo hacerlo.

-Nadie lo sabe.

-Pero tú tuviste modelos en los que fijarte -replicó-. Yo no. En esos momentos en los que has de tomar decisiones en una décima de segundo, has de tener un aprendizaje, un instinto que te respalde, y yo no tengo ninguna de las dos cosas.

No sabía por qué pero le molestaba mucho que Adele no se creyese capaz de ser una buena madre. Se cruzó de brazos y movió la cabeza.

-No estoy acostumbrado a una actitud como la tuya.

-Estás acostumbrado a mujeres cuya prioridad es casarse y tener hijos, y puede que para ellas sea maravilloso, pero no lo es para mí.

-Has conseguido alcanzar tus metas profesionales, ¿pero qué pasa con las personales?

Dudó un instante antes de contestar.

-Eso es lo bueno de la vida. No hay por qué obtener todas las respuestas al mismo tiempo.

Jason sintió una incómoda impaciencia que lo empujó a pasarse la mano por el pelo.

-Entonces, ¿por qué quiero yo encontrar la respuesta a todas mis preguntas al mismo tiempo? -preguntó, sujetando su barbilla con la mano.

Ella se quedó inmóvil, sus ojos clavados en los suyos.

-No lo sé -dijo con una voz que era casi un susurro-. Soy muy aburrida, te lo prometo.

-Sí, muy aburrida -repitió él y la besó. Sus labios estaban frescos de la brisa de la noche, pero presentía la promesa de calor que latía en ellos. Aquella era una mujer cuya pasión y cuya fuerza podían ser equiparables a las suyas, pero por el momento la pasión quedaba fuera de su alcance. Su reticencia estaba clara.

-Esto es una locura -susurró ella.

-Es parte de la curiosidad -contestó él, mordiendo sus labios.

-Pero ya me has besado. Has obtenido la respuesta.

-Sigo sintiendo curiosidad -replicó, y se apoden i de su boca, incitándola a responder. Al principio volvió a paladear su reticencia, hasta que algo en su interior pareció liberarse y le devolvió el beso.

La sentía, sabía a la más pura pasión femenina, y él estaba enardecido de deseo. Era algo que iba más allá del sexo, pero no encontraba otro modo de expresarlo. Despertaba algo muy elemental en su interior.

Deslizó una mano hacia arriba, cubrió su pecho y movió sus caderas contra ella. Su gemido de respuesta fue como añadir gasolina al fuego, y sintió que su control se desvanecía.

Sin dejar de devorar su boca, tiró hacia arriba de su falda, hundió las manos bajo sus bragas de seda y acarició su piel desnuda.

-Quiero más -susurró, acariciándola en su lugar más íntimo, lo cual solo sirvió para que deseara estar dentro de ella, moviéndose, sintiéndola. Con un estremecimiento, se separó de su boca y dio un paso hacia atrás.

Jason fue a sujetarla al verla perder el equilibrio, pero ella negó con la cabeza y un brazo extendido. Sus ojos se habían oscurecido por el deseo y tenían un brillo de temor.

-Ya te he dicho que era una locura.- Aún palpitando de necesidad, Jason quiso acercarse a ella para calmarla.

-No -se lo impidió-. No he venido aquí esta noche para dejarme seducir. Aunque supongo que no has podido deducirlo de cómo he respondido a tus pretensiones -añadió.

-Mi hija está durmiendo dentro. No pretendía seducirte.

-Esta noche puede que no, pero quizás en algún otro momento.

Él volvió a pasarse las manos por el pelo.

-Es inevitable que acabemos haciendo el amor, Adele. Hay algo muy poco corriente entre nosotros.

-No es inevitable -replicó—. Somos dos adultos racionales. Puede que nos hayamos dejado llevar por la locura en una ocasión, pero los dos podemos elegir. No tenemos por qué volver a hacerlo.

-¿En una ocasión?

Ella se encogió de hombros.

-Bueno, lo de la otra noche pensé que era una costumbre local -dijo, encogiéndose de hombros.

Jason sonrió.

-No preténdelas racionalizarlo, ¿verdad? Creía que eras más sincera.

Ella lo miró y en sus ojos brillaron a un tiempo pasión, entendimiento y temor.

-Quiero conocerte -dijo él-, en todos los sentidos. Y no estaré satisfecho hasta que lo consiga. Sé que a ti te ocurre lo mismo. Lo siento cada vez que te toco. ¿De verdad puedes decirme con

sinceridad que vas a sentirte bien negándote a conocerme?

Ella respiró hondo.

-Así tendrá que ser.

Capítulo Cinco

-Loca de atar -se repitió Adele a sí misma montones de veces durante los días que siguieron a su visita al rancho. Estaba loca de atar si accedía a tener sexo con Jason Fortune, pero es que parecía capaz de sacar de ella cosas que ni siquiera sabia que existieran. Deseos que gritaban o susurraban alternativamente. El deseo no era lo peor. Lo había sentido en otras ocasiones y nunca le había planteado problemas. Era el atisbo de los sueños secretos a los que había renunciado años atrás lo que más la inquietaba.

Jason era un hombre integrado a la perfección en su vida; integrado como ella siempre había deseado sentirse y, al mismo tiempo, manteniendo su independencia. Se sentía atraído por él tanto por su intenso sentido de sí mismo como de su familia. Exhibía un magnífico balance de individualismo y conexión con su entorno. Y ella en secreto envidiaba ese equilibrio porque estaba segura de no poseerlo

Azorada por su respuesta ante él, no se había atrevido a volver a verlo. Afortunadamente, había estado en viaje de negocios todo el lunes. Pero aquella mañana la había convocado a su despacho. Iba a llevarla al edificio en construcción.

Su secretaria la hizo entrar al despacho.

-Adelante. Enseguida estará con usted.

Adele entró en su despacho e inmediatamente sintió la esencia del hombre que pasaba horas allí. Aunque había estado ya antes en su despacho, Jason, el hombre, había acaparado toda su atención, y estando sola en aquel momento pudo asimilar todo lo que había allí y que podía hablarle de él.

Un ordenador portátil ocupaba un rincón de la mesa de caoba. Varios expedientes estaban apilados limpiamente en la otra esquina, una agenda de piel y un complicado teléfono que parecía capaz incluso de preparar calé daban testimonio de una apretada agenda.

Dos fotos de Lisa lo acompañaban durante todo el día, especialmente en aquellos momentos duros en que perdiera el ánimo. Viéndola podría volver a encontrar la razón por la que hacía todo lo que hacía.

Miró entonces a la pared y se acercó a un cuadro de luminosos colores. Un grupo de indios parecían reunidos para celebrar algo.

-Es el Festival del Vino de Saguaro, de Michael Chiago —dijo Jason desde la puerta.

Adele sintió que el corazón se le subía a la garganta al mirarlo. Llevaba aquel traje oscuro con suma naturalidad, y aquella camisa

tan blanca contrastaba con su piel oscura. La expresión de sus penetrantes ojos de león la dejó sin respiración. La había abrazado. La había acariciado. No lo olvidaría. Y ella, tampoco.

Se aclaro la garganta y se obligo a volver a mirar el cuadro.

Qué es Tohono O'odham?

-En los años ochenta, los papago decidieron que querían que se los llamase Tahona O'odham. Significa pueblo del desierto. Mi primo Shane está encantado con el cambio, pero Tyler y yo seguimos pensando en nosotros mismos como papagos, porque es el nombre con el que crecimos -se acercó—. ¿Sabías que el vino saguaro es el primero que se hizo en Norteamérica, antes de que los europeos llegaran?

Se arriesgó a mirarlo y vio la sonrisa que iluminaba su rostro.

-¿Y es verdad que lo hacían de cacto?

-De la fruta del saguaro.

-Creo que nunca he visto ese árbol. Desde luego, en Minnesota no abunda demasiado.

-El sabor es una mezcla de higo con un toque de fresa.

-¿Y el vino?

Él se echó a reír.

-Digamos solo que se sube de lo lindo.

Junto al cuadro había otro más pequeño en el que se representaba una cueva en una meseta de roja rojiza.

-¿Y esto?

-Lightfoot Platean -contestó-. Se cree que la cueva puede mostrarnos el camino al corazón. Es un lugar espiritual que pertenecía a la familia de mi abuela. Ahora es propiedad de otros.

En su voz se percibía desaprobación.

-Y por lo que veo, no te satisface.

-A nadie en mi familia. Queremos recuperarla... y la recuperaremos -concluyó.

Adele no lo dudó ni por un instante. No querría ser el enemigo en una batalla con los Fortune.

-Hablaremos de esto en otra ocasión. Ahora, vamos a visitar el hospital.

Adele se unió a Jason en su Jaguar para dirigirse a las obras, a las afueras de la ciudad.

-Es impresionante —dijo con sinceridad al contemplar el edificio de quince plantas-. Y eso que aún no está terminado. Supongo que te sentirás muy orgulloso al verlo.

La miró a los ojos y la luz que vio en ellos la atrajo como un faro en la oscuridad.

-Va a ser nuestro mayor logro.

Apenas habían bajado del coche cuando Tyler lo estaba llamando.

-Voy por delante de lo previsto -dijo, y les entregó a cada uno un casco y una amplia sonrisa—. Estamos casi terminando.

-¿Se lo has dicho a papá y a mamá? -preguntó Jason.

-Creo que voy a esperar a decírselo esta noche en persona, justo cuando vuelvan al ataque con lo del matrimonio —se volvió a Adele —. ¿Te está causando problemas mi hermano?

Adele no pudo dejar de sonreír.

-Más que suficientes -contestó, haciendo un gesto con la mano-. El hospital tiene una pinta fantástica.

-Y aún no has visto nada. Espera a que...

-Señor Fortune -llamó un obrero-. Tengo un problema.

Tyler se encogió de hombros.

-El deber me llama. No os acerquéis al ala oeste. Hay hombres trabajando en el piso catorce y no quiero que os caiga en la cabeza algún martillo perdido. Intentaré veros antes de que os vayáis.

-Vale -dijo Jason, y le colocó a Adele el casco en la cabeza-. No te alejes y ten cuidado de dónde pisas —lo advirtió.

-Tyler y tú parecéis tener mucho cuidado con la seguridad en la obra -dijo. Habían protecciones y carteles de advertencia por todas partes.

-Construcciones Fortune tiene un expediente magnífico en seguridad laboral. No hemos tenido jamás una investigación oficial, y pretendemos seguir así -frunció el ceño como si, de pronto, se le hubiese ocurrido algo inquietante-. Si es humanamente posible, nadie resultará herido en este proyecto.

Su actitud encajaba con su actitud protectora en todos los sentidos, de modo que ¿por qué aquel tono?

-¿Es que ha ocurrido algo para que estés especialmente preocupado por los accidentes?

-No. ¿Por qué lo preguntas?

Adele se encogió de hombros.

-No lo sé. Tu voz, quizás...

Jason miró hacia otro lado, como si se estuviera debatiendo entre decirle algo o no.

-Hace unas semanas tuve un sueño con unas imágenes muy fuertes. En una de ellas aparecía sangre aquí, en la obra.

Adele sintió un escalofrío.

-¿Y qué has hecho al respecto?

-No era más que un sueño, pero desde entonces Tyler, que ya

estaba haciendo revisiones dobles, las hace triples.

Ella asintió y siguieron caminando por la obra.

-¿Siempre os habéis llevado tan bien Tyler y tú?

-Casi siempre. Hemos tenido épocas de rivalidad, como es normal: deportes, resultados académicos, coches... pero chicas, nunca -añadió, mirándola-. Yo me casé joven.

-Pero estarías soltero durante un tiempo.

-Detesto tener que admitirlo, pero creo que yo soy la razón de que Tyler no se haya casado.- Vio el dolor que causó mi matrimonio y creo que ha llegado a la conclusión de que el amor es demasiado doloroso. En lo que se refiere a mujeres, prefiere la cantidad a la calidad.- ¿Y tú qué opinas de él?

Sorprendida por la pregunta, Adele parpadeó.

-No lo conozco bien. Me parece agradable y muy meticuloso en la construcción del hospital.

-¿Dirías que es atractivo?

-Por supuesto -contestó, esquivando unos ladrillos-, pero no se parece a ti.

Jason se detuvo y ella se tropezó con su espalda.

-Ay, perdona.

Su rostro quedaba a escasos centímetros de ella.

-¿En qué sentido no se parece a mí?

Intentó encontrar un modo inocuo de salir del atolladero.

-Eh... bueno, él... él no tiene tus ojos.

-Ojos -repitió-. ¿De qué color los tiene él?

-No lo sé -contestó-. Simplemente son distintos de los tuyos.

Él sonrió.

-Son grises -dijo-. Los de Tyler.

Adele retrocedió un paso.

-Gracias. No lo olvidaré -contestó. Lo mejor sería intentar un cambio de tema. Algo de la investigación i que había hecho antes de llegar a Pueblo-, en cuanto al hospital, ¿pensáis tener especialistas en diabetes?

La risa desapareció de su rostro.

-Sí.

Y siguió caminando, dejando a Adele perpleja ante su cambio de actitud.

-Perdona -le dijo, apresurándose para seguirlo-, ¿es que he pisado una mina o algo así? Si he dicho algo que no debía, me gustaría saber qué es.

Él no la miró.

-Mi esposa murió por su diabetes poco después de que naciera

Lisa. Cuando la niña nació, Cara sufrió un daño irreversible -apretó los puños-. No pude hacer nada.

Sus palabras habían estado llenas de angustia, y Adele sintió que su corazón volaba a su lado. El protector había sido incapaz de proteger a su mujer. Jason era un hombre fuerte con un carácter igualmente fuerte. Qué insoportable debía haber sido la muerte de su esposa para él.

-Lo siento mucho —dijo, y tocó su brazo.

Ella miró, y el reconocimiento de su dolor pareció palpitar entre ellos. No parecía dispuesto a aceptar' su consuelo, e incluso eso lo comprendía, y no podía comprenderse a sí misma en aquel momento, pero odiaba pensar que tuviese que llevar solo aquella carga.

-Has mencionado la diabetes porque has hecho los deberes -dijo él, apoyando brevemente la mano sobre la de ella-. -Qué otros especialistas crees que vamos a tener?

-¿Salud mental y tratamiento del alcoholismo?

Jason asintió.

-Tenemos previsto montar un servicio de atención y prevención, tanto externo como interno. También queremos prestar atención a dietas ,educación sanitaria. Coordinaremos la medicina tradicional...

-Con las mujeres sanadoras de la tribu -concluyó ella, aprovechando la información que había recogido en Internet.

Jason sonrió.

-Muy bien. ¿Qué más sabes de la reserva?

-Que es la segunda más grande del país.

El asintió.

-¿Sabías que van a alquilar parte de la tierra para un casino?

-Es la primera noticia que tengo.

-Entonces, aún te quedan unas cuantas cosas que aprender —contestó, y en su mirada brilló una mezcla de misterio y sensualidad.

Unas cuantas, no: muchas que aprender.

Jason no entendía que para ella él podía ser el hombre más peligroso del mundo. Contenía en sí mismo todos sus anhelos, todos sus sueños olvidados. Anhelos y sueños a los que se había aferrado, pero a los que había tenido que renunciar para poder sobrevivir. Él representada una tentación constante y podía llegar a ser con facilidad una obsesión constante.

En el fondo de su corazón, Adele sabía que el sexo con Jason sería mucho más. Sabía que se entregaría a él, que se abriría a él

como nunca lo había hecho antes. Sabía que quererlo significaría un cambio irrevocable en su vida, y no estaba preparada para asumirlo.

Para celebrar que iban por delante de lo previsto, la dirección de la constructora organizó una fiesta en el campo para el miércoles por la tarde, a la que estaban invitadas todas aquellas personas que tuvieran alguna relación con el proyecto. Mesas con comida se agrupaban en un rincón de Four Corners Park, un hermoso parque público con caminos para bicicletas, un campo de béisbol, otro de baloncesto y una zona de juegos para niños.

Aunque Adele había conseguido evitar a Jason durante la última hora, no podía evitar mirarlo de vez en cuando. Muchos empleados querían hablar con él, y Jason parecía prestarles toda su atención. Esa era otra característica que le gustaba de él. Demasiadas ya.

-Adele, cariño -la saludó Kate Fortune—. ¿Qué tal te adaptas a la vida en Arizona?

-El clima es maravilloso. Entiendo por qué Sterling y tú preferís pasar los inviernos aquí.

-Después de un tiempo, echo de menos el verde —admitió-, Ah, mira, ahí están los padres de Jason. Devlin, Jasmine, ¿conocisteis a Adele en el cóctel?

Adele los vio acercarse y mirarla con curiosidad.

—La vimos un momento —contestó Devlin-, pero hemos oído hablar de ella mucho.

«Dios mío», suspiró Adele.

-Sí, de Jason, Tyler y Lisa -añadió Jasmine, sonriendo-. No estoy segura de que Kate te advirtiera lo que iba a suponer para ti tratar con mi hijo. Es muy duro en el trabajo, y muy concienzudo.

-Adele también lo es -le aseguró Kate—. Si alguien es capaz de manejar a Jason, esa es Adele, ¿verdad que sí?

Adele decidió darle un giro a la conversación.

-El hospital infantil es un proyecto fantástico, y estoy deseando comenzar con mi trabajo -por el rabillo del ojo vio a Lisa jugando con un niño mayor que ella—. Jason ha hecho un trabajo espléndido con su hija. ¿Hay algo de lo que tenga miedo?

-Desgraciadamente, no. Con esta niña, el pelo se nos vuelve gris a pasos agigantados -contestó su abuela, con un orgullo evidente en la voz-. Se cree capaz de hacer cualquier cosa.

-Y puede que lo sea -añadió el abuelo.

Jasmine le sonrió.

-Creo que ha heredado de su abuelo la seguridad en sí misma.

-Es una niña afortunada —contestó Adele sin pensar.

Devlin la miró con una intensidad similar a la de Jason. Había tanto respeto y amor entre ellos que por un momento se preguntó qué se sentiría formando parte de aquella familia. Era casi doloroso pensar en algo así, de modo que decidió olvidarlo.

-Estoy segura de que están muy orgullosos de sus dos hijos.

-Ah, sí. Tyler -suspiró Kate, disgustada-. ¿Qué habéis pensado hacer con lo de su soltería?

Jasmine y Devlin se miraron.

-Devlin y yo hemos hablado de ello en profundidad, y estamos de acuerdo en cómo proceder. Lo tenemos todo bajo control -declaró Jasmine con firmeza.

-Bueno, si necesitáis ayuda... —se ofreció Kate.

Devlin sonrió y le dio una palmada en la mano.

-Te lo haremos saber.

Justo en aquel momento, Tyler lanzó un agudo silbido.

-¡Atención todo el mundo! Quiero daros las gracias a todos por estar dando lo mejor de vosotros mismos al proyecto del hospital, tanto que vamos por delante de lo previsto. Os pido un aplauso para todos.

Mientras la gente aplaudía, Adele reparó en una bicicleta que avanzaba a bastante velocidad por el camino. Unos metros más adelante, Lisa cruzaba para recoger una pelota. Adele la llamó, pero la niña no pudo oírla, y con el corazón en la garganta, echó a correr y la empujó para quitarla del camino de la bicicleta. Algo metálico brilló a su derecha un segundo antes de que la bicicleta colisionara con ella. Un dolor agudo y penetrante le laceró el costado derecho y cayó, golpeándose la cabeza contra el suelo. Todo se volvió, de pronto, negro.

Jason vio a un grupo de gente concentrarse en el camino de las bicicletas.

-¿Qué ocurre? -le preguntó a Tyler.

-No tengo ni idea. Estaba en la cola de las hamburguesas.

-La han atropellado. Llamad a una ambulancia!

-¿A quién han atropellado? —murmuró entre dientes, y echó a correr hacia el lugar. Vio a su madre abrazando a Lisa. ; Donde estaba su padre?

-Quién es? —preguntó.

-No lo sé -contesto alguien, de puntillas para ver por encima de las demás cabezas-. Parece una pelirroja.

Solo había una pelirroja en todo el parque. Se abrió paso entre

la gente y vio a Adele tirada en el suelo. Su padre estaba intentando tranquilizar a un chaval con una bici que parecía a punto de echarse a llorar.

Jason se arrodilló junto a ella. Estaba pálida y tenía los ojos cerrados.

-¿Qué ha pasado?

-¡Me ha salvado! —dijo Lisa con lágrimas rodándole por la cara-. La bici iba a pillarme, pero ella me empujó.

-¿Estás bien, hija?

Lisa asintió y hundió la cara en el regazo de su abuela.

-Está inconsciente pero respira -dijo su padre-. No sé si tiene algo roto.

Tenía erosiones en las piernas y en los brazos, e intentando controlarse, rozó sus mejillas y ella gimió.

-Despierta -le rogó-. Despierta, por favor.

Ella movió hacia un lado la cabeza e hizo una mueca de dolor.

-Adele -la llamó.

Por fin abrió los ojos, lo miró y el dolor le hizo fruncir el ceño.

-Ay...

Jason suspiró aliviado. Por lo menos había recuperado la conciencia.

-¿Dónde te duele?

Adele se lapo los ojos con una mano.

-Ay, Dios, ¿dónde no me duele? —susurró, y se humedeció los labios-. Los pies no me duelen. El cuello, tampoco. La cabeza... la cabeza me duele bastante. ¿Está bien la niña?

Jason intercambió una mirada con su padre. Estaba sufriendo y se preocupaba por la niña.

-Tenemos que llevarte al hospital.

Ella intentó negar con la cabe/a, pero el movimiento debió dolerle.

-Al hospital, no. A mi cama.

Jason frunció el ceño.

-No seas ridícula. Tiene que verte el médico.

-No. Estoy bien -insistió, y se incorporó-. ¿Lo ves? Puedo sentarme. No necesito ir al hospital -se sujetaba un poco la cabeza y unas gotas de sangre que le manaban del codo empezaron a manchar el pavimento-. Tengo la sensación de que me he golpeado con algo -parpadeó varias veces-, Una bici. Si. Una bici que iba muy rápida.

-Voy a llevarte al hospital -decidió.

-No me gustan los hospitales.

-¿Siempre es así? -preguntó su padre en voz baja.

-Siempre que está despierta -murmuró Jason, y la sujetó por miedo a que se desmayara-. Adele, tú trabajas para un hospital.

-Eso no significa que me gusten -contestó, y dobló una pierna.

-¿Qué demonios estás haciendo? -preguntó, horrorizado.

-Pues ponerme de pie -contestó ella.

-De eso, nada.

-Por supuesto que voy a levantarme. Y si no vas a ayudarme, quítate de en medio.

-Maldita sea -masculló él cuando vio que, decididamente, iba a levantarse, y la rodeó por la cintura para ayudarla. En cuanto se puso en pie, la gente aplaudió.

Ella hizo una débil mueca que pasó por una sonrisa.

-Quiero irme a casa -le dijo a él en voz baja.

-Ocúpate de Lisa -le pidió Jason a su padre.

-Una mujer poco corriente -dijo Devlin Fortune de modo que solo su hijo pudiera oírlo—. Tiene un corazón de leona.

Jason solo sabía que había salvado a su hija, y que ahora era él quien debía protegerla.

Capítulo Seis

-Me has engañado -dijo Adele.

-Te he traído a casa -replicó Jason, de pie para deshacerse de un poco de nerviosismo. Recordarla tirada en el suelo lo descomponía.

-Pero le has pedido un favor a un médico para que venga a verme a casa. Ya te había dicho yo que estoy bien.

-Hombre, eso de que estás bien no es muy exacto que digamos. El doctor Feore ha dicho que tienes la cadera y la espinilla muy dañadas, una pequeña conmoción y muchos rasguños. ¿Por qué eres tan reticente a que te vea un médico?

Adele se encogió de hombros.

-Debe ser la fuerza de la costumbre. En el hogar en el que me crié, teníamos accidentes cada dos por tres. El médico solo venía si había algo grave de verdad: un hueso roto, una herida en la que hubiera que dar puntos o cosas así. Si llorabas, siempre había alguien que terminaba riéndose de ti, así que al final, terminas endureciéndote.

Su respuesta lo molestaba. Es más, toda la situación lo molestaba. Ojalá su infancia hubiera sido distinta. Ojalá alguien hubiera cuidado mejor de ella. No se merecía una niñez así. Se sentó junto a ella en el sofá.

-Ojalá hubiera sido yo quien hubiera visto la bicicleta.

Adele lo miró y le invitó a acercarse moviendo un dedo.

-Ven aquí

Jason se acercó con precaución, y cuando la vio que empezaba a desabrocharle los botones de la camisa, se quedó completamente inmóvil. El roce de sus dedos le recordaba cómo se había sentido al besarla. Cuando se detuvo, se sintió cómo un yo yó, yendo de una emoción a otra.

-Estaba casi segura de que no me iba a encontrar con una camiseta en la que se viera una enorme letra S de Superman, pero quería comprobarlo. No puedes estar en todas partes al mismo tiempo. Simplemente yo estaba en el lugar oportuno en el momento oportuno y vi lo que iba a ocurrir. Cualquier otra persona habría hecho lo mismo.

En eso Adele se equivocaba.

-Yo no he conocido a otra mujer dispuesta a interponerse entre una bicicleta a toda velocidad y mi hija para salvarla.

-Entonces es que no has conocido a muchas chicas hechas de buena madera irlandesa.

Él se río. Tenía la piel de porcelana con tan solo un rastro de sol

en la nariz, y era pequeña aunque sólida. Tenía unas manos también pequeñas y no se resistió al deseo de entrelazar sus dedos.

-Supongo que no —admitió, y se llevó su mano a los labios—. Gracias.

Vio oscurecerse sus ojos con la misma emoción que él estaba sintiendo por dentro.

-No me mires así -dijo, cerrando los ojos-, como si fuese alguien especial, cuando no lo soy.

-¿Y si lo fueras?

Abrió los ojos.

-Es temporal. Durará no más que un castillo de arena. Seguramente ni siquiera toda una noche.

Jason pensó en contradecirla, pero decidió afrontarlo de otro modo.

-No sabía que fueses tan inconstante.

-¿Yo? -exclamó, sorprendida-. ¿Qué quieres decir?

-Has sido tú quien ha dicho que no duraría ni siquiera una noche.

-Estaba hablando de tu interés por mí.

-¿Y por qué crees saber lo que yo pienso? No me conoces lo suficiente.

Claramente desconcertada, fue a contestar, pero sonó el timbre de la puerta. Jason fue a abrir. Eran su madre y Lisa.

-Lisa estaba tan preocupada por Adele que ha insistido en que viniéramos a verla -explicó su madre a modo de disculpa.

Con un plato envuelto en papel de plástico, Lisa entró decidida y corrió al lado de Adele.

-Te he traído una hamburguesa, patatas, pepinillos, un postre de gelatina y una galleta de chocolate —hizo una mueca-. La abuela ha puesto también un poco de ensalada de patata porque dice que a los mayores os gusta. ¿Te has roto algo?

-Nada de nada -contestó Adele con una sonrisa—. ¿Cómo has sabido que me moría de ganas por una hamburguesa con pepinillos, patatas fritas, gelatina, galletas y ensalada de patata? ¿Es que sabes leer el pensamiento?

Jason vio una rara expresión de complacencia iluminar el rostro de su hija.

-Me lo he imaginado -contestó-. Gracias por salvarme. Siento mucho que te hayas hecho daño.

Adele acarició su mejilla.

-De nada, Lisa. Además, no son más que unos cuantos rasguños -quitó el papel de plástico del plato-. ¿Quieres unas cuantas patatas?

-Se le dan de maravilla los niños -musitó Jasmine.

Jason le dirigió una mirada de advertencia.

-Ni se te ocurra, mamá.

-Puede que no sea de roí de quien tengas que preocuparte -replicó, señalando hacia el sofá.

Lisa se había sentado en el regazo de Adele para compartir con ella la comida, y aquella imagen provocó en él sentimientos encontrados. Ver a su hija absorbiendo la atención de una mujer que podría haber sido su madre le recordó todo lo que la niña se había perdido, y al mismo tiempo quería protegerla ele la sensación de pérdida que iba a sufrir cuando Adele volviese a Minneapolis.

-No quiero que se entusiasme con Adele.

-Puede que ya llegues tarde -contestó su madre-. Es difícil no sentirte unida a una persona que le salva de un terrible accidente, sobre todo si tiene el pelo rojo y comparte contigo su galleta.

Su madre tenía razón. Era difícil no establecer un vinculo especial con la mujer que había salvado a su hija.

-Lisa, será mejor que te vayas ya a casa con la abuela. Adele necesita descansar.

La interesada enarcó las cejas

-¿Ah, sí?

Lisa se echó a reír.

-No se le da nada bien obedecer, papá.

-Seguramente eso es bueno para papá -dijo su madre-. Vamos, cariño. Adele, gracias por hacer de ángel guardián de Lisa.

Adele enrojeció.

-De nada. Y ya basta, ¿eh? No quiero oír nada más de todo eso. La hamburguesa estaba muy buena.

-Espero que te sientas mejor ahora que has comido -dijo Jasmine, y Lisa y ella se marcharon.

—Tú también puedes irte -le dijo Adele a Jason cuando se cerró la puerta-. He comido, me han vendado y estoy perfectamente bien. No hay nada más que puedas hacer por mí.

Él sonrió de medio lado.

-Supongo que pretendías ser delicada diciéndome que no me necesitas, ¿no?

-Sé que te va a costar trabajo comprender lo que te voy a decir, pero llevo toda mi vida ocupándome de mis heridas, y por ahora lo he hecho bastante bien.

-¿Y es que nunca has deseado darle un descanso y que sea otra persona quien lo haga por ti?

En sus ojos apareció un anhelo secreto, pero rápidamente bajó la

mirada.

—¿Nunca has deseado tener a alguien en quien poder confiar lo suficiente para permitir que cuide de ti de vez en cuando?

Ella levantó la cabeza y lo miró desafiante.

-Por supuesto que sí, pero yo no he crecido en tu posición de bienestar. Y no me refiero al bienestar económico, sino al familiar, así que desear poder depender de alguien era un deseo muy peligroso. No me seduzcas con tu familia cuando lo que en realidad quieres es una aventura de una noche.

-Nos faltas al respeto a ambos cuando dices que todo lo que quiero es una aventura de una noche -explotó, airado-. ¿Cómo puedes pensar que bastaría con eso?

Adele contuvo la respiración.

-Jason, en lo que a ti respecta, no sé mucho. Precisamente por eso no quiero empezar nada contigo. Los dos sabemos que no estamos interesados en algo permanente, así que aclárame de qué diablos estás hablando: ¿algo más que una noche y menos que para siempre?

Su pregunta era tan directa, tan adecuada y tan equivocada a un tiempo que sintió ganas de aullar. Haber estado años trabajando para no perder la serenidad y que ahora Adele se la hiciera perder tan fácilmente lo destrozaba aún más. Jamás mujer alguna había tenido aquel impacto en él.

-Te estoy volviendo loco, ¿verdad? -preguntó ella.

-Sí -suspiró.

-Bien. Al menos en eso estamos iguales.

Jason se pasó la mano por el pelo y pensó en besarla, pero al final decidió que no. Ya estaba suficientemente alterado.

-Quiero besarte. Ahora mismo —le confesó-. Quieto hacerte el amor hasta que lo único que seas capaz de decir sea mi nombre. Pero acabas de sufrir un accidente y no estás convencida sobre nosotros, aunque estoy seguro de que esas dos circunstancias van a cambiar. Si me necesitas para algo, para lo que sea, llámame.

El silencio que quedó en la casa tras la marcha de Jason debía ser igual al que quedaba tras el estallido de una bomba. Su energía y su pasión reverberaban entre aquellas paredes.

Adele se pasó el resto de la tarde paseándose por la casa y cambiando de canal en la televisión. Se fue a la cama pronto en busca del descanso que todos insistían en que necesitaba, pero solo consiguió dar vueltas y más vueltas.

Miró el reloj. Era media noche, y maldijo aja-son Fortune por

romper la paz de su vida. Dejándose llevar por un impulso, marcó el número del despacho de Jason. Sabía que nadie contestaría a esas horas y que saltaría el contestador automático, que era precisamente lo que quería. No estaba de humor para hablar directamente con él, así que le dejó un mensaje diciendo que se tomaría el día libre y que volvería al trabajo el viernes.

Colgó, quitó el timbre del teléfono y suspiró aliviada. Un día sin Fortunes a la vista.

Aquella decisión funcionó como un encantamiento. Se quedó dormida inmediatamente y no se despertó hasta bien entrada la mañana, pero enseguida se aburrió de dar vueltas por la casa. Echaba de menos Minneapolis y las cosas que le hacían sentirse segura. Aunque la casa estaba bien equipada, se dio cuenta de que había estado tan ocupada que no había añadido ningún toque personal.

Durante uno de sus muchos viajes a las oficinas de la constructora, había visto un vivero, y allí se dirigió.

-¿Puedo ayudarla en algo? -se ofreció el dependiente.

-Quiero escoger unas cuantas plantas de interior. Soy de Minnesota y echo mucho de menos el verdor.

El dependiente asintió con una sonrisa.

-Tenemos una gran variedad. Puede que tenga que regarlas un poco más de lo que estará acostumbrada, pero sobrevivirán perfectamente.

-Gracias -contestó Adele y el dependiente se alejó.

-¿He oído hablar de Minnesota? -preguntó una voz femenina que le resultaba familiar-. ¿Eres tú, Adele?

Adele se dio la vuelta para encontrarse con Jasmine Fortune que sonreía. Verla produjo en ella una mezcla de sentimientos. Jasmine era una mujer tan encantadora y vital que era un placer encontrarse con ella, pero también era la madre de Jason y estaba haciendo todo lo posible por no pensar en él al menos durante un día.

-Señora Fortune -la saludó.

-Llámame Jasmine. Entre tu trabajo en el hospital y el rescate de Lisa, eres prácticamente parle de la familia.

Adele sintió una honda satisfacción, y tuvo que recordarse que la palabra «prácticamente» era la clave del asumo.

-¿Has venido a comprar plantas de interior

-Puede que te parezca una tontería, pero echo de meno mis plantas, y espero que poniendo más verde a mi alrededor me sienta casi como en casa.

-Un poco de nostalgia -dijo Jasmine, apoyando una mano en los

hombros de Adele y mirando el expositor de plantas-. No te lleves eso. ¿Quieres algo que florezca?

Durante una hora, Jasmine, con sus maneras abiertas y cálidas, la ayudó a elegir casi un bosque en miniatura para su casa.

-Espero no matarlas todas -dijo Adele cuando pagaban.

Jasmine abrió el bolso.

-¿Por qué no me dejas que te las regale como presente de bienvenida?

-De ningún modo -contestó con más aspereza de la que pretendía, e inmediatamente suavizó el tono-. Te lo debo por pensar en la ensalada de patata ayer.

Jasmine se echó a reír.

-Nunca me habían rechazado de un modo tan original. ¿Quieres comer conmigo, o has de volver al trabajo?

-Me he tomado el día libre -contestó, y aunque no estaba segura de que fuese una buena idea, no tuvo el valor de rechazar a Jasmine por segunda vez.

-Kate está entusiasmada contigo -comentó Jasmine cuando las dos se hubieron acomodado en un encantador café que había cerca del parque.

-Es una mujer maravillosa -contestó Adele—, y cuando está convencida de algo o de alguien, es la persona mas generosa que conozco.

Jasmine asintió.

-Sé que le cosió trabajo asimilar el hecho de que su marido fuese el padre de Devlin y Hunter con otra mujer, pero desde que por fin lo consiguió, ha sido una entusiasta de la familia. Además es una casamentera de cuidado. Está decidida a conseguir que todos los miembros solteros de la familia acaben felizmente casados.

-¿Quién es el primero de la lista? ¿Tyler? -Jasmine enarcó las cejas.

-Tyler es el primero de la lista de todos. Por ahora ha esquivado las flechas, pero estoy segura de que eso cambiará pronto. -Adele tomó un sorbo de té.

-¿Ha conocido a alguien? Jasmine sonrió.

-Si no la ha conocido, la conocerá —replicó, e hizo un gesto disuasorio con la mano-. Pero ya basta de todo eso. Háblame de ti.

-Soy de Minnesota, me he graduado en Filosofía y he hecho después un curso de postgrado en ética de la empresa y leyes.

-Ya sé que eres toda una eminencia, pero de lo que me gustaría saber es de tus intereses y tu familia.

Adele intentó no parecer nerviosa. Era una tontería, pero no

quería que la opinión que Jasmine tuviese de ella empeorara por su falta de familia.

-Mi trabajo me ha mantenido muy ocupada hasta ahora, pero me gusta nadar y pescar cuando tengo la oportunidad. En Minnesota trabajo muchas veces como voluntaria con los niños del hospital. Les leo cuentos y cosas así. Familia no tengo crecí en un hospicio. Allí fui entrenadora de voleibol hasta que me fui.

-No tienes familia -repitió Jasmine-. Entonces supongo que los Fortune debemos parecerte un poco agobiantes a veces.

-A veces -admitió con una sonrisa-, pero pienso que sois afortunados de teneros los unos a los otros.

-Somos una familia muy unida, pero mis hijos son muy reservados en cuanto a su vida personal, y yo, como madre, no puedo evitar preocuparme por ellos. Jason se casó joven y se vio obligado a madurar deprisa. Devlin y yo también nos casamos jóvenes, pero fue muy distinto -sus hermosos ojos oscuros se tornaron pensativos. A veces pienso que Jason se oculta tras sus responsabilidades en la constructora y con Lisa.

La preocupación de Jasmine por su hijo la afecto profundamente. El amor y la ternura de Jasmine eran como una brisa cálida. No había deseo de interponerse en la vida de su hijo, o de saber más, y sintió el irrefrenable deseo de consolarla.

-Tu hijo es un hombre fuerte. Lo educaste maravillosamente bien.

Jasmine sonrió.

-Devlin y yo supimos que teníamos material de primera entre las manos cuando llegó Jason -ladeo la cabeza e hizo una pausa-. Tienes buen corazón, Adele.

Y ese corazón se le inflamó dentro del pecho. Era la primera vez que alguien le hacía un cumplido así. Habían alabado su inteligencia, su disciplina, su perseverancia, pero nunca su corazón. De hecho, siempre había tenido la vaga impresión de que le iba mejor siguiendo los dictados de su cabeza que los del corazón, pero en aquel instante fue como si tuviese una madre y hubiera sido ella quien hubiese alabado su buen corazón.

-Gracias -dijo, pero la palabra le pareció inadecuada ante su regalo.

Las palabras de Jasmine la acompañaron durante el día siguiente y no pudo evitar contemplar a Jason desde una perspectiva diferente. Pasaron la tarde confeccionando un borrador sobre lo que

iba a ser la política del centro en casos de embarazo juvenil.

-Admiro hasta qué punto estás dispuesto a comprometerte -le dijo-. Hay hospitales infantiles que ni siquiera quieren tocar el tema.

Él se echó hacia atrás en su sillón y dejó el bolígrafo sobre la mesa.

-No podríamos dar de lado este tema. Mi abuela, Natasha Lightfood, se quedó embarazada a los diecinueve años de mi padre y su hermano -dijo, y miró hacia otro lado-. Mi mujer se quedó embarazada por primera vez también con diecinueve años.

-¿Por primera vez?

-Tuvo un aborto -confesó, y Adele volvió a sentir que para Jason era difícil hablar de su mujer. Cuando la miró de nuevo, sintió que iba a cambiar de tema-. Mi madre me ha contado que comisteis juntas ayer, y le he preguntado cuál era su secreto.

-¿Su secreto?

-Sí, el secreto para conseguir que vayas a comer con rila.

Adele sintió un intenso calor al ver brillar la pasión en sus ojos.

-¿Y bien? ¿Cuál es el secreto?

-Yo.. eh... -tuvo que morderse la lengua para dejar de balbucir-. Es que ella no me afecta del mismo modo que tú -espetó, e inmediatamente deseó poderse fundir con la alfombra que tenía bajo los pies.

El sonrió.

—Supongo que eso es bueno.

Para no encontrarse con sus ojos miró el reloj.

-Las seis y media. No me había dado cuenta de que fuese tan tarde. Tu hija se va a lanzar a tu cuello cuando llegues a casa.

Jason movió la cabeza.

-Lisa está en la fiesta de cumpleaños de una amiga, y va a quedarse a dormir allí.

-Ah —contestó. El estómago le estaba haciendo cosas raras.

-He pensado que podíamos cenar en...

El teléfono sonó y Jason frunció el ceño.

-¿Quién llamará a estas horas? Jason Fortune -contestó, y abrió de pronto de par en par los ojos-. ¿Un accidente en la obra?

Adele sintió que la sangre se le helaba en las venas. Jason se levantó y con el teléfono pegado a la oreja, se acercó a la ventana.

-¿Hay algún herido?

Adele aguantó la respiración. Luego lo vio colgar con expresión sombría y tensa.

-Ha habido un accidente en la obra -dijo, casi con demasiada

serenidad-. El ascensor de obra se ha desplomado. El capataz Mike Dodd, iba dentro y ha muerto.

-Dios mío...

-Tengo que irme para allá ahora mismo, pero antes he de llamar a los miembros del consejo.

-¿Quieres que los llame yo? —preguntó, desesperada por ayudar.

Jason asintió.

-Sí. Ten, aquí tienes sus números de teléfono -dijo, sacando una lista del cajón de su mesa-. Di-les que aún no tenemos detalles, pero que dentro de una hora volveremos a ponernos en contacto -Jason se colocó la chaqueta y se pasó una mano por el pelo-. Dios... muerto. Así. Sin más.

-¿Lo conocías?

Jason asintió.

-Mike tuvo una juventud complicada, pero ahora parecía irle todo bien. Ser capataz del proyecto era muy importante para él -suspiró, y Adele vio el peso de la responsabilidad casi físicamente sobre sus hombros-. Los próximos días van a ser una pesadilla. Una muerte en la obra -cerró los ojos un instante—. Es la primera vez que ocurre algo así en una de nuestras obras -los abrió y la miró—. Los miembros del consejo van a tener mil preguntas, y yo, dos mil.

-Puedo quedarme aquí y servirte de enlace. Si quieres, puedo llamar a Lisa para que no se asuste.

-Buena idea -miró el reloj-. Esto se va a prolongar, y hoy es viernes.

-No tengo nada mejor que hacer.

-De acuerdo —contestó, y la confianza vibró en el aire.

Podía contar con ella. Saberlo despertó algo en su interior. Era lo que más deseaba en el mundo: que contase con ella. Quería ser ella la persona de la que pudiese llegar a depender.

Con el corazón en la garganta, lo vio llegar a la puerta.

-Si hay algo más que pueda hacer, lo que sea, házmelo saber, por favor.

Parecía tan fuerte, tan dolido y tan solo en aquel momento en el que el proyecto para el que tanto había trabajado, que tanto significaba para su familia colgando de un hilo que, siguiendo su corazón en lugar de su cabeza, se acercó a él y lo besó. Y cuando lo vio alejarse por el pasillo, tuvo la sensación de que todo en su mundo estaba a punto de cambiar.

Capítulo Siete

Al llegar a la obra, Jason aparcó el coche tras varios vehículos con luces brillantes en el techo: un coche de bomberos, un todo terreno de la policía y una ambulancia que se puso en movimiento nada más llegar él.

Jason sintió un nudo en el estómago. En aquella ambulancia debía ir el cuerpo de Mike Dodd. La pesadilla había comenzado.

Vio a su hermano hablando con un policía.

-Jason Fortune -se presentó.

-Oficial Crowther. ¿Son hermanos?

Tyler asintió mientras Jason miraba a su alrededor. Era difícil creer que hubieran estado celebrando la buena marcha del hospital solo dos días antes.

-Estaba diciéndole a su hermano que al haber habido una muerte, tendrá que haber una investigación por parte de Sanidad y Seguridad Laboral.

Sabía que ese tipo de investigaciones podían causar grandes retrasos en una obra.

-Siempre hay preguntas que hacer en estos casos -añadió el oficial.

-Créame -contestó Jason-: nosotros deseamos más que nadie dar repuesta a esas preguntas. ¿Nos disculpa un momento, por favor?

-Claro.

Jason y Tyler fueron al barracón de oficinas.

-¿Qué hacía Dodd aquí a estas horas? -preguntó en cuanto cerraron la puerta.

Tyler estaba aturdido. Nunca lo había visto así, casi sin palabras.

-No lo sé. Todo el mundo se había ido ya. Quizás estuviera revisando algo. Parece ser que el ascensor cayó desde el piso quince.

-Entonces, ¿no había nadie más aquí?

-Nadie excepto Angélica Dodd, la hermana de Mike, y Riley.

Aquello era cada vez más confuso. Riley Fortune, su primo, era el director financiero de Construcciones Fortune.

-¿Riley? ¿Y qué demonios estaba haciendo aquí? ¿Es que ha habido alguna discrepancia en las cuentas?

-No que yo sepa, y en cuanto a Angélica lo único que sé es que prácticamente ha sido ella quien ha criado a Mike, y que trabaja como camarera en el Camel Corral. Es posible que supiera que se había quedado a trabajar hasta tarde y le trajera algo de comer.

-¿Sabías que hubiera problemas con el ascensor?

-No, ninguno -contestó Tyler, y lanzó un juramento-. Si hay algún proyecto que no quería que se complicara de ningún modo, era este. No sé cómo ha podido pasar algo así.

-No es culpa tuya. Llamaremos a los abogados de la empresa y te prometo que averiguaremos qué ha pasado aquí,

-Hoy es viernes. Nos va a costar trabajo encontrar a alguien.

-Los pagamos para que estén localizables en cualquier momento, y no vamos a permitir que alguien de fuera inicie una investigación antes que ellos. Hay demasiado en juego.

Su sueño de sangre y muerte se había hecho realidad y sintió un escalofrío.

Media hora después, tras haber hablado de nuevo con el oficial Crowther, llamó a Adele para ponerla al corriente, y su voz le sonó como el agua tras haber vagado por el desierto.

-Hay muchos detalles que desconocemos aún -le explicó-. Ya tenemos a uno de nuestros abogados aquí. Tyler está revisando los partes diarios de la obra y yo he hablado con la prensa. ¿Podrías decirle a mi madre que será mejor que Lisa se quede con ella unos días? Voy a tener mucho ti abajo.

-Desde luego. ¿Has comido algo?

-Ni siquiera he pensado en comer.

-No te preocupes: ya me ocupo yo.

-Tú ya puedes irte a casa, Adele. Hasta mañana.

Y colgó preguntándose por qué el simple hecho de hablar con ella y oír su voz le hacía sentirse mucho mejor.

Un rato después, un guardia de seguridad entró con una bolsa de comida.

-¿Quién de ustedes es Jason Fortune? -preguntó. Tyler y Devlin, que había llegado hacía poco, estaban también allí.

-Soy yo.

El gualda metió la mano en la bolsa y sacó un sandwich envuelto.

-Una pelirroja muy guapa, pero un poco mandona me ha hecho prometer que se lo entregaría en mano. Dice que también hay unas cuantas galletas en la bolsa.

El hombre dejó la bolsa sobre la mesa mientras los tres se miraban en silencio. La atmósfera de la oficina estaba tan tensa que las palabras del vigilante la cortaron como un cuchillo.

-Una pelirroja guapa y un poco mandona -repitió Tyler, sonriendo-. Me pregunto quién puede ser.

Jason movió la cabeza y no pudo evitar sonreír.

-Le dije que se fuera a casa.

-Y seguramente lo ha hecho, pero después de haber ido a comprar la comida y de acosar al pobre vigilante. Anda, pásame la bolsa -le pidió su hermano.

La noche de pesadilla continuó. Jason apareció en el informativo de televisión a la mañana siguiente y luego se reunió con el consejo de dirección. Las comidas siguieron llegando a intervalos regulares, entregadas todas ellas, según le decían, por una pelirroja. Aquella noche volvió por fin a casa y pudo dormir unas horas.

El domingo se reunión con Link Templeton, un detective de magnífica reputación con quien Jason conectó inmediatamente. Link tenía el aire de hombre experimentado y para él fue un alivio saber que alguien capaz iba a intentar llegar al fondo del asunto.

Era ya domingo por la tarde cuando volvía de nuevo a casa, pero desasosegado como estaba por los incidentes del día, tomó la dirección de casa de Adele en lugar de la suya.

Adele le abrió la puerta y verla fue como ver amanecer. Llevaba una bata de seda larga, tenía la cara lavada y sin una gota de maquillaje y el pelo suelto.

-Pasa -le dijo sin dudar.

Antes de verla, se sentía como en carne viva por el accidente, pero en aquel momento, se sintió en carne viva por el deseo que lo inspiraba aquella mujer. Cerró la puerta e inmediatamente la abrazó.

-¿Cómo estás? -le preguntó ella, mirándolo con sus ojazos verdes.

-Muy bien alimentado -contestó-. ¿Cuántas veces has llevado comida a la obra?

-Unas cuantas. Supuse que te olvidarías de comer a menos que alguien se encargara de ponerte la comida delante de las narices.

-No te equivocabas. ¿Cómo conseguiste que los vigilantes te obedecieran?

-Perseverancia -le explicó-. Y galletas,

Jason se echó a reír y hundió las manos en su pelo.

-Galletas con los colores del arco iris. A mi padre le han gustado.

Ella sonrió.

-Me alegro.

Tenía la sensación de haber esperado toda una eternidad para besarla, y no pudo esperar un minuto más. Su sabor prendió en su cuerpo como en una tea. En otro momento, podría haber ido más despacio, porque se merecía el tiempo y la seducción, pero en aquel instante tuvo que hacer un esfuerzo desmesurado por separar los labios de su boca

-No puedo ir despacio hoy—le confeso, y su voz le sonó áspera incluso a él—. Si quieres que me vaya, dímelo ahora. Contaré hasta diez.

Adele se limitó a mirarlo sin contestar, y los segundos fueron pasando al ritmo de las palpitaciones de su corazón. Un brillo fugaz de temor apareció en sus ojos y los cerró, pero aun así no dijo nada.

El tiempo pasó y por fin abrió de nuevo los ojos. El temor había sido reemplazado por un deseo ardiente que fue para él como la más íntima de las caricias. Hundió las manos bajo su bata y tiró de ella. Adele quedó totalmente desnuda ante él.

Sin preocuparse por su desnudez, enredó los dedos en su pelo negro y lo besó en la boca. Jason giró hasta que Adele sintió la pared fría en su espalda y calor en todo el resto del cuerpo.

Tuvo un sobresalto de temor. Su pasión era tan poderosa que se preguntó si la consumiría hasta que no quedase nada de ella. Nunca había conocido a un hombre que la deseara de aquel modo. Nunca se había imaginado que pudiera llegar a desear así a un hombre.

Pero dejó a un lado los temores y se dejó guiar por el corazón, y sin pensar, le quitó la chaqueta y desabrochó los botones de la camisa.

Jason se deshizo de la camisa y sin dejar de mirarla con fuego en los ojos, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. La dejó sobre la cama, sacó los preservativos de la mesilla y se quito el pantalón y los calzoncillos.

Los músculos de su pecho y su abdomen se contraían con los movimientos, y su sexo era fuerte y vibrante. Se tumbó sobre ella, cubriéndola con su musculoso cuerpo.

-Te he deseado desde el primer momento en que te vi -confesó, y devoró su boca mientras la mano viajaba a encontrarse con su pezón. Las sensaciones eran tan intensas que se sintió enardecida.

-¿Por qué? -preguntó sin aliento-. ¿Por qué yo?

-Porque eres más fuerte que cualquier mujer de las que conozco —con la otra mano separó sus piernas y la acarició-. Tenía que poseerte -dijo, hundió un dedo en su interior y ella gimió-. No es suficiente. Te deseo toda, y ya.

Y se deslizó sobre su cuerpo para llegar con la boca a sus pezones.

Adele se arqueó contra él involuntariamente y sintió que la volvía loca con la boca y las manos. Su urgencia alentaba la suya. La necesidad ardía como el fuego. Deslizó las manos por sus hombros y su pecho, y él se incorporó para devorar sus labios.

-Quiero besarte por todas partes -susurró.

Adele bajó las manos por su abdomen y rozó su sexo con los dedos.

Jason se quedó inmóvil.

-No...

Adele volvió a acariciarlo y sintió que él se tensaba.

-¿Por qué...?

Con una maldición entre dientes, Jason buscó protección y, sin dejar de mirarla, separó sus piernas y la penetró.

Adele contuvo la respiración y él cerró los ojos v apretó los dientes. Eres tan pequeña...

-Pues tu no -gimió ella.

-No quiero hacerle daño -dijo, mirándola a los ojos.

-No me lo has hecho -contestó Adele, que ya empezaba a adaptarse a él.

-¿De verdad?

-Más bien ha sido sorpresa. Bésame.

Sus ojos se oscurecieron más, si es que era posible, y la besó en la boca con caricias tan ardientes que ella temió volverse líquida. No se movió. Siguió besándola hasta que ella no pudo permanecer quieta por más tiempo.

-No -le dijo él, pero Adele no lo escuchó-. No se te da bien obedecer —añadió tras unos segundos.

-¿Y no te alegras de ello? -lo desafió, y sintió entonces que se hundía dentro de ella.

Contemplando su cuerpo, comenzó a moverse rítmicamente, dentro y fuera.

-No sé cómo voy a saciarme de ti -dijo, y volvió a besarla.

El movimiento de su lengua era el mismo que el de sus caderas, y las sensaciones que con ello provocaba no se podían describir. La respiración de ambos se hizo entrecortada y Adele se sintió más cerca de la cumbre.

-Vamos, Addie, lo quiero todo -susurró él.- Lo quiero todo de ti.

Como un tornado que hubiera llegado por sorpresa, Adele se sintió catapultada hacia las alturas, y tuvo que aferrarse a él para no caer cuando el clímax le hizo perder todo el control.

Un momento después, intentó volver a pensar y .1 respirar, con la cabeza de Jason apoyada en el Inicio de su hombro, su respiración tan agitada i unió hi suya. Cuando su cabeza volvió por fin a funcionar, estaba menos preocupaba por sus pulmones y más por otra parte mucho más vulnerable de su ser. Temió que el hombre que acababa de apoderarse de su cuerpo hubiera hecho lo mismo con su corazón.

Jason la deseaba otra vez. Aquello era increíble. Nunca se había sentido tan satisfecho sexualmente y tan hambriento al mismo tiempo. En su cabeza volvía a hacerle el amor, y sintió que su cuerpo reaccionaba a la velocidad del rayo.

Adele se movió un poco bajo su peso y él se tumbó a su lado para quitarle de encima el peso de su cuerpo, pero sin dejar de abrazarla por la cintura. Ella hizo ademán de apartarse, pero él la sujetó instintivamente y la miró a la cara.

Parecía perdida.

-¿Qué ocurre? -le preguntó.

Ella tragó saliva.

-Yo... es que... -se humedeció los labios-. No estoy acostumbrada a esto -dijo, temblándole la voz.

Él se incorporó, pero no se separó de ella.

-A hacer el amor -concluyó él. Por eso la sorpresa y la tensión de su cuerpo.

-Eso también -dijo-. No estoy acostumbrada a... a este.

Las manos también le temblaban y el instinto de protección de Jason afloró a la superficie.

-¿A qué? —pregunto, abrazándola.

-A ti -contestó en voz baja-. A tener la sensación de que he sido engullida por un tornado.

-Ha sido demasiado rápido.

- No, no – hizo una pausa—. ¿Para ti sí?

La confianza que vio en su mirada lo atrapó como en una red.

-Sí -contestó, acariciando su mejilla con el dorso de la mano-. Pero es que no podía esperar. Quizás para ti no tenga sentido, pero tengo la sensación de haber estado esperando para hacerte el amor desde que nos conocimos —hizo una pausa-. ¿Y tú?

Ella lo miró a los ojos y la intensidad de la emoción que vio en ellos lo dejó obnubilado.

-Antes —dijo por fin.

-¿Antes de qué? -preguntó él, confuso.

-Desde antes de conocerte -susurró, y puso su mundo de nuevo patas arriba.

Después, Jason la tuvo en brazos durante un tiempo infinito, hasta que dejó de temblar y se relajó. Después, casi ya con el alba, se despertó y volvió a hacerle el amor con tanta ternura que ella volvió a temblar.

Al fin y al cabo, puede que no tuviera nada que ver con la prisa,

pensó ella al levantarse despacio de la cama sin despertarlo. Quizás los temblores fueran solo por él. Aquel inquietante pensamiento creció al recoger su ropa y la de Jason del recibidor, y para cuando se puso la bata y se lavó la c ara con agua fría, tenía la sensación de haber cometido un terrible error.

Los brazos de Jason en su cintura la pillaron desprevenida y dio un grito. Completamente a gusto con su desnudez, él la miró enarcando una sola ceja.

-¿Estás un poco nerviosa esta mañana?

-Supongo que sí -dijo, y se volvió a mirarlo-. No sé cómo hacer esto.

-¿Hacer qué?

-Pues... lo que estamos haciendo -contestó, y se preguntó si alguna vez había estado más torpe.

El sonrió.

-Pues yo diría que lo has hecho de maravilla para no saber lo que estabas haciendo.

Ella suspiró.

-No me refiero a eso. Esto es precisamente por lo que no quería hacer esto- qué desastre. Parecía incapaz de expresarse con claridad-. Lo que quiero decir es que yo no estoy hecha para ser la amante de nadie, y Dios sabe que tampoco voy a ser tu esposa. Pero es que todo ha sido tan intenso... Y además, está tu familia.

-Dejemos a mi familia a un lado y mantengamos en la intimidad lo que es íntimo -dijo-. Yo sé cómo cuidar de ti.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría.

-¿Ah, sí? Sé que eres un hombre seguro de sí mismo, pero tu familia forma también una parte muy importante de ti. ¿Cómo no van a darse cuenta de lo que está ocurriendo?

Él apretó los dientes.

-Ya lo he hecho antes.

-¿No me digas? —era como si le hubiese dado una bofetada—. Y yo que juraría haberte oído decir que- esto era diferente para ti. Pero ya veo que te has sentido exactamente igual en otras ocasiones y con dirás mujeres.

Su expresión cambió.

-Adele...

-Creo que lo mejor será que te vayas.

-Me has malinterpretado.

-Sí, creo que sí. Creo que debes irte. No puedo pensar contigo ahí desnudo. Bueno, la verdad es que no podría pensar ni aunque estuvieras vestido de esquimal y a diez metros de mí. Vete, por

favor.

Pero él no se movía. El miedo iba en aumento y supo que tenía que hacer algo drástico.

—No pienso irme.

-Está bien: tú vístete y yo me iré al salón.

Él la miró como si no confiase en ella, y hacía bien.

-De acuerdo -accedió a regañadientes-. Estaré ahí en un minuto.

Él sí, pero ella no, pensó mientras recogía cinco dólares de la cocina y las llaves del coche. Debió oír la puerta, porque justo antes de cerrarla, lo oyó gritar:

-¡Adele!

Capítulo Ocho

Desde luego, había perdido la cabeza.

-Mantengamos en la intimidad lo que es íntimo -repitió en voz alta-. Sí, claro. Como si no se me notara en la cara cada vez que se acerca a menos de diez metros de mí.

Lo bueno de los autoservicios era que no necesitaba una bajarse del coche para pedir la comida, así que, vestida con su bata, pidió varias cosas, ya que suponía que iba a tardar un buen rato en volver a casa. Luego, aparcó en un rincón del aparcamiento lejos de la carretera y tomó un bocado de su sandwich de huevo, beicon y queso.

Puede que no fuera el paso más racional del mundo salir de la casa sin zapatos y con tan solo aquella fina bata de seda, pero no lo era más que acostarse con Jason Fortune.

Tomó un sorbo de zumo de naranja y frunció el ceño. Debía estar bien lo de tener esa clase de control. Ella también lo había tenido, siglo atrás.

Tomó un trago largo de café y cerró los ojos. Jason se quedaría un rato en su casa, pero ya que era "don importante" en Construcciones Fortune, no podría quedarse demasiado tiempo allí un lunes por la mañana. Recordó entonces el accidente en la obra y su apetito se desvaneció.

Con un suspiro, echó lo que le quedaba de sandwich en la bolsa y decidió que lo mejor sería enfrentarse al gran león de los Fortune cuando hubiese recuperado la compostura. El desayuno, una buena ducha y el pelo recogido en un austero moño ayudarían a proyectar la imagen de calma que buscaba.

Cuando Jason llegó a la oficina, estaba que mordía.

-Barbara -le ladró más que le pidió a su asistente-. Póngame con la señorita O'Neil en cuanto llegue.

-Sí, señor. Tiene varios recados y su hermano...

Jason abrió la puerta para encontrarse con Tyler

-Tu hermano está aquí dispuesto a matar el tiempo hasta que la inspección acabe con el edificio

Jason respiró hondo. La verdad es que comprendía la incapacidad de su hermano para quedarse de brazos cruzados. Lo que había ocurrido podía destrozarle los nervios a cualquiera... lo mismo que aquella pelirroja que le había dejado plantado.

-Puedes ocuparte de los preliminares del proyecto de Westin en

Río -le sugirió Jason, cerrando la puerta a su espalda.

-Creía que aún no estaba aprobado.

-La semana pasada nos dijeron que sí.

Tyler se encogió de hombros.

- Por eso eres tú el director de marketing. Si hay alguien capaz de transformar un no en un sí, eres tú.

Jason volvió a pensar en Adele y tuvo que morderse la lengua.

Tyler lo miró atentamente, reparando especialmente en los puntos en los que su hermano se había cortado al afeitarse.

-No tienes buen aspecto. ¿Es que has pasado mala noche?

-Estoy bien. Es que no he tenido buena mañana.

Tyler se alarmó.

-¿Es que te ha llamado el investigador? ¿Hay malas noticias?

-No, no. No es nada de eso.

-Entonces, ¿qué demonios...? -hizo una pausa-. No tendrá nada que ver con nuestra pelirroja, ¿verdad?

Jason tardó un segundo de más en encontrar una respuesta. Lo supo por la expresión de Tyler.

-¿Te la has llevado a la cama por fin?

-No es eso -contestó, irritado—. Me has pedido algo que hacer, ¿no? Pues sal de aquí y ponte con lo de Westin.

-Déjame adivinar: habéis pasado la noche juntos y ahora quiere que te cases con ella.

-No exactamente. Me ha dejado plantado esta mañana -dijo, aún incrédulo.

Tyler se encogió de hombros.

-Eso pasa de vez en cuando. Las mujeres son i aras. Puede que no se sintiera cómoda en tu casa, o algo así.

-No estábamos en mi casa.

-¿Eh? ¿Pues dónde estabais?

-En la suya. Empezó una conversación de lo más raro, me pidió que me marchara y cuando le dije que no, se escabulló por la puerta de la cocina mientras yo me vestía. No llevaba nada de nada debajo de esa condenada bata -murmuró, y empezó a pasearse por el despacho.

Tyler se echó a reír.

-¿De verdad te ha dejado plantado en la casa que se supone que es suya mientras esté aquí? -volvió a reír-. Eso es pura desesperación, Jason. ¿Qué le has hecho a la pobre?

Tyler recordó la noche que habían compartido y dejó de pasearse.

-Nada que la haya obligado a marcharse. Nada que... -se

interrumpió y frunció el ceño-. Cuando llegue, voy a darle un curso acelerado de etiqueta, si es que me resisto a estrangularla primero.

Tyler asintió despacio.

-Sí, ya. Sería una forma estupenda de convencerla para que volviera corriendo a casa.

-Esto no es asunto tuyo -espetó de mal humor-. Y ni se te ocurra hablar de ello con nadie, y mucho menos con mamá y papá.

-¿De verdad crees que papá no se va a dar cuenta de nada? Lee en nosotros como en mi libro abierto.

-No me importa. No quiero que hables de ello, v [Junto. Cuando hablo con ellos jamás loco el lema de tu soltería, v te garantizo que podría hacerte la vida muy difícil.

-Vale, vale -contestó, componiendo con los dos índices el símbolo de la cruz.

Jason sacó de un cajón el expediente de Westin y se lo entregó.

-Esfúmate.

-Como ordenéis, mi amo. Y suerte con la pelirroja.

La pelirroja llegó cuando Jason estaba atendiendo una videoconferencia, pero en cuanto terminó, respiró hondo y llamó a la puerta del despacho de Adele. Tenía la puerta entreabierta y estaba sentada a su mesa leyendo una publicación profesional y tomando notas. Llevaba el pelo en un moño más tirante de lo habitual, e iba vestida de negro.

Levantó la mirada y en sus ojos leyó una turbulenta emoción. Parecía estar de guardia con todos sus sentidos. Se levantó.

-Siento haberme marchado de ese modo esta mañana, pero por otro lado, no lo siento.

Jason se acercó.

-No hemos podido hacer nada al marcharte.

-Yo sí: he desayunado y he trabajado para recuperar la cordura.

-¿Y lo has conseguido?

La vulnerabilidad de su mirada le llegó al corazón.

-He iniciado el camino -contestó, y miró hacia otra parte-. Hemos cometido un error.

Jason sintió un nudo en el estómago.

-Si pudieras hacer retroceder el tiempo, ¿harías otra cosa?

Ella cerró los ojos y guardó silencio durante un momento.

-No –dijo al fin- pero no va a funcionar. Puede que tu seas capaz de ocultar tus sentimientos, pero yo no tengo esa capacidad.

Jason se acercó a ella por la espalda y la rodeó con los brazos.

-Quizás ninguno de los dos deberíamos ocultarlos.

Adele se dio la vuelta para mirarlo como si hubiera perdido el juicio.

-¿Y tú crees que Kate, tu padre o tu madre no tendrán nada que decir al respecto? Ya sabes corno es Kate. Habrá elegido las flores para la iglesia antes de que puedas parpadear.

Jason hizo una mueca. Tenía razón, pero estaba decidido a seguir viéndola.

-Estás decidida a no seguir, ¿verdad?

Ella frunció el ceño.

-No lo sé. Solo sé que no estoy hecha para ser la amante o la esposa. ¿Qué crees que puedo ser entonces?

-¿Qué tal compañera, amiga, fuerza impulsora de mi vida?

Ella lo miró pensativa.

-Podría ser -admitió de mala gana-. ¿Y cómo contestamos a las preguntas?

-No tenemos por qué hacerlo -respondió con una sonrisa-. Se cambia de tema o se dice abiertamente que no se quiere hablar del asunto.

Adele no parecía convencida.

-¿Y crees de verdad que funcionará?

Jason cerró la puerta, echó el pestillo y volvió a abrazarla.

-No quiero que pienses en Kate, en mis padres, o en ninguno de los demás Fortune -la besó levemente en los labios y el recuerdo de su intimidad compartida revivió con fuerza - Quiero que pienses en mí – concluyó he hizo todo lo que pudo por conseguirlo.

Mucho después, volvió a pasar por su despacho.

-Te invito a cenar esta noche -le dijo. Se la había encontrado trabajando descalza, los pies apoyados en un armario bajo y con unos cuantos mechones de pelo que habían escapado al férreo control de las horquillas. No parecía la misma persona de aquella mañana. Mirarla le hacía sentir dolor y calma a un tiempo. Qué desesperación.

-Creo que será mejor que no -contestó, arrugando la nariz-. No estoy preparada para una aparición pública.

Su rechazo lo pilló desprevenido. Se había pasado la vida perseguido por mujeres mucho más interesadas en su apellido, su dinero y el prestigio que acarreaba verse asociadas con él.

-¿Estás diciendo que no quieres que te vean conmigo?

Ella sonrió tímidamente.

-Más o menos -se levantó-. Pero puedes venir .1 cenar a mi casa, si quieres.

Lo que quería por encima de todo era llega 1 .1 comprenderla.

-Creía que no querías ser una amante.

-Y no quiero. Lo que ocurre es que no estoy preparada para que hablen de mí como la chica del momento de Jason Fortune.

Él elevó al cielo a mirada.

-Vuelves a confundirme con Tyler.

Ella lo miró muy seria.

-En absoluto.

Jason no terminaba de decidir cómo se sentía.

Por un lado deseaba esconder lo que tenían y por otro, deseaba contarlo a los cuatro vientos. Lo que sí sabía bien era que experimentaba una irracional posesividad hacia ella que, de saberlo Adele con su fiera independencia, se horrorizaría.

Adele preparó una cena que no habían terminado de comer cuando él le hizo el amor. Luego, envueltos con una manta, la acurrucó contra su pecho, y se llevó su mano a los labios para besarla.

-¿Por qué no llevas joyas?

-Me pongo pendientes de vez en cuando.

-Pero nunca anillos, ni adornos en el cuello.

-Cuando era pequeña, tuve una compañera de habitación en el hogar que se llamaba Annabelle. Decía que su madre iba a volver a buscarla en cuanto se pusiera bien, pero como ese era el turno de todas nosotras, nadie la creía -sonrió-, excepto yo. Yo sabía lo de sus aderezos. ¿Aderezos?

Annabelle tenía joyas: un anillo que su madre le había metido en la tarta de su sexto cumpleaños, un brazalete con una inscripción grabada en su interior, un camafeo con una foto en pequeñito de sumadre y ella.... cuando no llevaba todo aquello, lo guardaba en una preciosa caja de música que también le había regalado su madre y que sonaba con la canción Edelweiss, que era la que su madre la cantaba al acostarla por las noches-

-¿Y vino su madre a buscarla? -preguntó, acariciando su pelo.

Adele asintió.

-Sí. Había estado enferma de tuberculosis y tardó un tiempo en recuperarse, pero cuando lo consiguió fue a buscarla. Lloré porque nunca había visto a dos personas tan felices. Creo que fue ella quien modeló mi opinión sobre las joyas.

-¿En qué sentido?

-Pues que si voy a llevar joyas, quiero que tengan historia. Si no,

son solo aderezos.

Conmovido por la historia, guardó silencio, pero pensó en Cara y en lo importante que eran para ella las joyas: cuanto más grande y más brillase el diamante, mejor. A veces había tenido la sensación de que el dinero y la posición de su familia eran más importantes para ella que él. Luego pensó en Adele, y en las carencias de su niñez, y sintió un deseo irrefrenable de darle todo lo que nunca había tenido y que jamás debió faltarle. Tan intenso era el deseo que se asustó. No estaba preparado para sentir algo así por alguien.

A cada respuesta que iba obteniendo, surgían nuevas preguntas. ¿Adonde le conduciría todo aquello?

Al día siguiente, Adele intentó acostumbrarse a la nueva sensación de estar constantemente en las nubes. Su corazón no latía como de costumbre.

-A lo mejor necesito un marcapasos -musitó en voz baja. Estaba en el despacho de Jason, esperando a que él terminase de hablar con alguien que lo había llamado desde el otro lado del mundo. Jason Fortune había puesto patas arriba su ordenada existencia , y para ella se trataba de escoger entre dos males. Pero lo que Jason le hacía sentir era demasiado intenso como para dejarlo pasar.

Habían pasado la mañana trazando las directrices del programa de atención de embarazos juveniles. Era admirable su capacidad.

Jason colgó por fin el teléfono y sonrió.

-¿Dónde estábamos?

-En un punto de descanso estupendo -recordó-. ¿Qué tal fue la fiesta de Lisa?

-De perlas, y para remate, mi madre la ha estado mimando durante los días que ha estado con ella. Anoche volvía a casa. Por eso no me quedé hasta tarde contigo. Por cierto: me ha preguntado por ti.

Adele se sintió enormemente complacida.

-¿Ah, sí? Hace un momento que yo también estaba pensando en ella.

Él asintió, pero no dijo nada. Adele lo miró a la cara y presintió que algo no estaba bien.

-¿Qué pasa, Jason? ¿Estás preocupado por ella?- Él suspiró

-No, está bien. Lo que pasa es que aún no he decidido cómo afrontaros a las dos.

-¿Afrontarnos?

-Lisa nunca ha tenido la figura de una madre en su vida excepto

a su abuela, y ahora está muy impresionada contigo.

Adele se habría sentido profundamente halagada de no haber visto a Jason preocupado.

- No sé ... es que me preocupa que pueda encariñar contigo.

El corazón le dio un brinco. En sus palabras estaba la esencia temporal de su relación, lo cual estaba bien. Era lo que ambos querían. Ninguno de los dos estaba hecho para algo permanente. -Tu trabajo aquí habrá terminado en cuanto completemos el estudio de las prácticas del hospital.

Estaba claro que le había leído el pensamiento. Ojalá se le diera mejor ocultar las emociones.

-Comprendo que desearías una influencia femenina permanente para tu hija.

Él se levantó para acercarse a ella.

-Es tan pequeña... puede que no tenga sentido, pero quiero protegerla de cualquier posible pérdida. Ya ha sufrido bastante en su corta vida.

Adele comprendía su necesidad de protegerla. Ojalá entendiese también por qué le dolía tanto.

-No te preocupó la primera noche que me invitasteis a cenar.

-Es que no tenía ni idea que iba a encariñarse contigo tan pronto.

O lo pronto que iba a encariñarse ella con la niña.

-No es nada personal -aclaró Jason-. Es solo que...

Adele levantó una mano.

-Lo comprendo. Es bueno que estés pendiente de proteger a tu hija -dijo, aunque le doliera. Se aclaró la garganta y miró el reloj-. Siento tener que recordártelo, pero es hora de que nos vayamos al funeral de Mike Dodd.

-¿Te llevo?

-No. Prefiero llevar mi coche.

Necesitaba distanciarse un poco.

-No quiero que esto te haga daño —dijo Jason, tomando su mano- Preferiría sufrir yo a que lo hicieras di.

Adele parpadeó varias veces para contener las lágrimas que tanto revelarían.

-Estoy bien -dijo, sacando fuerzas de flaqueza. Le habían conmovido sus palabras-. Tenemos que irnos.

En el funeral, el ministro empezó hablando de la naturaleza efímera de la vida, y de que debemos apurar la vida al máximo mientras podemos, amar al máximo mientras es posible.

Con el corazón en un puño, Adele estudió el perfil de Jason.

Nunca había querido antes a un hombre, y él la estaba llegando a lugares desconocidos para ella; estaba enseñándole cosas sobre sí misma que no conocía, y su mayor temor era llegar a descubrir que no era tan fuerte ni tan independiente como creía, porque cuando aquello acabara, volvería a estar sola.

Capítulo Nueve

-Papá, ¿quién era el señor que se ha muerto? -preguntó Lisa cuando su padre la llevó a la cama, en casa de sus abuelos. Jason había decidido seguir dejándola allí para ofrecerle mayor seguridad durante la crisis.

-Era un capataz -le explicó, apartándole el pelo de la cara.

-¿Y por qué se ha muerto?

Su hija estaba siempre llena de preguntas, sobre todo al ahora de irse a dormir.

-Porque se rompió el ascensor.

-¿Y ya lo han arreglado?

-El viernes estará arreglado -contestó, y rozó su nariz con un dedo-. Ya es hora de dormir, hija. Mañana tienes colegio.

Lisa se incorporó.

-Pero es que no te he enseñado los brazaletes que estoy haciendo.

Jason sabía que solo pretendía ganar tiempo, pero no le importó dedicarle unos minutos más.

-Pues enséñamelos.

Lisa sacó dos brazaletes de cuentas de la mochila que tenía junto a la cabecera de la cama.

Mi profesora me ha ayudado a empezarlos.

-¿Te has lijado en los colores? Verde, rojo, negro y ámbar -lo miró, orgullosa—. ¿A qué no adivinas por qué los he elegido?

Su entusiasmo le hizo sonreír.

-Ni idea.

-Porque Adele tiene los ojos verdes y el pelo rojo, y yo tengo el pelo negro y los ojos ámbar. Quiero regalarle uno por haberme salvado.

Jason sintió que el corazón se le encogía. Le gustaba la gratitud que mostraba su hija, y su generosidad, pero estaba demasiado encariñada con Adele.

-Cariño mío: son unos brazaletes preciosos y es un detalle muy bonito de tu parte con Adele, pero no quiero que te olvides de que no se va a quedar para siempre en Pueblo. Está haciendo un trabajo especial para el hospital, pero cuando termine, volverá a Minnesota.

Lisa frunció el ceño, confusa.

-¿Tendré tiempo de darle el brazalete antes de que se vaya? ¿Mañana ya no estará?

-Sí que estará. Seguramente se quedará en Pueblo unos cuantos meses.

Lisa sonrió.

-Entonces tengo mucho tiempo para dárselo, y así, cuando vuelva a Minnesota y lo mire, se acordará de mí. ¿Crees que se lo pondrá?

Jason pensó en la respuesta de Adele a aquel regalo.

-Yo creo que sí.

Se agachó para besarla en la mejilla y la niña lo abrazó.

Luego salió despacio de la habitación y fue al salón, donde encontró a su madre leyendo.

-¿Dónde está papá? -le preguntó.

-Fuera. Ya sabes cuánto le gusta la lluvia -contesto con una sonrisa.

Jason salió por la puerta trasera. Su padre estaba allí, bajo la lluvia, y contempló su perfil orgulloso. Era una curiosa mezcla de papago y Fortune. Se había graduado entre los primeros de su promoción en la universidad, pero no por ello había perdido sus cualidades espirituales. Solía decir que él las había heredado, pero por el momento él no lo sentía así.

Recordó las muchas ocasiones en las que, siendo niño, había salido con él a disfrutar de las raras veces que llovía en aquella región. Había pasado mucho tiempo desde entonces, pero aquella noche no era diferente de otras, así que salió.

-Qué maravilla —murmuró Devlin.

-Está un poco fría. Estamos en febrero.

Devlin sonrió.

-Estás inquieto.

Jason sabía que era inútil negarlo.

-Por varias cosas.

-El accidente -suspiró-. Todo el mundo está muy preocupado. Pero además, tú lo estás por esa mujer.

No necesitó que especificara.

-Lisa se está encariñando con ella demasiado rápido, y lo va a pasar mal cuando Adele se vaya.

-Seguramente.

Jason esperó a que siguiera, pero como no lo hizo, tuvo que insistir.

-¿Y?

-Pues que, al igual que pasa con la lluvia, la gente buena y la mala entra y sale de nuestras vidas. ¿Renunciarías al beneficio de la lluvia solo porque lardará mucho envolver?

La sabiduría de su padre era sencilla y acertada, como siempre. Jason echó hacia atrás la cabeza para mirar al cielo y disfrutar de la

maravillosa sensación del agua fría en la cara.

-¿Cuándo llegaste a ser tan listo?

-Cuando tú cumpliste veinticinco -contestó Devlin, sonriendo-. Todos los hijos creen que sus padres son ignorantes hasta que salen de la adolescencia.

Adele apenas vio a Jason el miércoles. Entre la firma de los nuevos contratos y su seguimiento de la investigación del accidente, estaba desbordado. ¿Cómo podía echarle tanto de menos por haber pasado tan solo un día sin verlo? Era absurdo. Él no era como el oxígeno que necesitaba para respirar, por ejemplo.

Se repitió aquella misma idea un montón de veces durante el día y la noche, pero cuando se quedó dormida, soñó con Jason. La despertó el timbre de la puerta y miró sobresaltada su reloj. ¡Las seis de la mañana! ¿Quién podría ser?

Se levantó de la cama y dando tumbos mientras se ponía la bata, llegó a la puerta y miró por la mirilla. Jason!

Abrió inmediatamente.

-¿Pero qué dem...?

-Rápido: tu película infantil favorita.

Adele estaba medio dormida.

-Mm... Blancanieves.

-Otra.

Ella cerró los ojos para concentrarse, pero el olor de su colonia la distraía.

-El mago de Oz.

-¡Acertaste! -exclamó, y le entregó el libro.

-¿Qué es esto?

-Ábrelo y lo verás -contestó él, y tocó su pelo-. Me encanta verlo así.

-Sí, ya. Debo parecer la bruja piruja.

-Yo diría que te pareces más a Ricitos de Oro, pero en pelirroja.

Adele sintió algo muy tierno en su interior. Podría acostumbrarse a oír cosas así, pensó, volviendo su atención al paquete. Al quitarle el papel, se encontró con una caja de música de porcelana con un arco iris pintado, una maceta con flores y unos pájaros. La abrió y escuchó la melodía.

-Un lugar más allá del arco iris. ¿Por qué? -preguntó, conmovida.

-Ha habido mucha lluvia en tu vida, pero vives como si fueses un arco iris -se guardó las manos en los bolsillos, incómodo-. Es un

poco cursi, pero es cierto.

Adele sintió que el corazón le iba a estallar y tuvo que darse la vuelta para secarme rápidamente unas lágrimas delatoras.

-Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero nunca arco iris -inspiró hondo-. Bueno, ¿es que no piensas cantármela?

Jason parpadeó.

-¿Qué?

-La canción -aclaró, señalando la caja.

-No quiero hacerte sufrir más de lo necesario.

Ella echó a reír, casi más para ocultar que no sabia qué decir.

-Gracias por haberme dado una historia -dijo, acurrucándose en su pecho.

Adele estaba con su caja como niño con zapatos nuevos. Se la llevó al trabajo para poder verla durante el día, y tuvo que hacer un esfuerzo por no contárselo a todo el mundo.

Aquella caja era algo permanente, pero no por eso debía dejarse llevar y creer que ella podía ser también algo permanente. Sí, se había enamorado de él, pero no podía perder de vista el hecho de que era temporal. Ella no era Cenicienta, ni tenía hada madrina. Y cuando todo terminase, no quería convertirse en calabaza.

-Hola, arco iris -la saludó el hombre que convertía su cerebro en membrillo.

Adele sonrió.

-Hay algo distinto aquí, y no sé qué -bromeó, mirando a su alrededor.

-Ya, ya.

-¿Te la has traído a la oficina?

—Es que me siento bien cuando la veo.

-Genial. Y ahora dime cómo te sientes cuando me ves a mí.

-Tú me haces sentir muchas cosas -contestó ella, rozando sus labios con un beso, pero como no quería decírselas, desvió la conversación-: hambre, por ejemplo.

-Estupendo. Entonces, quedamos en el Camel Corral para cenar -aprovechó la ocasión.

-¿He dicho hambre? No era eso lo que quería decir.

-Pues es exactamente lo que has dicho. Además, sirven la mejor carne de toda la ciudad.

-¿Te he comentado alguna vez que soy vegetariana?

-No, porque no lo eres.

-Podría preparar un...

-Quiero salir contigo -la interrumpió-. ¿Por qué tú no quieres?

-No es que no quiera salir contigo. Es que no me apetece tener

que aguantar cuchicheos y comentarios después. Es tan maravilloso así, solos los dos -arrugó la nariz-. No quiero interrupciones.

-No habrá ninguna interrupción, así que deja de escabullirte.

Con tanta insistencia no podía negarse, así que aquella noche fueron en su Jaguar al famoso restaurante de carne de Four Corners Crossing. Ocuparon la mesa de una tranquila esquina, iluminada por una vela.

-Muy bonito -dijo-, pero no creo que mi caja de música hubiera encajado aquí.

El sonrió.

-Me alegro de que te guste.

-¿Estás buscando algo? -le preguntó al verlo mirar a su alrededor.

-Es que me acabo de acordar de que la hermana de Mike Dodd trabaja aquí. Se está hablando mucho de lo diligente que ha sido Riley en consolar a Angélica de su pérdida.

-¿Y eso es algo que deba preocuparte?

-Pues no lo sé. Ya sabes lo que me pasa con las preguntas.

-Sí: que te gusta tener respuesta para todas.

-Exacto. Bueno, ¿alguna interrupción por ahora? -cambió de tema.

-No. Y es estupendo no tener que fregar los platos después de una buena cena.

la camarera llegó y pidieron. Adele se relajó y la conversación Huyó entre ellos. La forma en que Jason le prestaba toda su atención era muy especial. La miraba de tal modo que tenía la impresión de que le estaba haciendo el amor con la mirada.

-Quiero hacerte el amor -dijo él.

-Lo sé.

Su mirada se oscureció.

-Si esto fuese un hotel, dentro de unos minutos estaríamos en una habitación.

-Supongo que esa es la ventaja de comer en casa.

-Jason -interrumpió una voz femenina-, cuánto tiempo sin vernos.

Adele levantó la mirada. Una mujer rubia y fría estaba de pie junto a la mesa, e inmediatamente supo que la relación de Jason con aquella mujer había sido más que puramente casual. El estómago se le hizo un nudo.

-Te presento a Adele O'Neil -dijo, poniéndose en pie-. Colleen Johnson.

Adele le ofreció la mano.

-Encantada.

-Lo mismo digo -contestó la rubia-. ¿Eres nueva en la ciudad? No recuerdo haberte visto antes.

-No llevo mucho tiempo aquí. Estoy trabajando con Jason para el hospital infantil.

-Ah —exclamó, mirándola de arriba abajo—. El hospital. Ya le he dicho a Jason que me parece maravilloso lo que está haciendo su familia -se volvió hacia él y sonrió-. Te he echado de menos. Llámame.

Y se alejó dejando un rastro de perfume en el .tire y un mal sabor de boca en Adele.

Jason se sentó.

-Es pasado —dijo, mirándola a los ojos.

-Pues me parece que a ella le gustaría que fuese presente.

-Es probable -se encogió de hombros-. Siente mucho cariño por mi apellido y por lo que se puede conseguir con él en un banco.

-Subestimas tu atractivo. Si te apellidases Smith, ojones, seguirías siendo un hombre fuerte y dinámico que despertaría interés, admiración y... -se inclinó hacia él-...deseo.

Sus ojos brillaban como llamas y tomó su mano.

-Como sigas hablando así, puedes meterte en un lío.

-En público estoy a salvo. Sé que eres un hombre discreto.

-No me provoques.

Pero Adele sintió deseos de hacer precisamente lo contrario, y se llevó sus dedos a los labios.

-No me estará usted amenazando, señor Smith, ¿verdad?

-No te amenazo. Solo te advierto.

-Pues a mí me ha sonado a desafío, señor Smith -contestó, y dejándose llevar por el impulso, acarició sus nudillos con la lengua.

Jason se quedó inmóvil.

-Te lo he advertido -dijo, se levantó y tiró de ella antes de que Adele pudiera reaccionar.

-¡Que no hemos pagado!

-Lo pondrán en mi cuenta.

La condujo al coche y la besó hasta poner el mundo patas arriba.

-¿Quiere esto decir que ya no debo seguir llamándolo señor Smith? —preguntó cuando recupero el alíenlo.

Jason se echó a reír y puso el coche en marcha.

-No podrías detenerme con eso.

Condujo hasta casa de Adele y la abrazó en cuanto paró el motor.

-Esta noche no puedo quedarme -se disculpó-. Tengo que ir a

casa con Lisa.

Una sensación de urgencia parecía colgar en el aire.

-Te deseo -dijo con voz ronca, y la besó apasionadamente, tanto que los dos parecían consumirse en un mismo fuego. Podría naufragar en aquel sabor. Sus pechos se rozaban, pero Adele emitió un débil gemido de frustración.

-¿Qué ocurre?

-Estás demasiado lejos.

Jason echó su asiento completamente hacia airas y la levantó para colocarla a horcajadas sobre él y devorar su boca. Soltó su pelo y acarició sus caderas, haciendo que se moviera sobre su vientre.

Luego, deslizó sus manos muslos arriba.

-¿Qué estamos haciendo?

La necesidad de la voz de Adele lo pilló desprevenido.

-Tengo protección -dijo él, deslizando las manos bajo sus bragas.

Ella tragó saliva con dificultad.

-¿Por qué llevas protección?

-Siempre la llevo cuando estoy contigo -dijo en un tono tan oscuro que resultó muy sexy-. Ya he perdido la cuenta de las veces que he deseado tumbarte sobre mi mesa.

La excitación creció.

-Estamos en un coche -susurró.

Jason acarició su sexo y lo encontró inflamado y húmedo.

-¿Alguna vez lo has hecho en un coche?

-No.

-¿Alguna vez has deseado hacerlo? -preguntó, y le mordió un labio.

Adele se estremeció.

-No.

Sus manos seguían destrozándole los nervios.

-¿Lo deseas ahora?

Adele sabía que se detendría si se lo pedía, pero no quería hacerlo.

-Sí -susurró, y el siguiente sonido que se oyó fue el de la tela de sus bragas al romperse.

Capítulo Diez

A la mañana siguiente, aún temprano, Adele se despertó al oír que alguien llamaba a la puerta trasera de su casa. Apenas había amanecido.

Los golpes siguieron, cada vez más fuertes.

-¿Pájaros carpinteros en Arizona? -murmuró, y metió la cabeza bajo la almohada.

Necesitaba dormir. Después de lo de la noche .interior... enrojeció de tan solo recordarlo. No podía creer hasta qué punto se había desinhibido, l'.n el coche...

Después de haber hecho el amor de un modo salvaje, él la había acompañado hasta la puerta. Su ternura y las pocas ganas que tenía de marcharse la habían dejado sin fuerza en las rodillas y habían ablandado un corazón ya casi derretido.

Los golpes consiguieron penetrar su sueño y lanzó la almohada contra la pared antes de levantarse y meter los brazos con movimiento torpes en las mangas de la bata para bajar.

Abrió la cortina de la puerta del patio y se en-i mitró con que era Jason quien estaba al otro lado del cristal.

-¿Qué haces aquí?

-Abre la puerta -dijo desde fuera.

Y al abrir lo primero que oyó fueron las notas de su caja de música.

-Te la dejaste anoche en el coche. Tengo que marcharme durante unos días de la ciudad, y no quería que estuvieras sin ella.

Adele estaba conmovida porque se hubiera tomado la molestia de traerle la caja de música, y triste porque se marchaba.

-Gracias -le dijo, cruzándose de brazos. Hacía frío—. ¿Adonde vas?

-A Los Angeles. Tengo una reunión con un cliente extranjero -la abrazó-. ¿Me echarás de menos?

-Ya he empezado a hacerlo —confesó.

-A mí tampoco me hace ninguna gracia marcharme —contestó, y rodeándola por la cintura con un brazo y sujetando su mano con la otra, empezó a bailar.

-¿Qué haces?

-Bailar contigo antes de irme. No quiero que me olvides -sonrió, como si fuese lo más normal del mundo estar bailando con ella a aquellas horas de la madrugada. Y como si para ella fuese posible olvidarlo.

-Reserva la noche del día de San Valentín para mí. Kate va a

organizar una fiesta para la familia
-¿Estás seguro de que es buena idea que vaya yo?
-Sí. Lisa quiere darte un regalo.
-Creía que no querías que se encariñara conmigo.
-¿Y qué quieres que le diga: haz lo que yo te digo, pero no lo que yo hago?
El corazón le dio un brinco, pero no quería creer que se estaba encariñando con ella.
-Tu no te estás encariñando conmigo.
-¿Ah, no? ¿Entonces, qué estoy haciendo?
-Satisfacer una curiosidad temporal.
-¿Quién es ahora la que se está subestimando?
-Sobrevalorar algunas cosas puede ser muy peligroso -contestó, recordándose que no debía acostumbrarse a sentir los brazos de Jason a su alrededor-. Pásatelo bien en la ciudad de la contaminación.
-Si fueses mía, te obligaría a que vinieses conmigo -contestó él.
«Si fueses mía...» «Olvídalo», se dijo. «Haz como si no lo hubieras oído». Se obligó a sonreír.
-Desde luego, te encanta dar órdenes.
-¿Vendrías? -la desafió.
-Quizás -mintió-. Si me lo pidieras con suma delicadeza.
Sin mediar palabra, la levantó en brazos.
-¡Bájame!
-Quizás -contestó él, y fue bajándola muy despacio, rozándose los cuerpos, hasta que su boca quedó a escasos centímetros de la suya-. Si me lo pidieras con suma delicadeza...
No había forma de salir de aquel callejón, así que lo besó, y mientras lo hacía se le ocurrió pensar que Jason Fortune era mucho más peligroso de lo que se había imaginado, y no por su poder o su dinero, sino porque le estaba dando cosas que recordar.

Cinco días después, Adele se preparaba con nerviosismo para su cita con Jason. Se había cambiado de vestido tres veces, el pelo no dejaba de llevarle la contraria y se había hecho una carrera en un par nuevo de medias. No estaba nerviosa por volver a ver a Jason tras su ausencia, ni por aparecer con él delante de su familia.
Estaba nerviosa porque había tenido un retraso.
«Un retraso no quiere decir nada», se repitió. Habían usado protección siempre. Había habido tan solo aquella ocasión en mitad de la noche, pero los dos habían sido siempre tan meticulosos con

lo de la protección que estaba segura de que en aquella ocasión, también lo habían sido. No podía estar embarazada. El retraso tenía que ser un trastorno pasajero, nada más. No podía estar embarazada lo mismo que no podía ser amor lo que sentía por él.

-Maldita sea -murmuró, cuando hizo otra carrera en el último par de medias que le quedaban-. No es amor. Es gratitud. Respeto, fascinación, deseo... -contuvo las ganas de llorar-. ¡No puedo enamorarme de él! Sería una estupidez.

Respiró hondo y cerró los ojos. Tenía una cita con el ginecólogo al día siguiente para empezar a tomar la píldora. Todo quedaría arreglado en unas horas.

El timbre sonó, y ella dio un respingo. Abrió los ojos, se miró al espejo y vio a una mujer enamorada.

-Basta -masculló entre dientes, y se apresuró a abrir.

Allí estaba el hombre que había asediado su cabeza durante los últimos días

-Hola -dijo él.

Sintió su mirada de arriba abajo. Llevaba un vestido ajustado de terciopelo granate y se había dejado el pelo suelto para él.

-Estoy tentado de olvidarme de la fiesta y guardarte solo para mí, pero Lisa me mataría -la besó en los labios-. Maldita sea... me has seguido incordiando incluso mientras estaba fuera.

-En ese caso, estamos en paz -contestó.

-¿Estás nerviosa? -preguntó él, ladeando la cabeza.

Adele asintió.

-¿Es por la fiesta?

«La fiesta, se me retrasa el periodo, te quiero y quiero que tú me quieras».

Adele se mordió un labio y asintió.

-No te preocupes -dijo él, de camino al coche-. Cuando empiecen a meterte palillos bajo las uñas, nos iremos.

-Qué tranquila me dejas.

Se detuvo antes de abrir la puerta.

-No nos quedaremos mucho. Tengo otros planes.

Pero en cuanto llegaron a la casa, los separaron.

Kate acudió a saludarla y la acompañó a una mesa llena de aperitivos. Adele no tenía ni pizca de hambre, pero tomó un canapé.

Tyler apareció a su lado.

-Qué buena pinta -dijo, mirando la mesa.

-Estupenda. ¿Cómo estás?

-Ya han terminado el informe preliminar, y el ascensor de servicio ya está reparado, así que nos han dado luz verde para

continuar trabajando –tomó de la mesa una gallea salada y puso en ella un poco de caviar-. ¿Dónde está tu acompañante?

Vio a Jason al otro lado de la habitación y él, como si lo hubiera sentido, la miró.

-Alguien lo secuestró nada más llegar. Creo que era del ayuntamiento.

-Ah, sí -contestó, mirando a su hermano-. Es el alcalde.

-¿Y tu acompañante?

-No tengo.

-Es gracioso: tu reputación con las mujeres está en boca de todo el mundo, pero yo no te he visto aún con ninguna.

Él sonrió.

-Pues yo me esfuerzo todo lo que puedo.

-Ya. Pero no es más que mucho ruido y pocas nueces, ¿eh?

Tylor la miró con una expresión que le recordó vagamente a Jason cuando estaba enfadado.

-Ya me ha dicho mi hermano que eres demasiado lista.

Ella sonrió.

-Lo que pasa es que tu hermano está acostumbrado a salirse con la suya.

-Eso es cierto, pero no dejes que te engañe. Parece hacerlo todo sin dificultad, pero las cosas no siempre han sido fáciles para él.

Adele hubiera querido preguntarle a qué se refería, pero alguien eligió aquel momento para golpear una copa de champán con una cuchara. Era el vivo retrato de Devlin Fortune, que intentaba llamar la atención de todo el mundo.

-¿Es el hermano de tu padre?

-Hunter -asintió.

Hunter se aclaró la garganta y sonrió a una preciosa joven de pelo negro y ojos violeta, y a un joven alto y agradable.

-Amigos, tengo el placer de comunicaros el compromiso de mi hija Isabelle con Brad Rowan

Los invitados rompieron a aplaudir y Adele volvió a mirar a Jason. Durante unos segundos, en su cabeza se materializó una visión prohibida. Hasta aquel momento no se había permitido soñar con un futuro junto a Jason, pero ¿y si algo mágico ocurriese y pudieran estar juntos para siempre? ¿Y si Jason y ella estuvieran destinados a casarse? ¿Y si él llegase a ser su marido, y ella su esposa? Sintió que el pecho se le inflamaba al imaginárselo. Despertarse con él cada mañana, compartir la felicidad, las dificultades y el amor.

-¡Adele! ¡Adele! Te he hecho una cosa -la llamó Lisa,

arrancándola de su ensoñación.

-¿Ah, sí? Tu padre me había dicho que ibas a darme un regalo.

Lisa pareció descorazonarse.

-¿Se le ha escapado? ¿Ya te ha dicho lo que es?

-Qué va. Me muero de curiosidad.

Lisa la tomó de la mano y fueron a sentarse a un sofá.

-Quería hacerte un regalo por no dejar que me atropellara la bicicleta.

-Cariño, no era necesario.

-Pero yo quería hacerlo —contestó, y sacó dos brazaletes de una pequeña bolsa de tela-. Mi profesora me ha ayudado un poco. Las cuentas non verdes, rojas, negras y ámbar. Verdes y rojas por tus ojos y tu pelo, y negras y ámbar por los míos.

Adele estaba tan conmovida que no encontraba las palabras y las lágrimas le escocían en los ojos, tomó a Lisa en brazos y la abrazó.

-¿Te gusta? -preguntó la niña, insegura.

Adele sintió que una lágrima le rodaba por las mejilla.

-Es lo más bonito que me han regalado en toda mi vida.

-¿Ah, sí? -se asombró, y su confusión derivaba de la vida de privilegios que había vivido.

-Sí. Y quiero ponérmelo ahora mismo.

-Las pulseras de brillantes son más bonitas.

-Cariño... es mil veces más bonita que una de brillantes -insistió, y volvió a abrazarla-. Gracias.

Estuvieron sentadas un rato más, hablando de el colegio y el béisbol.

-¿Sabes una cosa? Me gustaría que papá y tú...

Adele sintió crecer el miedo.

-No, no, Lisa. No hemos...

-Vaya, vaya. Ya veo que te han hecho un regalo -dijo Jason a su espalda.

Adele se volvió.

-Sí. Es maravilloso -contestó, sintiendo de nuevo la amenaza de las lágrimas.

-¿Puedo comerme otra galleta? -preguntó Lisa, mirando la mesa de los postres.

-Solo una más -advirtió su padre muy serio, pero luego le dio un tirón de la coleta cuando se alejaba-. ¿Por qué lloras? -le preguntó a Adele, sentándose a su lado.

-Lo ha hecho con sus manos -explicó, intentando que no le temblase la voz-. Y tiene historia.

Jason sonrió.

-¿Y no era eso lo que querías?

—Sí, pero... no habrás tenido tú nada que ver. ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

-No. Mi hija puede ser muy creativa sin mi intervención. Vamonos -añadió en voz baja y junto a su oído.

-No llevamos mucho rato.

-Es que tengo otros planes para ti.

-¿Qué clase de planes?

-Ya lo verás.

Jason no podía apartar de ella las manos. En cuanto entraron en el recibidor, la besó. Quería estar dentro de ella. ¿Qué tenía aquella mujer que le hacía desear poseerla una y otra vez? ¿Por qué sentía la necesidad de dárselo todo? ¿Sería porque, por fin, había encontrado una mujer en quien confiar?

Se separó un poco y respiró hondo.

-Eres un reto para mí.

Ella se humedeció los labios.

-¿Qué clase de reto?

-Pues el de desearte demasiado.

-Yo tengo el mismo problema -contestó, mirándolo a los ojos, y él la condujo al dormitorio principal prometiéndose ir despacio en aquella ocasión.

-El ama de llaves no está y Lisa se quedará a dormir en casa de mi madre. Quédate conmigo.

Ella se echó a reír.

-¿Qué?

-¿Acaso lo dudabas? -contestó.

Jason suspiró.

-Muy bien. ¿Quieres el champán antes o después de que te quite el vestido?

-¿Quieres decir que no te gusta mi vestido?

Jason contestó que no con la cabeza. Aquel vestido se ceñía perfectamente a sus curvas y confería a su pelo una calidad de fuego.

-Es un vestido precioso. El único problema es que me estorba.

-¿Siempre tienes que ser tú el que mande?

-¿El que mande en qué?

-El que lleve el control -aclaró, deslizando una mano por los botones de su camisa.

Lo miraba de tal modo que Jason se sentía en llamas, pero aguantó la necesidad.

-Hagámoslo por turnos -sugirió él.

-De acuerdo -contestó ella con una sonrisa-. Me pido ser la primera.

Capítulo Once

Su expresión le estaba haciendo muy difícil la espera, y para resistirse a que Adele pudiese disfrutar de su turno, respiró hondo.

-Primero, una copa de champán -dijo, con la esperanza de que el vino frío y espumoso lo ayudara a mantener el control. Sacó de la nevera la botella y con dos copas, volvió al dormitorio.

Pero ella solo le ofreció una cuando Jason descorchó la botella.

-Compartámosla.

Sirvió el champán y al verla a ella pasarse la lengua por los labios después de beber, perdió otro poco del control que tanto valoraba.

Después fue ella quien le acercó la copa a los labios, y Jason la apuró hasta el fondo. Luego volvió a llenarla, y como ella no quiso, se la bebió de un trago.

-Tenía entendido que el champán no podía beberse de golpe, sino a pequeños sorbos -comentó mientras empezaba a desabrocharle lentamente la camisa.

-No me vendrían mal un par de tragos de whisky -admitió él, enredando una mano en su pelo y fingiendo no sentir que Adele estaba manipulando su cinturón-. Si pudiera hacer lo que quisiera, te tomaría en este instante aquí mismo, en el suelo.

Ella lo miró y Jason vio en sus ojos la misma intensidad de deseo que él estaba sintiendo.

-¿Por qué te deseo de este modo? -preguntó ella en voz baja, y su pregunta fue una mezcla de deseo torturado y algo más profundo.

Y es que él siempre había sabido que su deseo iba más allá también de lo puramente físico, a pesar de que había habido un tiempo en el que pensaba que poseerla físicamente satisfaría su necesidad. Pero Adele lo besó en aquel momento como si no pudiera saciarse de él. De él, del hombre. Ser consciente de ello era irresistible.

Le devolvió las caricias, devorando sus labios y su boca, del mismo modo que quería hacerlo de su cuerpo. Bajó una mano hasta su pecho y encontró su pezón erecto bajo el terciopelo del vestido.

Adele se separó ligeramente.

-Me haces olvidar que este es mi turno.

Jason contuvo un gemido cuando la sintió desabrocharle el botón del pantalón y bajar la cremallera. Con una mano y mientras le rozaba la boca con los labios, acarició su sexo, y Jason empezó a sudar. Su mano pequeña y sabia siguió acariciándolo hasta que en

su mente no quedó sitio para otra cosa que no fuese ella. Deseaba su cuerpo, deseaba su mente, deseaba su alma con una intensidad frustrante. Le gustaba todo de ella: su imprudencia, su sentido del humor, su belleza, su sensualidad... ¿Sería posible absorberlo todo de ella? ¿Podría sentirse completo al fin?

La pregunta había surgido de la nada, y lo golpeo como un rayo. Él siempre se había sentido completo; siempre había tenido la certeza de que no necesitaba a una mujer. ¿Pero y si se equivocaba?

Destrozado por la excitación y la profundidad del deseo que experimentaba por ella, devoró su boca con urgencia.

-¿Cuánto tiempo dura tu turno? -preguntó con voz ronca.

-Todavía no he terminado -contestó ella, y se fue agachando para recorrer su pecho con los labios y con la lengua, despertando hasta la última de sus terminaciones nerviosas, hasta llegar a su vientre.

Apenas capaz de respirar, la vio bajar en una senda de besos hasta su sexo y rodearlo con su boca. Verla así era irresistible, e incapaz de sopor-lar aquella sensación ni un momento más, se separó de ella y se apoderó de su boca. Su sabor era oscuro e intenso, y saber que olía a él le volvió loco.

-¿No te gusta? -preguntó ella.

Jason gimió.

-Demasiado -contestó, y se deshizo de su vestido y sus braguitas en un abrir y cerrar de ojos-. Ahora me toca a mí.

Fue reconociendo la piel de sus pechos, de su espalda, de sus nalgas, restregando contra su vientre la parte de sí mismo que ella había acariciado con la boca.

-Coloca las piernas alrededor de mi cintura —le dijo, y la llevó a su dormitorio.

Más que nada en el mundo deseaba perderse en sus profundidades de terciopelo, pero sabía que debía protegerla. Tenían que protegerse, aunque en lo más recóndito de su ser desease no tener barrera alguna entre ellos.

Al tumbarla sobre la cama, vio su pelo desparramarse sobre la almohada y sus ojos brillar con un fuego salvaje. Sacó de la mesilla un pequeño envoltorio plastificado y se colocó el preservativo, y al volver a mirarla tuvo la impresión de que quería decir algo, pero que se contenía.

-¿Qué pasa? -le preguntó.

Ella cerró los ojos y negó con la cabeza.

-Mírame -le pidió él, llevándose una mano de ella a la mejilla—. ¿Qué es?

Adele abrió los ojos; los tenía llenos de miedo y de deseo, y Jason se hundió en ella.

-Se supone que no debo quererte -confesó ella con la voz rota-, pero así es. Te quiero.

Sus palabras lo conmovieron hasta la médula. Quería darle todo lo que nunca había tenido. Quería ser todas las personas que hubiera podido necesitar a lo largo de su vida. A cada lado de su cuerpo entrelazaron las manos y comenzó a moverse con un ritmo que iba cobrando cada vez más velocidad. Se iba a perder en sus ojos y en su cuerpo.

A punto de llegar a la cima, se quedó suspendido con un pie en el aire del acantilado y el otro en tierra firme. Ella gimió su nombre, y oírlo de sus labios le proporcionó una satisfacción inconmensurable. El placer lo consumió como una llama, como las llamas de sus sueños. Y justo antes de alcanzar el climax pensó que había tomado mucho, sí, pero que también él se había dado.

A la mañana siguiente Jason se despertó con la sensación del pelo de Adele rozándole el hombro y su mano puesta sobre el corazón. Saber que estaba desnuda le despertó de nuevo el deseo, pero al mirar el reloj y ver la hora que era, suspiró. Llevaba varios días sin estar en la oficina por el viaje a Los Ángeles y sabía que había varios asuntos que requerían su atención.

Se preguntó cuándo se saciaría de ella, y si es que alguna vez llegaba a saciarse. Despertaba en su interior una extraña mezcla de sensaciones: satisfacción, deseo, desafío e instinto de protección. No quería que volviese a Minnesota. Ya encontraría él el modo de que su trabajo fuese permanente. Aquella decisión lo tranquilizó un poco y la besó suavemente en la frente.

Adele abrió los ojos y se acurrucó contra él instintivamente.

-Eres tan guapa que es muy difícil salir de la cama por la mañana.

-¿Guapa? ¿Por la mañana? No quiero ni imaginarme qué pelos debo tener. ¿Cuánto tiempo hace que necesitas gafas?

Jason se rió y le dio un apretón en el trasero.

-Tenemos que levantarnos -dijo sin ganas-. Tengo que llegar pronto a la oficina.

—Yo no. Tengo una cita.

Él se incorporó.

-¿Con quién?

-Con el médico.

Jason frunció el ceño.

-¿Ocurre algo?

Ella enrojeció.

-Quiero tomar anticonceptivos.

El asintió satisfecho y la besó.

-Bien. Ven a verme cuando llegues a la oficina.

-¿No estarás demasiado ocupado?

No le dijo que verla le mejoraría el día al menos diez veces, pero lo pensó. -No. Te estaré esperando.

-Señorita O'Neil, debo decirle que por lo resultados de las pruebas que le hemos hecho al llegar, no va a necesitar tomar anticonceptivos.

Agarrándose a los brazos del sillón en el que estaba sentada, miró atónita a la ginecóloga.

-¿Perdón?

La doctora Carolyn Wingfield dejó el informe de Adele y entrelazó las manos.

-Por los retrasos de la menstruación, le hemos hecho una prueba de embarazo y ha dado positivo.

La habitación comenzó a darle vueltas.

-¿Positivo?

La doctora Wingfield asintió.

-Sí. Está embarazada.

-Pero no puedo... -tragó saliva-. Yo... -pero si siempre habían utilizado protección. Aunque, aquella vez en mitad de la noche... intentó recordar, pero no lo consiguió-. No sé cómo...

La doctora Wingfield sonrió, compasiva.

-Sé que debe ser una sorpresa, pero tranquilícese. No tiene por qué tomar una decisión ya. Está embarazada de muy pocas semanas.

-¡Decisión! -repitió, asustada.

-Le sugiero que se tome el resto del día libre y que intente relajarse. Lo único que debe hacer es empezar a tomar ácido fólico y deberá hacerse unas pruebas más -cumplimentó una receta y se la entregó-. Concierte una cita para la semana próxima, pero si necesita verme antes, no dude en llamar. De todos modos, su estado general es muy bueno, y por ahora, lo más importante es que se tranquilice.

Adele aún estaba intentando recuperar el ritmo normal de la respiración cuando llegó a su casa. Embarazada. El aire se le quedó atascado en los pulmones una vez más. ¿Cómo podía haber pasado?

¿Acaso importaba de verdad? Estaba embarazada, y punto.

Se tapó la cara con las manos. Nunca se había imaginado un embarazo, al menos no desde que era muy niña. Hacía ya mucho que había llegado a la conclusión de que carecía del entrenamiento necesario para ser madre y no quería infligir su ignorancia a un niño inocente. Pero en aquel momento, se había quedado sin la capacidad de decidir.

Ojalá tuviese alguien con quien hablar. El reloj dio las diez y sintió un estremecimiento de temor. Jason la estaba esperando, pero no podía enfrentarse a él. No podía decírselo y, al mismo tiempo, no podía dejar de hacerlo. Las rodillas empezaron a temblarle y se sentó en el sofá. Descolgó el teléfono y marcó su número.

-Soy Adele O'Neil -le dijo a su ayudante.

-Hola, Adele. Enseguida te paso. Jason me ha dicho que quería hablar contigo en cuanto llegases.

-¡No! -contestó, asustada por su propia desesperación. Tomó aire-. Estoy seguía de que Jason debe estar muy ocupado, así que dile que ya no iré hasta mañana. Muchas gracias. Hasta luego.

Y colgó, decidida a ordenar sus pensamientos con el tiempo que acababa de comprarse.

Tras un día de muchísimo trabajo, Jason llamo a Adele por tercera vez a las seis de la tarde, y con el ceño fruncido esperó a que el timbre sonara y sonara. Luego, colgó. Tenía en el estómago una extraña sensación que nada tenia que ver con el hambre, algo casi sobrenatural que le había andado rondando toda la mañana.

Llamaron a la puerta y Tyler asomó la cabeza.

-¿Quieres venir a tomar algo? Así te pongo al corriente de los progresos de la obra y de la investigación. Creo que estamos en buenas manos con Link Templeton. Es un buen investigador.

Jason tapó la pluma y se levantó.

-La cena me la debes, y mañana por la mañana hablaremos de todo lo demás.

Tyler asintió.

-¿Es que cenas con la pelirroja?

-No hay nada planeado -contestó, poniéndose el abrigo.

Tyler se frotó la barbilla.

-¿Ocurre algo? Te noto preocupado.

-No lo sé. Es que tengo una especie de premonición extraña sobre ella.

-¿Con Adele?

-Sí.

-Te pareces a papá. Él también tiene esas premoniciones.

-No será nada -intentó quitarle importancia, pero en el fondo estaba impaciente por verla.

-Bueno, pues si se trata de algo muy importante, házmelo saber.

Jason asintió, pero su pensamiento estaba ya ;i ocho kilómetros de allí.

Adele aparcó delante de su casa y respiró hondo. Para conseguirlo había tenido que conducir hasta Tucson y volver, cenar algo ligero y tomarse su primera pastilla de ácido fólico, pero por fin podía respirar casi con normalidad. Miró hacia arriba, y las estrellas y la luna del cielo de Arizona le recordaron el extraño giro que había dado su vida. Sabía que se estaba enfrentando al mayor reto de su vida, y cruzándose de brazos se dijo que estaría bien si, aunque fuese solo por una vez, no tenía que enfrentarse a él sola. Salió del coche.

-Te he echado de menos. ¿Dónde has andado? -preguntó Jason a su espalda. Adele dio un respingo.

-Necesitaba tomarme unas horas libres hoy, y pensé que estarías demasiado ocupado poniéndote al día.

-Pero yo quería verte.

Adele se encogió de hombros, y le vio guardarse las manos en los bolsillos. -¿Qué tal la visita al médico? Sintió una tremenda presión en el pecho. Aún no había decidido cómo decírselo a Jason. Es más, aún no se había acostumbrado a la idea de que estaba embarazada.

-Bien. Luego me he ido a Tucson, he cenado un poco y he vuelto.

Un silencio incómodo se extendió entre ellos. -Adele, tengo la impresión de que está ocurriendo algo que no quieres decirme, y quiero saber qué es -hizo una pausa-. ¿Estás saliendo con alguien más?

-¡Claro que no! -exclamó, sorprendida.

-Entonces, ¿qué es?

Adele suspiró.

-Estoy un poco cansada. Creo que sería mejor hablar de esto en otro momento.

-¿Qué es «esto»?

-Ahora no, Jason.

-¿Cuándo?

-No lo sé. Aún no lo he decidido. Todavía no me he hecho a la idea.

-¡Maldita sea, Adele! Dime qué está pasando. Si no se trata de otro hombre, ¿qué es?

Adele hubiera jurado que su mirada era como un láser, capaz de ver más allá.

-No me has contado qué tal te ha ido en el médico.

-Me ha dicho que estoy perfectamente -contestó, cruzándose de brazos.

-Entonces, te habrá recetado los anticonceptivos.

-No -admitió de mala gana.

-¿Por qué?

Desde luego, no le gustaría tener a aquel hombre como enemigo. Era implacable.

-Ven. Entremos -dijo al final, y echó a andar. Estaba muy asustada, pero sabía que no iba a quedarle otro remedio que contárselo.

En cuanto cerró la puerta, se volvió a mirarlo y espetó:

-No me ha recetado la píldora porque estoy embarazada.

Él se quedó boquiabierto.

-No puede ser -dudó un momento y su expresión se endureció-. A menos que haya otro hombre

Adele lo miró ron incredulidad.

-Por supuesto que no. ¿Cómo puedes pensar eso? -preguntó indignada-. Tú has sido el único hombre con el que he hecho el amor desde hace más de un año.

-No puedes estar embarazada -insistió-. Hemos utilizado preservativos en todas las ocasiones. Estoy completamente seguro.

-Eso pensaba yo. Me he pasado la tarde dándole vueltas a la cabeza, repasando cada vez que... -la voz le falló y miró hacia otro lado-. La primera vez que estuvimos juntos, en mitad de la noche... no estaba segura de si lo había soñado. Ahora seque no estaba dormida, aunque no estábamos tampoco muy despiertos. Fue todo instinto y necesidad. No recuerdo haber usado protección.

Volvieron a quedar en silencio. Jason masculló algo entre dientes y se volvió. Su reacción le dolía, aunque Adele era consciente de que ella se había comportado del mismo modo.

-¿Qué vas a hacer?

-¿A qué te refieres?

-¿Vas a tener al bebé?

Adele se llevó una mano al vientre por instinto. Ella había sido el resultado de un embarazo no deseado, y su niñez no había sido ni

mucho menos ideal. Precisamente por eso había adquirido el compromiso de no tener hijos, pero ahora que estaba embarazada, no podía pensar en otra cosa que no fuera proteger y querer aquel bebé.

-Sí, voy a tenerlo. Aún no lo he decidido todo, pero no tienes que preocuparte porque no pienso pedirte nada. Puedo hacerme cargo yo sola.

-Nos casaremos inmediatamente -respondió Jason.

Adele sintió un tremendo dolor en el corazón. En el fondo deseaba ser su mujer, pero no de aquel modo.

-No es necesario. Hay cosas mucho peores que ser madre soltera.

Él negó con la cabeza.

-He visto sufrir a mi familia por el resultado de la ilegitimidad, y no pienso permitir que un hijo mío tenga que soportar esa carga.

Adele no percibió ni un ápice de ternura en su voz.

-No estoy segura de que unos padres que se hayan visto obligados a casarse sean la mejor opción para criar juntos a un niño.

-Ya estás embarazada, así que la mejor opción no está disponible -espetó—. Si nos casamos cuanto antes, el niño estará protegido. ¿Y si te ocurriera algo? Tienes que pensar en el futuro, Adele. Un niño necesita tener a su padre y a su madre, porque supongo que no querrás que tu hijo acabe en un hogar de acogida como tú, ¿no?

Solo imaginárselo le provocó náuseas.

-No -contestó-. Por supuesto que no.

-Entonces, nos casaremos -decidió él.

Adele lo miró y sintió como si algo se cerrase en su interior bajo siete llaves. Jason se estaba comportando como si aquello fuese una negociación, un acuerdo comercial. Se le hizo un nudo en el esto mago. Su matrimonio sería un acuerdo comercial.

Capítulo Doce

Tres días después, Adele tenía un problema en los pies: los sentía permanentemente fríos. Y cada vez que pensaba en casarse con Jason, se le enfriaban aún más.

No había vuelto a tocarla desde que le había dicho que estaba embarazada. Seguramente la culpaba de ello. Es más, ella misma también se culpaba. Debería haber tenido más cuidado. Ahora su vida estaba patas arriba, lo mismo que su cabeza. Era curioso pero no le preocupaba tanto el caos que podía crear un niño en su vida como lo del matrimonio. No había nada que no hiciera por el bebé, pero a veces se preguntaba si casarse con Jason en aquellas circunstancias era una buena decisión.

Aquel iba a ser el día que le iba a comprar el anillo de compromiso. Jason la condujo a la mejor joyería de Pueblo. Cortés como siempre, abrió la puerta para que pasase y la acompañó al interior.

-Debes elegir algo que te guste -dijo-. Vas a llevarlo por mucho tiempo.

Aquello parecía más una sentencia que cualquier otra cosa.

El joyero los condujo a la parte trasera de la tienda.

-Enhorabuena a los dos -dijo, y sacó una bandeja con brillantes-. Estos son nuestros mejores anillos.

Adele sintió un escalofrío al mirarlos. Parecían tan fríos.

-Son muy bonitos -dijo, intentando sonreír.

El joyero escogió un anillo de oro blanco con una esmeralda y rodeada de pequeños brillantes.

-¿Qué le parece este? -preguntó, colocándoselo en el dedo.

-Es demasiado grande —objetó en voz baja.

-Pueden dejártelo a tu tamaño -contestó Jason.

-No, no es eso... —intentó sonreír de nuevo y le devolvió el anillo al joyero-. Es bonito, pero no sé, no me siento cómoda con él.

-¿Y este? -sugirió el joyero, deseoso de complacer. Sacó un brillante engastado en oro amarillo y rodeado de perlas.

El diseño era tan elaborado que casi resultaba de mal gusto.

-No, creo que no.

Y siguió ocurriendo lo mismo durante veinte minutos más. Adele sentía la exasperación del joyero y de Jason, y la tensión crecía en su interior por momentos.

-Creo que deberíamos dejarlo para otro día -dijo al final-. Quizás tenga usted un folleto que pueda llevarme para hacerme una idea de lo que me gusta.

El joyero suspiró aliviado.

-Enseguida se lo traigo.

-¿De verdad no te ha gustado ninguno? —preguntó Jason, una vez estuvieron e el coche-. El primero era de cuatro quilates.

-Habían algunos muy bonitos, Jason, pero no eran más que aderezos—le contestó.

-Necesitas un anillo de compromiso.

-No. No necesito un anillo. Necesito refugio, ropa, comida, respeto, objetivos y unos cuantos amigos de verdad.

«Y me gustaría ser amada», añadió una vocecilla en su interior, pero Adele no lo repitió en voz alta. Se negaba a profundizar en un deseo que iba a permanecer insatisfecho.

-Podemos volver otro día -dijo él en un tono mezcla de paciencia agotada y decisión-. Pero creo que deberíamos casarnos dentro de una semana, así que habrá que empezar con los preparativos de la boda.

Adele sintió que la sangre se le helaba.

-Una semana -repitió, desmayada-. No hay por qué tener tanta prisa.

-Sí que hay -insistió, poniendo el coche en marcha-. Estás embarazada, y el tiempo pasa.

-Pero aún pasará un tiempo antes de que se me note

-La gente cuenta semanas y meses, y las compara con los nacimientos. Cuanto antes nos casemos, mejor para el bebé. Había pensado darles la noticia a mis padres esta noche, una vez tuviéramos el anillo. Estoy seguro de que mi madre estará encantada de ayudarte a organizar una pequeña ceremonia. ¿Dónde te gustaría que se celebrara?

-No he pensado en ello. ¿Por qué no nos limitamos a ir ante el juez?

-Podríamos hacerlo así, pero creo que a sería mejor que mis padres y Lisa estuvieran en la celebración.

Si aquello iba a ser una celebración, ¿por qué ella se sentía como en un funeral?

-¿Estás seguro de que no podemos esperar un poco más?

-Sí. No olvides que yo ya lo he hecho antes.

Adele parpadeó.

-¿Qué quieres decir?

-Pues que no sé si se te ha olvidado, pero la situación fue similar a esta en mi primer matrimonio. Cara estaba embarazada también.

Adele se dio cuenta inmediatamente de que ella iba a ser un recordatorio constante para Jason del sufrimiento de su primer

matrimonio. Había pasado de ser una alegría a una carga, y no estaba segura de poder soportarlo.

Aquella noche después de cenar, la llevó al rancho de sus padres a las afueras de Pueblo. La madera pulida y el decorado del sur transmitían la impresión de lujo y tradición.

-No has cenado demasiado —comentó Jason cuando llegaban al vestíbulo de sus padres.

La cena había transcurrido en un incómodo silencio.

-Supongo que estaba un poco nerviosa.

-A mis padres les gustas -dijo—. Estarán encantados.

Adele se mordió la lengua durante un segundo

-No estoy segura de que ellos sean el problema

El la miró.

-Lisa se volvió loca de alegría cuando se lo dije

-Ya, pero ¿y qué pasa contigo?

Vio un músculo temblar en su mejilla.

-Estoy haciendo lo correcto.

EL honor por encima de todo, pensó Adele, y el corazón le dolió. En aquel momento, apareció el padre de Jason, y este le pasó un brazo por los hombros.

-Tengo noticias que daros —dijo-. ¿Dónde está mamá?

-Aquí estoy -contestó Jasmine, acercándose a ellos con los ojos llenos de curiosidad-. Vamos al salón.

Con el estómago hecho un manojo de nervios, Adele entró junto a Jason a la habitación. Sus padres se sentaron, pero él no lo hizo.

-Adele y yo hemos decidido casarnos -anunció.

Jasmine dio una palmada entusiasmada.

-¡Qué maravilla, Jason! -se levantó y los abrazó a los dos-. Qué contenta estoy. Sé que seréis felices juntos.

-Gracias -murmuró Adele, y tragó saliva. Jasmine se alegraba sinceramente por ellos, y se sentía culpable. Si Jasmine lo supiera todo, puede que no se alegrara tanto.

-Champán -dijo Jasmine-. Devlin, creo que esto se merece un brindis.

-Voy a por la botella de la nevera -contestó, y salió a buscarla.

-Qué maravilla -repitió Jasmine-. ¿Habéis fijado la fecha?

-Nos gustaría una ceremonia íntima -contestó Jason-. Y pronto.

-¿Cuándo? -preguntó Devlin que volvía con la botella y las copas.

-En una semana.

-¡Una semana! Habiendo tanto que hacer...

Devlin sonrió.

-Si necesitáis ayuda con los preparativos, creo que no deberíais pedírsela a ella -bromeó.

Se volvió hacia Adele y la miró con atención, y ella tuvo la misma incómoda impresión que cuando Jason la había mirado unos días antes. Era como si Devlin pudiese leer en su interior, pero lo que emanaba de él era una fuerte e intensa compasión.

-Bienvenida -le dijo, y la abrazó.

Adele se sintió tan conmovida por el recibimiento de la familia de Jason que las lágrimas le escocieron en los ojos.

Tras quince minutos de brindis y una silenciosa vuelta a casa, Jason la acompañó a la puerta.

-Creo que todo ha ido bien -dijo-. ¿Por qué no has bebido champán?

Sorprendida de que se hubiera dado cuenta de ello, Adele lo miró a hurtadillas. Había fingido beber.

-Estoy embarazada. Tengo que reducir el alcohol.

-Cara no lo hizo.

-Yo no soy Cara.

-No, no lo eres -contestó sin tocarla, y en sus ojos aparecieron unas sombras oscuras de tristeza.

El vestido de novia que colgaba de la puerta de armario parecía burlarse de ella. Jasmine había estado encantada de ayudarla a elegirlo, lo mismo que con los preparativos de la boda.

Hacía quince minutos que, contemplando aquel vestido, había tomado una decisión: había llamado a Jason para pedirle que fuera a su casa cuando tuviese un momento.

Miró el reloj y sintió un ataque de nervios.

-Puedes hacerlo —se dijo—. Puede que no sea lo mejor, pero tienes que hacerlo.

El timbre sonó y dio un respingo. Respiró hondo y acudió a abrir. Era Jason. ¿Seguiría su corazón dando saltos cada vez que lo viera?

-Gracias por venir tan pronto.

Él entró y la miró atentamente.

-Parecía urgente.

-Urgente, no. Necesario.

Él miró a su alrededor y al ver el vestido de novia, desvió la mirada deliberadamente hacia otro lado.

-Ya veo que has estado de compras con mi madre. ¿No se supone que el novio no puede ver antes de la boda el vestido de la novia?

-En este caso, da lo mismo. No voy a ponérmelo.

-¿Cómo dices?

-Siéntate.

-¿Qué?

-Por favor, siéntate y escucha.

Jason obedeció. Bien. Tenía su atención. ¿Y ahora, qué?

-He estado pensando mucho -dijo, y empezó a pasearse por la habitación-. Hace mucho tiempo, lo más importante para mí era tener mi propia familia. Quería crecer, tener un marido e hijos, gente que me necesitara y me quisiera. Cuando era niña, no podía imaginar nada mejor que pertenecer a una familia pero cuando crecí, dejé a un lado ese sueño. Estar contigo y con tu maravillosa familia me ha hecho volver a desearlo. Por mucho que me dijera lo contrario, una parte de mí deseaba poder casarme contigo, que tú me pertenecieras y que yo te perteneciera a ti -respiró hondo-. Durante mucho tiempo, llegué a pensar que no podía haber nada peor que eso, pero creo que estaba equivocada. Lo peor de todo sería fingir pertenecer a alguien. Tú eres un hombre maravilloso, pero desde que decidiste que debías casarte conmigo has sido profundamente desgraciado.

La voz se le rompió y tardó un momento en volver a mirarlo.

-No puedo casarme contigo.

Jason se levantó y la miró con incredulidad.

-¿Se puede saber qué estás diciendo?

-Pues que no puedo casarme contigo. Me niego a estropearte la vida y a fingir que estamos bien juntos.

-No estoy triste porque vaya a casarme contigo -declaró.

-Pues lo parece. ¿Te das cuenta de que no has vuelto a tocarme desde que te dije que estaba embarazada? -le preguntó, temblándole la voz. No quería llorar.

Él hizo una mueca de dolor.

-Cara no quería que la tocase cuando se quedó embarazada.

Adele vio el daño que le había causado su primer matrimonio.

-Creía que ya estábamos de acuerdo en que yo no soy Cara.

-Pero he sido yo quien te ha dejado embarazada, y no estamos casados.

-Y ahí es donde se termina todo el parecido.

-Ella no quería tener a Lisa. Fui yo quien la empujo a ello. Quizás fuese esa la causa de su muerte.

Adele lo miró con los ojos muy abiertos.

-¿No quería tener a la niña?

-Cara era diabética, y no se cuidaba demasiado. Cuando se quedó embarazada de Lisa, creí que serviría para unirnos, pero por más que yo la perseguía, no se cuidó durante el embarazo, y eso le causo mucho daño

- Y te culpas por ello

-En cierto sentido, sí. – admitió – No podría soportar que te ocurriera lo mismo.

Adele se acercó

-Eso no me va a ocurrir. No soy diabética. Yo voy a cuidar de mi y del bebé. ¿Es que no has oído quelos buenos mueren jóvenes y los malos duran siempre? Yo soy mala —le aclaró con una sonrisa – La última vez que tuve un resfriado fue hace ocho años. Estoy tan sana que los demás se ponen enfermos. De hecho, me ha dicho la ginecóloga que si todo va como está previsto, podré dar a luz en la casa con una comadrona.

Él palideció

-De ninguna manera. Tendrás a nuestro hijo en el hospital

-Como usted ordene, su excelencia

- Y tu te casarás conmigo

Adele suspiro

-Ya estamos dando ordenes. No puedes obligarme. E quiero demasiado para estropearte la vida casándome contigo.

Él se paso una mano por el pelo

- Eres la mujer más exasperante que conozco. No estoy triste, y solo podrías estropearme la vida si no te casas conmigo.

Adele se cruzo de brazos

-Te quiero –dijo- pero no te creo

Jason vio en sus ojos su desafió y abrazándola la besó.

-No puedo perderte, Adele. Tengo la sensación de haber encontrado una parte de mí que no conocía. No puedo perderte.

Después de haber estado toda la semana hundida en el temor y el aislamiento, los brazos de Jason eran como un puerto tras la tormenta en alta mar.

-¿Por qué habías dejado de abrazarme? -le preguntó-. Creía que ya no me querías.

Jason sintió que el corazón se le partía en dos, y puso un dedo sobre sus labios.

-No, no era eso. En lo único que podía pensar era en lo que ocurrió la otra vez y en que todo era culpa mía.

-Pero Jason, eso no es así. Aunque tú y yo no lo habíamos planeado, este bebé es el mejor regalo.

Sus palabras le llenaron de una paz que nunca había experimentado.

-Te quiero. No sabía que no tenía por qué sentirme tan solo.

Vio que las lágrimas brotaban de sus ojos por la magia que habían obrado sus palabras, y deseó no haberlas retenido tanto tiempo. Ojalá no se hubiera dejado arrastrar por las dudas, y al mirarla supo con toda certeza que podía confiar en ella y en lo que tenían cuando estaban juntos.

-Te quiero -repitió-. Por favor, cásate conmigo

Adele se secó las lágrimas.

-Creo que te he molestado.

-Y lo has hecho -contestó-. Y quiero que sigas haciéndolo durante el resto de mi vida.

Después de aquella noche, Jason no dejó de tocarla, o de recordarle que la quería, y Adele nunca había sido mas feliz.

Era el día anterior a la boda, y aquella noche se habían reunido todos para cenar hacía un rato, Pero Jason había insistido en que salieran en secreto, dándole instrucciones de antemano de que se abrigara bien.

Fue a buscarla en un jeep y con él tomaron un camino de tierra poco más allá de donde se estaba construyendo el hospital. Unos metros más adelante se detuvo y la miró con un brillo misterioso en los ojos.

-¿Estás preparada?

-¿Qué vamos a hacer? – le preguntó al bajar del coche y mientras él abría la puerta de una valla de madera muy vieja.

-Colarnos –contestó él

-Genial. Yo sabía que la gente suele organizar una despedida de solteros antes de casarse, pero claro, no conozco las tradiciones locales.

-Es una tradición familiar

-¿Ah, si?

La luna llena iluminaba el paisaje desierto

-Allí es –dijo, señalando hacia lo alto con la linterna.

-Pero si es el cuadro que tienes en casa –exclamó –Lighfoot Plateau

Una sencilla estructura de adobe cubría la entrada de la cueva.

-La familia Lightfoot lleva siglos siendo los guardianes de la cueva. Los padres de Natasha fueron la última pareja que se

prometió aquí. Cuando mi abuela Natasha dio a luz sin estar casada, su familia cayó en desgracia en la comunidad, así que le negaron a su hija en derecho a heredar la tierra y prefirieron venderla. Nosotros pretendemos volver a comprarla.

-Es un lugar especial.

Jason la condujo a la entrada de la cueva.

-La leyenda dice que si en un hombre y una mujer se prometen en esta cueva, su amor se mantendrá puro y durará toda su vida.

Adele miró a los ojos al hombre que amaría toda la vida.

-Te quiero, Adele. Sé que he sido creado para ti y tú para mí. Haré todo lo que esté en mis manos para hacerte más feliz aun de lo que hayas podido soñar.

Sus palabras le curaron las heridas del alma.

-Y yo me aseguraré de que no olvides nunca lo maravilloso que eres. Te querré siempre, y siempre estaré a tu lado.

Jason se sacó algo del bolsillo.

-He mandado hacer este anillo para ti -con la linterna iluminó una turquesa rodeada de brillantes-. La turquesa perteneció a Natasha Lightfoot, mi abuela.

Adele sintió que el corazón se le desbordaba de emoción.

-Es increíble. Has vuelto a hacerlo -susurró-. Me has dado otra historia.

-Y no he hecho más que empezar -contesto abrazándola-. Pienso seguir dándote historias el resto de mi vida.